



BIBLIOTECA

AMENA

XV

IDAD A...  
CCIÓN G...  
RAL DE BIBLI...

7

BV3625

.C6

T7

1889

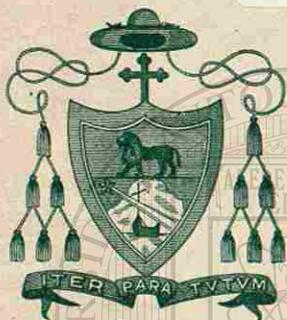
c.1

011967

"EL PATROCINIO"  
ANTIGUA MISCELANEA  
LIBRERÍA Y OBJETO  
PROGRESO PTE. 9



1080023100



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"E  
PR



E  
HEME



EL CONGO BELGA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS AMENAS

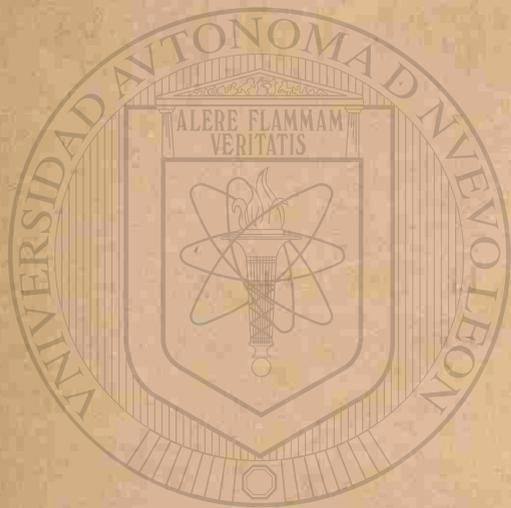
DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL CONGO BELGA

CONFERENCIA FAMILIAR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



DIRECCIÓN:

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

Ayala, 3. — BILBAO

Capilla Altronsina  
Biblioteca Universitaria

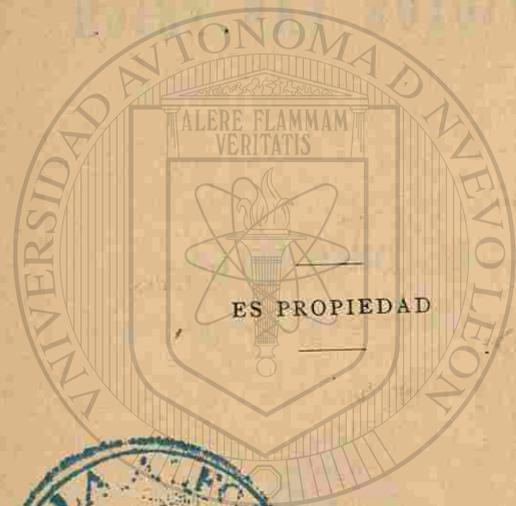
48020

BV3625

CG

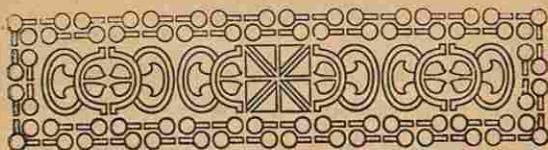
77

1889



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Imp. del Corazón de Jesús, Muelle de Marzana, 7



Monseñor, (1)

SEÑORAS, SEÑORES:

**D**ESDE hace veinte años que las circunstancias de mi vida me han proporcionado el honor y la dicha de hablar a mis compatriotas, en muy diversos auditorios, pero cuya benevolencia siempre me ha dejado profundamente reconocido, he recorrido muchos caminos, buscando por todas partes la verdad útil, el pensamiento generoso, la aspiración del alma hacia el cielo, como se busca la flor olorosa y fina al pie de los setos, bajo la cubierta de los árboles, y a veces en el fondo de inextricables y fangosos jarales.

(1) Monseñor Van den Bossche, Arzobispo de Agra.

011967

Caminos hay, sin embargo, que siempre me han causado miedo y en los cuales jamás he puesto los pies; tales son esos caminos tortuosos, sembrados de lazos, obstruidos por zarzas y espinos, sombreados de matorrales nudosos de mil ramas entrelazadas y siniestras, por donde se deslizan, ondulantes y pérfidas, las serpientes de la política.

¿Voy a separarme de esta prudente conducta?... ¿Voy a lanzarme a aventuras, cuando se halla tan cerca el término de mi carrera? Después de haberme mantenido tan fielmente en las serenas regiones de la ciencia y de los pensamientos religiosos, ¿voy a descender a esas batallas de la llanura, a esas querellas de un día, en las que hombres que van a morir se disputan bienes que fenecen?

No, Señores.

Me propongo hablaros de esa vasta tierra africana, ya gloriosa por tanto heroísmo y por tantas grandezas, derramadas allá a manos llenas por nuestros oficiales, nuestros exploradores, nuestros misioneros y nuestras religiosas; y ¡ay! enrojecida ya también por tanta sangre belga en ella derramada.

Voy a hablaros de su pasado y de su porvenir, y sobre todo de esos pobres negros, de esas almas congoleas, con las que tan capri-

chosamente se juega en los cálculos de nuestros comicios electorales.

Y lo hago a petición instante y unánime de nuestros misioneros que han partido generosamente hacia esas regiones lejanas para plantar en ellas la Cruz y sembrar el Evangelio... Su corazón, Señores, se aflige y su alma se angustia cuando les llega el eco de los discursos que por aquí se pronuncian, cuando ven con qué ligereza de corazón se juega el porvenir de aquellas almas, por las cuales han dado ellos su vida, y se apodera de ellos la impaciencia al pensar que la suerte de aquellos infelices se halla entre las manos de aventureros de bufete y de pluma.

«Defendednos, pues», me han dicho en sus cartas, y yo voy a tratar de defenderlos.

¡Ah! ¡qué dicha es la mía de poderlo hacer ante Vuecencia, Monseñor! Mil veces mejor que mis palabras, vuestra presencia en este sitio va a predicar el heroísmo, las grandezas, los sacrificios, y todos los generosos pensamientos que elevan el alma a regiones superiores a las bajas llanuras en que nosotros nos arrastramos. Por la misma causa, la causa de Cristo, habéis afrontado Vos ese sol devorador de la India; como ellos, no habéis tenido Vos en nada vuestra

sangre y vuestra vida. Más dichosos ellos que Vos, se ven abrigados por la bandera de la patria que en sus pliegues les lleva el perfume del país y el sabor de la tierra natal. ¿Se les irá a despojar de este último bien que les queda?... Ahí está la cuestión... porque en realidad en eso viene a resumirse lo que se ha llamado: la cuestión del Congo.

Esta cuestión es a la vez económica, social y religiosa, y me propongo examinarla bajo estos tres aspectos, de valor por otra parte bien desigual.

También es política, me diréis; pues bien, bajo ese aspecto no quiero examinarla; me obstinaré en no mirarla por ese lado negro. Y esto me será tanto más fácil, cuanto que se buscaría en vano con qué título ha podido deslizarse en ella la política... A menos que no se haya querido sobre ese tablero del mundo, como en el tapete verde de los salones de juego, dar jaque al Rey.

Diréis que he escogido mal mi hora; que no es ocasión oportuna... que la muerte desde hace algún tiempo se ceba demasiado en descargar allí terribles golpes; que allí troncha multitud de cabezas, tan jóvenes aún, tan valientes y

tan llenas de halagüeñas esperanzas... Que esas muertes, de que se habla repetidamente y a porfía, descritas por toda la prensa con acentos de horror y desesperación trágica, espantan a las almas y lastiman el corazón.

Sí, ya sé yo que la muerte infunde miedo... ¿Pero juzgaríais valiente al soldado que en la batalla retrocediese, cuando junto a él caen uno en pos de otro sus compañeros!... Fría y bravamente las filas de otros avanzan y llenan los huecos, y en pie, alrededor de la bandera, yérguese la falange de los gloriosos.

Las grandes almas no se pliegan ni retroceden ante la fortuna adversa; se mantienen firmes hasta dominarla.

Pimodan había caído en Castelfidardo bajo las balas italianas; cuando se anunció la triste nueva a su esposa, desgarrósele todo su corazón, y se desplomó en tierra como una masa inerte... Lago tiempo permaneció silenciosa, con los ojos extraviados, sobre el sillón en que se la colocó; luego, tras de un suspiro, empezaron a correr sus lágrimas y a oírse sus sollozos... Vió claramente su amor muerto, su vida y todas sus esperanzas derrumbadas con aquella sangre vertida allá lejos, con aquella sangre que era su sangre!... Pues bien, viéndola llorar su hijo pequeño, se había acercado a ella; trataba

de subirse sobre sus rodillas para consolarla y beber sus lágrimas con los dulces besos de niño... Cuando ella sintió en sus mejillas el contacto de aquellos labiecitos, se estremeció, se levantó ligera, y besando apasionadamente a aquel niño, al hijo del muerto, le levantó en alto, muy alto, con aquel grito de matrona romana: «¡Pues bien, a pesar de todo, tú también serás soldado!»

Allá, en el tiempo en que nuestros maestros, con un celo muy mal recompensado, nos enseñaban geografía, mostrábonsese ese inmenso continente africano, mordido en todos sus bordes por los exploradores y comerciantes; conocido desde entonces en aquella estrecha banda de diversos colores que la circuía, más ancha al norte, porque por esta parte se aproximada a Europa y era prolongación de los Lugares Santos, pero a corta distancia y repentinamente limitada por el inmenso vacío del medio: «Sahara, gran desierto, regiones inexploradas!»... «El interior de esta región del mundo, dice un viejo atlas que tengo a la vista, aún no es conocido. Ninguna nación moderna la frecuenta».

Y los geógrafos apenas se cuidan de él; marcan en las costas las desembocaduras de los

ríos y trazan a capricho hacia el interior una línea ondulada que debe marcar su curso.

El Nilo, sin embargo, los inquieta... ¡ah! ¡las fuentes del Nilo!

Ved el mapa con que Livingstone acompaña, en 1859, la relación de sus exploraciones en el África central: al Norte de su itinerario, que va casi en línea recta, de Benzuela a Quilimane, con un ramal a las cataratas Victoria, no se ve más que la mancha siempre blanca de lo desconocido.

Burton, Speke, Grant, Baker, Cameron, hacen allí atrevidas exploraciones y reconocimientos, pero aislados y sin trabazón.

Tenía razón Stanley, cuando, después de haber encontrado a Livingstone, volvió allá por segunda vez, en llamarle todavía el continente misterioso.

Sucedía esto en 1874, es decir, hace veinte años (1).

Pues bien, mirad hoy día un mapa moderno... En toda la extensión de ese vasto Estado del Congo belga que se extiende del 4.º grado de latitud Norte al 10.º de latitud Sur, y del 12.º al 30.º de longitud, en ese Estado cuya superficie de cerca de dos millones de kilómetros

(1) Cuando el autor pronunciaba esta conferencia.

cuadrados contendría cuatro veces la Francia y sesenta y seis veces la Bélgica, todo ha sido explorado y estudiado con un valor y un ardor que nunca han desfallecido. Seguid la complicada red de las líneas que marcan las marchas y contramarchas de esos bravos exploradores, que han seguido allá, bajo un sol que los abrasaba y por entre bosques de maleza y rocas y peñascales que les desgarraban los pies, el glorioso camino de los descubrimientos, leed en la parte superior sus nombres. Casi todos son nombres belgas: Becker, Cambier, Chaltin, Coquilhat, Crespel, Delcommune, Descamps, Dhanis, Fiévez, Jacques, Junker, Hodister, Iwens, Lemaire, Le Marinelle, Liénard, Ponthière, Popelin, Van Gele, Van Kerkhoven, Van de Velde, Stairs y Storms.

Conducidos y dirigidos desde arriba, con unidad de miras y de plan, y con una inquebrantable persistencia de voluntad, estas exploraciones han entregado al mundo los secretos de ese continente negro, y lenta y pacientemente han escrito sobre la descripción del globo una de las más bellas y más gloriosas páginas de la geografía.

Reconoceréis, Señores, que aun cuando debiéramos concretarnos puramente a ese resultado científico, sería ya un gran honor para nuestra patria el haberlo conseguido.

Pero no insisto más en esto... Nuestro siglo tiene para las cosas de pura ciencia mucho amor, no lo dudo, pero puro, purísimo amor, enteramente platónico.

Prosigamos.

En su segunda expedición había descendido Stanley desde el lago Tanganika hasta el mar por un río singular, inmenso, que tiene su curva, como en son de desafío, a través del continente negro... gigantesca vena que baña por veinte ramales, tan poderosos a su vez como nuestros mayores ríos, toda aquella África central, y va a arrojar sus aguas por un colosal estuario en las ondas del Atlántico. Maravillado ante aquel espectáculo, se abate su orgullo americano, y escribe: «Nuestros patriotas americanos en su admirable lengua cantan la magnificencia de la naturaleza en las regiones del Mississipi. Por mi parte yo no he visto de Belise a Omaha nada que se acerque a lo que aquí veo. Paso revista a mis recuerdos del Indo, del Ganges, del Iraouaddy, del Eufrates, del Nilo, del Niger, del Amazonas, y nada sobrepuja al incomparable río Congo, deslizándose entre los bosques solitarios que tapizan las cumbres de las colinas que terminan en sus márgenes y los flancos de

las gargantas coronados con los resplandores del sol de África».

Uno de nuestros hombres políticos de más viso que la ha remontado aunque no mucho, sólo de Boma a Matadi, describe así su encanto:

«Mis ojos y mi pensamiento están enteramente reconcentrados en el paisaje. El río tiene la tersura y el color del cristal mate; sus aguas batidas por la hélice se reflejan en el cielo nuboso que las convierte en perlas irisándolas maravillosamente. Se diría que era un hermoso lago sabiamente sesgado entre riberas empenachadas de esplendores silvestres. Por todas partes islas y golfos, contornos suavemente redondeados, una vegetación continua y opulenta, sin una mancha de avidez, sin un hoyo de desmonte. Los árboles no son altos, no tienen la belleza de nuestros bosques wagnerianos de hayas sino la novedad, para nuestros ojos, de la vegetaciones ecuatoriales. Cuando tocamos las riberas bañan las abundosas palmeras en las aguas los haces de sus hojas; y esas plantas de invernadero, aquí tan numerosas, aumentan la impresión de que se está contemplando un gigantesco dominio real expresamente cultivado para recreo de la vista».

Al lado de esas impresiones enteramente poéticas, permitidme ahora consignar algunos datos

estadísticos; su precisión en nada disminuirá la grandeza del cuadro.

El curso total del Congo pasa de cuatro mil kilómetros. Su configuración en curva hace que tengan origen lo mismo sus fuentes que las de sus afluentes principales en toda la extensión del Estado.

Desde el mar hasta Matadi, en una extensión de ciento ochenta kilómetros, la remontan los buques marítimos. Los vapores que hacen el servicio entre Amberes y Matadi registran hasta tres mil quinientas toneladas... Sucede de cuándo en cuándo que encallan en algún bajo en los malos pasos, unas veces a la entrada del Congo, y otras, no lo olvidemos, Señores, a la entrada del Escalda, entre Flisinga y Amberes.

Al desembocar en el mar, su anchura entre Banana al Norte y Shark-Point al Sur es de once kilómetros.

Entre Matadi y Stanley-Pool, en un recorrido de trescientos kilómetros, desciende doscientos ochenta metros por medio de treinta y dos cataratas llamadas de Livingstone. ®

De Stanley-Pool a Stanley-Fall, parte media de su curso, se desliza suavemente, a través de una inmensa llanura horizontal, durante mil seiscientos kilómetros, explayándose en una anchura que varía de diez a treinta kilómetros.

Veinticinco buques de la marina del Estado y dieciséis pertenecientes a particulares hacen en ese trayecto el servicio regular de trasportes y correspondencia.

Los Stanley-Fall, en número de siete, son el último obstáculo que encuentra el viajero... Después el hermoso río asciende dulcemente hasta llegar a sus fuentes en el lago Banguelo, y recibir por el Loukouga el enorme tributo del lago Tanganika.

Agregad a este soberbio río sus afluentes de la derecha, al norte, el Oubanghi y el Ouellé, que corren por toda nuestra frontera, y su afluente de la izquierda, al sur, el Kasai. Tened en cuenta que el Oubanghi, al desembocar en el Congo, tiene diez kilómetros de anchura... Añadid veinte lagos, muchos de los cuales son verdaderos mares interiores, y reconoceréis que ninguna región del mundo posee una red tan rica y tan admirablemente dispuesta para el servicio de cambios y transportes.

Y ese país es de una riqueza y de una fertilidad exuberante. M. Ed. Dupont, el Director del real Museo de historia natural, después de haberle visitado en misión científica, resumía sus observaciones en esta sola expresión: «Hay

allí inmensos recursos naturales que sólo esperan ser explotados».

Si lo dudáis, ved el análisis detallado que de sus productos expuestos en Amberes ha hecho el teniente Lemaire.

Y ese país está poblado. Cuenta de veinte a veinticinco millones de negros, ávidos como niños de los productos de Europa.

¿Veis ya surgir al punto la cuestión bajo su aspecto comercial y económico?

Bien presto llamó la atención en vuestro país... Desgraciadamente la fortuna no nos ha mimado cuanto queríamos; queríamos que las codornices que nos caen del cielo, vinieran ya fritas, y las codornices que nos vienen de allá, no están ni siquiera desplumadas.

La importación y la exportación se hallaban desgraciadamente sujetas a multitud de trabas a lo largo del hermoso río, por las cataratas de la parte inferior de su curso... era preciso, en toda la extensión de las caídas, recurrir a los cargueros... descargar en Matadi, confiar los bultos a lentas carabanas, para volverlos a cargar en Leopoldville, donde los vapores de la parte superior del río continuaban entonces libremente su camino. Esto era oneroso, lento, de mucho gasto y sin porvenir. Se imponía una solución sencilla, elemental, evidente: el ferrocarril.

¡Ah! Señores, ¿os acordáis?

¿Os acordáis de las tempestades desencadenadas?... del torbellino de injurias, de mentiras, de calumnias, levantado no ha mucho, en medio de grandes clamores, como en tiempo de borrasca esas trompas giratorias que ciegan y devastan nuestras campiñas? Giraban silbando y llenas de odio en derredor de los bravos de allá abajo, encarnizándose en vilipendiar su obra de gigantes y en sepultarla en el fango de las estafas vulgares...

Cuántas veces he pensado en lo que debían sufrir aquellos pobres desterrados cuando en la soledad de aquellos bosques y de aquellas rocas, cansados del trabajo, extenuados por el enervante sol de las montañas, para reposar y refrescar su alma, se pusieran a leer los periódicos de la patria... ¡Oh! la marea ascendente de las injurias llegaba hasta ellos, ahogando en la amargura su fuerza y su valor!

No han dejado, sin embargo, caer sus brazos; han llegado hasta el término a través de los desprecios y de las ingratitudes; y al presente ¡se les hace justicia!

Ahí está la obra, en pie, titánica, desafiando a sus detractores y ciñendo de aureola de gloria a los que la han consagrado lo mejor de su alma y de su vida.

Leed la descripción entusiasta que de ella ha hecho M. Picard. Leed la carta reciente de Monseñor Augouard, Obispo en el Congo francés: desborda de entusiasmo, es casi un himno... y acordaos del modo con que el año último juzgaba Monseñor Augouard el Congo de los pobres belgas.

No me extenderé sobre ese lado comercial de la cuestión; me parece que está ya fuera de duda. Aun aquellos que aparentan no creer en las riquezas de la colonia, las confirman singularmente por la empeñada insistencia con que baten en brecha ese famoso dominio privado, cuya sola agregación al dominio nacional, produciría, según ellos, sumas fabulosas...

Pasemos adelante... permítaseme sin embargo, una observación. Nuestras industrias han atravesado y atraviesan todavía lo que Eudoro Pirmez ha llamado muy sabiamente una crisis de abundancia; nuestro exceso de producción nos ahoga.

Hay dos remedios: cesar de producir de esa manera exagerada o desarrollar la exportación.

Cesar de producir es condenar al hambre a millares de obreros que tiendan sus brazos en demanda de trabajo.

¿Desarrollar la exportación?... ¿Cómo forzar el círculo de bronce de las fronteras cerradas y

encadenadas por el ciego egoísmo de las generaciones contemporáneas? Y allá, veinticinco millones de hombres, una región sesenta veces mayor que nuestro país, se abre cuan larga es, dispuesta a recibir nuestro trabajo...

¿No es esta la solución? Decídmelo?

Piénsese en nuestros pobres obreros, que por falta de trabajo aquí, han ido a mendigar a las naciones vecinas. Allí se los mira con recelo, se los persigue, se pide que se los agobie de impuestos y hasta que se los vuelva a conducir a la frontera.

¿Qué haríais aunque solamente Francia rechazara y arrojara sobre nosotros los quinientos mil obreros belgas que trabajan en ella? ¿Dónde les buscarías pan?

No se enciende la candela para colocarla en seguida debajo del celemín, sino que se la pone luego en sitio elevado para que alumbré a cuantos están en la casa del Padre.

No tenemos derecho, Señores, nosotros los civilizados para dormirmos satisfechos con la dulzura de nuestras conquistas y dejar que se pudran vuestros hermanos en las profundidades de la barbarie. Hay un apostolado social, como hay un apostolado evangélico: una nación que

se precia de sus adelantos, y tiene conciencia de su grandeza, no se presta menos a aquel apostolado, que a éste la Iglesia.

Esas almas congolesas,—con frecuencia se olvida aun entre los cristianos, que en aquellos fornidos cuerpos negros hay almas que valen tanto como nuestras almas,—esas almas congolesas, dulces, buenas, inteligentes, pacíficas, no estaban en el ínfimo grado de la civilización intelectual... sus trabajos indicaban una habilidad singular, una reflexión y un razonamiento agudo, e incontestables tendencias estéticas. Son hospitalarios, fieles a sus pactos y a la palabra dada en sus tratos parlamentarios, en los que su astucia y sus defensas pudieran hacerlos sospechosos a los blancos.

No se roban entre sí, aun cuando se desquitan con el extranjero.

¿Con qué título se les ha de rehusar las luces de la civilización?

Objetaréis: Admiten la poligamia. Sí, pero; más que por pasión, porque su razón escasa de luces superiores les mueve ante todo a poblar sus aldeas diezmadadas sin cesar por las guerras; y permitidme que os lo diga, por un respeto a la maternidad que desconocen nuestras más ponderadas civilizaciones.

Admiten la esclavitud: Sí, pero la esclavitud

doméstica, más suave entre ellos que la esclavitud de otros tiempos entre nosotros. El esclavo es alimentado, alojado y vestido como un miembro de la familia; cuando nace y cuando se casa, el amo es el que hace los gastos de las fiestas, y cuando muere los del entierro.

Y aquí, permitidme que abra un paréntesis. Se ha censurado duramente, se ha mostrado gran indignación, se ha levantado inmenso clamoreo, porque según se afirmaba, el Estado reconocía esa esclavitud doméstica. ¡Es falso! El Estado «no reconoce el estatuto servil, no concede sanción ninguna a las transacciones de que pudiera ser objeto un esclavo. En esta materia, no podría tener aplicación la costumbre, por ser contraria al orden público. El esclavo doméstico, ya esté sujeto a un indígena, ya a otro que no lo sea, es sin embargo en todo tiempo dueño de su persona, y está seguro de ver respetadas por las autoridades las reivindicaciones que hiciere de su libertad. El Estado igualmente ha reglamentado el contrato de prestación de servicio, y expresamente no autoriza más que los contratos de tiempo limitado, para evitar que ese contrato degenera en esclavitud disfrazada».

Los congolese tenían, es verdad, sacrificios humanos sobre la tumba de sus grandes jefes.

Se inmolaba a sus mujeres y a sus esclavos para que le acompañasen y le sirviesen en la vida de ultratumba! Hecatombes horribles en que el muerto desaparecía ahogado en sangre y cubierto por el amontonamiento de carnes palpitantes...

Pero. Señores, no nos mostremos demasiado altivos y horrorizados, os lo ruego; no olvidemos que por ahí hemos comenzado nosotros... Nuestro suelo, bajo la capa de los antiguos bosques, ha bebido la sangre de hombres, de mujeres y de doncellas, inmoladas a dioses feroces, que saltaba a impulso del cuchillo de los druidas.

Consideremos además que en tierra congolese, en todo el radio a que pueden alcanzar las estaciones del Estado y de los blancos, han sido abolidos esos sacrificios de antaño... Cuando para esto no ha bastado la persuasión, se ha echado mano de la fuerza.

Pero, Señores, por el Alto Nilo y el Sudán, al norte y al este de Zanzibar, por toda la región de los grandes lagos, sobre aquellos pobres villorrios inofensivos, descendían como torrentes, en irrupciones devastadoras, hordas de árabes traficantes de carne humana, mercaderes de

mujeres y niños; venían, en aquellas sangrientas batidas, a rellenar sus vacíos almacenes de su género comercial.

Aquí conviene alegar números. El comercio de esclavos en Fezzan había llegado en 1864 a diez mil cabezas.

En aquel mismo año, en el Sudán, una sola batida había producido ocho mil esclavos.

Samuel Baker evalúa en cuarenta mil por año el número de negros esclavos arrebatados por los árabes que trafican entre Kartun y el Nilo Superior.

Stanley encontró caminando, en una sola banda encadenada, ochocientos esclavos, casi todos mujeres y niños. Otro día encontró dos mil trescientos cautivos.

En Zanzibar el mercado asciende en 1874 a treinta y dos mil setecientas cabezas.

Ya sabéis, Señores, como se lleva a cabo el drama de estas incursiones feroces.

En bandas de trescientos, de quinientos, y a veces de mil, los árabes descienden bien armados y bien organizados... por la noche, se deslizan ocultamente, se extienden en derredor de una aldea y la cercan. Cuando llega el día comienza el ataque, y lentamente se va estrechando el cerco... Así que están a tiro de las flechas y de las lanzas, se detienen, pegan fuego a las

malezas y luego arde la aldea. Entonces, en un arranque de desesperación, los pobres negros se precipitan... Los hombres son matados a tiros, las mujeres son apesadas y maniatadas. Se deja correr a los niños, sabiendo bien que luego volverán a buscar a sus madres... ¡Oh! ¡qué horrendos clamoros y alaridos! ¡qué espantoso espectáculo el de las rojas llamas del incendio cruzándose con el brillo de las armas de acero en medio del estrépito de las descargas de los fusiles!... Y ¡qué de trágicas grandezas!...

Aquellos desgraciados negros, desangrándose por todas partes, se levantan todavía para defender a sus mujeres; y aquellas madres... ¡oh gran Dios! aquellas madres estrangulan a sus hijos con sus propias manos antes que verlos esclavos!... «Yo mismo he contado, dice el doctor Nachtigal, sobre las ruinas humeantes de una aldea, ventisiete de esos pequeños cadáveres de niños matados así por esas heroínas salvajes!»

¿Y después!?

Después se los amarra por grupos de cinco, seis o siete a dos largas pértigas, que reposan sobre sus espaldas; y les aprietan el cuello; así ligados, forman cuadrillas solidarias, y cuando ya todos están prestos; bajo el chasquido del

látigo: «¡En marcha, ganado bípedo! ¡arre, arre, bestias humanas!» andando, adelante, por la arena y las rocas, con sol y con lluvia, recibiendo sangrientos latigazos, «¡arre, arrel!»

Y marchan, las pobres, con los pies descalzos y el corazón despedazado; marchan, y andan leguas y leguas, días y días, llevando de la mano como a la rastra, o apretando a sus caderas, con un extremo de sus cuerdas, a sus pobrecitos hijos que lloran... En las horas de descanso no se las soltará, se tendrán que acostar como puedan, con la cabeza en su escala.

¡Ay! ¡he aquí que desfallece una! su cuadrilla se detiene. Se la fustiga... pero el látigo no la reanima, se halla en los extremos... Entonces el amo desata los lazos, y la infeliz cae a lo largo del camino desfallecida y sin sentido... Pero si volviera en sí y si gritara... ¡Oh Dios mío... El conductor le pondría la rodilla sobre el pecho, y como se hace en las carnicerías con un cordero, delante de toda la caravana que se horroriza y extremece, la deguella con su daga.

«¡Ah! exclama Livingstone, he olvidado muchos horrores, pero los horrores de la trata de esclavos no los puedo olvidar, me acosan, me atormentan, los veo por la noche, y temblando, despierto sobresaltado, con el ahogo de aquella terrible pesadilla.»

Nachtigal, Baker, Speke, Stanley, Holmwood, Livingstone, Rigby, Cameron, todos los exploradores del África han visto y contado esas escenas: han descrito esos largos caminos de las caravanas, a los que sirven de jalones los emblanquecidos huesos humanos... Mejor aun que por esos discursos, se nos muestra por el lado comercial de ese ébano viviente el gran menoscabo que sufre en los caminos... El esclavo que vale dos francos y cincuenta céntimos en las riberas del lago Nyassa, vale cuarenta francos en el Alto Nilo, doscientos cincuenta francos en Kartum, y de quinientos a mil quinientos en el Cairo y en Constantinopla!

Pues bien, Señores, de esa trata feroz, de esas devastadoras irrupciones y de esas batidas de hombres, no queda un solo rastro en toda la inmensa extensión del Congo belga. Nuestros oficiales, con un puñado de bravos, espada al cinto, han ido arrojando de allí, de derrota en derrota, a esas hordas de árabes sanguinarios; los han rechazado, diezmado, y a estas horas, donde quiera que flota la bandera azul con la estrella de oro, ya no hay esclavos. Verdad es que esto ha costado bien de sangre y no pocas vidas; lo sabemos; lo que parece que no sabe-

mos es los heroísmos y sacrificios que el realizarlo ha costado.

¡Y qué nombres en esa guerra!

Vankerckhove, Jacques, Vrihtoff, Docquier, Duvivier, Diderich, Cassart, Ponthier, de Wouters, de Heusch, Delcommune, Descamps. Lo thaire, Nicot.

Y a su cabeza, bravos entre tantos bravos: entre los vivientes, Dhanis; entre los muertos, De Bruyn.

¡Dahnis! cuando regresó vencedor de los árabes, de Flessinga a Amberes; para saludarle con mudo lenguaje, alzábanse solemnemente en el palo mayor de los navíos los pabellones franceses, alemanes, ingleses, holandeses... La Europa entera le aclamaba.

De Bruyn, aunque más humilde, aparece sin embargo elevado a la talla de los héroes por la muerte.

¡Ah! ¡De Bruyn!

Cuando estalló la lucha, los acontecimientos se precipitaron como un torrente. Lippens y De Bruyn son apresados por Sefou, el árabe traidor, y retenidos en rehens. El horrible ejército marchaba llevando delante, bajo escolta, al teniente de Bruyn, desarmado. Lippens, enfermo quedaba custodiado en Kassango, y se había hecho jurar a De Bruyn que; aun

cuando se viera libre, volvería a encontrar a su camarada.

Al llegar a la ribera Lommani, se encuentran, en la ribera opuesta, con la vanguardia de Dhanis.

Quieren los árabes entablar negociaciones y conducen a De Bruyn hasta la margen del río en la ribera izquierda; a los veinte pasos detrás de él le vigilan quince árabes armados hasta los dientes. En la ribera derecha están los tenientes Scherlink e Hinde.

Empiezan las conferencias de negociación... Sefou presenta condiciones inaceptables... De repente, Hinde grita a De Bruyn:

— «¿Comprenden el francés los de esa parte?

— No.

— ¿Sabéis nadar?

— Sí.

— Escuchad: veinte tiradores escogidos están ocultos aquí entre las cañas, y cada uno de ellos está apuntando a su árabe, de modo que en un instante pueden caer los quince. Saltad, pues, al agua»...

Hubo un momento terrible, angustioso como una agonía...

«No, respondió De Bruyn; no puedo abandonar a Lippens.

— ¿Pero, si Lippens ha muerto a estas horas!... Saltad.

—No, he dado mi palabra... ¡Gracias! ¡A Dios! Y con un gesto de costoso vencimiento, se retiró de allí, volviéndose a sus verdugos.

Algunos días despues, Dhanis, vencedor, cercaba a Kassongo. Sobre la empalizada que rodeaba y defendía la población, aparecían clavadas las cabezas de Lippens y de De Bruyn.

Este heroísmo épico era ignorado de nosotros; sobre él se guardaba silencio. Un inglés, Hinde, y una francesa, Severina, son los que nos han dado a conocer, rodeado de aureola de gloria, a ese humilde y olvidado belga.

Se ha dicho que nuestras victorias no nos daban más que una pequeña tregua y descanso, y que bien pronto los árabes volverían a las andadas. Tal vez ensayen... Pero ved, primero sobre todo el Congo, y después sobre el Oubanghi y el Ouellé, esa cadena continua de puestos europeos que se tienden la mano y casi se tocan con los codos... y que se inclinan a la derecha para llegar, sobre el lago Tanganika, a encontrar los puestos defendidos con gloria por Joubert y por Jacques... Decidme, ¿quién franqueará esa doble línea de circunvalación? Un ejército europeo podría, sin duda; una banda de árabes, jamás!

Y ahora, ¿queréis que toda esa sangre vuelva a correr de nuevo? ¿queréis que de nuevo sean encadenados esos niños y esas mujeres, y que vuelva a darse caza a toda esa carne humana, y que por millares sean expuestos a la venta en los mercados esos pobres negros, y palpados como las bestias, y vendidos, y degollados por los caminos?... ¿Lo queréis?

Pues decid que vuelvan de allá nuestros oficiales y nuestros soldados, y nuestras armas, y nuestra bandera; pero ese día, decid también que se vele con negro crespón la imagen de la patria, y ese viejo león belga, que tal vez haya conocido contratiempos, pero pasado por semejante vergüenza, jamás.

Atravesando el gran apóstol San Pablo la Frigia y la Galacia, como el espíritu que le guiaba le prohibiese llevar la palabra de Dios al Asia, descendió hacia Tróade. Allí, durante la noche, tuvo una extraña visión.

Delante de él se presentó de pie un macedonio en actitud suplicante y diciéndole: «¡Pasa, pasa a Macedonia y ven a ayudarnos!»

Y Pablo comprendió que Dios le llamaba a predicar allí el Evangelio.

Acabo de traduciros, Señores, un pasaje de vuestros Libros Santos.

Bien sabéis el comentario que del mismo hizo un día Lacordaire: «Ese macedonio, Señores, es la humanidad entera que suplicando a Dios, le pide la Verdad; y San Pablo, somos todos nosotros los que creemos como él, y que como él hemos recibido las primicias del espíritu de vida y de amor».

Hoy como entonces, tendido sobre las ruinas de Tróade, imagen viva de la desolación del mundo, se levanta ante nosotros el macedonio, y nos dice suplicante, de pié porque le urge: «¡Pasa y ven a nosotros!»

Y si el temor del sacrificio nos retiene, si los trabajos, los viajes, el hambre, la sed, los suplicios nos espantan, Dios nos dice como a San Pablo en otro sueño, el sueño de Corinto:

«No temas, habla y no te calles, porque tengo reservado para mí un gran pueblo en esta ciudad».

El secreto del Apostolado cristiano está enteramente ahí, en ese macedonio que llama diciendo: «Pasa, y ven a nuestro auxilio». Y en Jesucristo que amorosamente dice: «Anda, hijo mío, anda, hijo mío y no temas, yo tengo allá un gran pueblo».

El año último, había en todo el mundo cua-

renta y siete mil ochocientos sacerdotes y cincuenta y dos mil religiosos, misioneros católicos. Todos llamados de esa suerte, y que partieron de ese modo, abandonando su patria, su familia y sus amigos, para vivir y morir al servicio del macedonio suplicante.

¿Necesito decíroslo? Mucho tiempo antes de los acontecimientos que dieron lugar a la creación del Estado independiente del Congo, se habían emprendido ya ensayos de civilización en ese vasto y misterioso continente de África... No hablo del Norte, demasiado próximo a la cuna del cristianismo para no haber sido impregnado de su doctrina. Traed a la memoria los esplendores de aquella floreciente iglesia africana, que cuenta entre sus esclarecidas lumbreras a los Tertulianos, los Agustinos, los Ciprianos, los Orígenes.

Hablo del Sur y de las costas del Este y del Oeste, por donde el Evangelio se había infiltrado y esparcido su savia generosa en veinte centros diferentes.

Concretándome al Congo, el primer ensayo de civilización data de 1491. Tres sacerdotes portugueses—no sé si franciscanos, dominicos o canónigos de San Eloy de Lisboa—se establecen en Banza-Congo (San Salvador) y allí predicán la buena nueva. Sus primeros éxitos

son tan considerables, que en 1518 un negro, hijo del jefe de Banza-Congo, enviado a Roma, fué allí educado, y se le halló tan inteligente, tan fiel, tan instruído, que León X no vaciló en ordenarle de sacerdote, y consagrarle Obispo, y confiarle la Iglesia del Congo. Fué el primero... y ¡ay! el último Obispo negro! El malogrado no volvió a ver su país natal: murió prematuramente en Europa. Pero el hecho me ha parecido demasiado excepcional para no citar-le. Con él puede responderse a la pretendida incapacidad intelectual de las razas negras.

En 1547 abordan a la desembocadura misma del Congo, el Zairo de entonces, los primeros misioneros Jesuitas. Se establecen en Pinda, en la ribera izquierda, casi en frente de Ponta da Lenha, entre Banana y Boma. De allí, en 1557, pasaron a Angola y San Paulo de Loanda. Sería fastidioso seguirles por más tiempo, apartándonos de nuestro asunto. Me bastará consignar que su acción, alentada en principio, por la corte de Lisboa, se vió en realidad incesantemente trabada, combatida, siempre expuesta, y con frecuencia arruinada por la turba de blancos atraídos allá por el aliciente de los beneficios que les prometía el horrible pero enriquecedor comercio del ébano vivo. Portugal tenía necesidad de brazos para su gran colonia del

Brasil y acudía a robarlos y adquirirlos allí. «Ese reino, dice Agustín Cochín, ha tenido casi exclusivamente en sus manos el continente negro; y ha sido sin provecho ni para aquel desgraciado país, ni para la metrópoli, ni para la humanidad».

Y sin embargo, aquellos pobres negros amaban a sus sacerdotes blancos. En 1608, una comisión de negros, salida de San Salvador, vino hasta Roma a pedir al Papa socorro: «Pasa, pasa, y ven a socorrernos». Su jefe, hermoso negro de treinta y cinco años, que hablaba muy bien el portugués y el español, pidió una audiencia al Papa; mas al poco de su llegada cayó enfermo... el Papa le hizo alojar en el Vaticano, y sabiendo que su estado se agravaba y que el pobre negro no podría ir hasta él, descendió él mismo, el Papa, Paulo V; fué a sentarse a la cabecera del moribundo y con su mano augusta le bendijo para el gran viaje de la eternidad.

Visitad a Santa María la Mayor; en la capilla de Sixto V, el negro suplicante reposa bajo una lápida de mármol que le ha hecho poner el Padre de los fieles con esta inscripción:

*Primo regis Congi ad Apostolicam Sedem oratori.*

«Al primer embajador del rey del Congo a la Sede Apostólica».

Cuando, bajo la presión de las cortes, Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús, tal vez no se advirtió este pequeñísimo lado de la cuestión: un puñado de Jesuitas lanzados de allá lejos y repatriados a Europa para entrar aquí en la vida secular. En realidad, este pequeñísimo lado de la cuestión encubría todo esto: la civilización en África retrocediendo un siglo!

«Yo he visto entre los Mouchi Rongos, dice el teniente Van de Velde, una cabaña que servía de iglesia, donde se conservaban antiguos vasos de altar, de plata maciza, muy artísticamente cincelados. Un negro cuidaba de ellos, y daba la bendición con un gran crucifijo, y con escrupulosa regularidad tocaba al Angelus a las horas señaladas».

Livingstone visita en Bango un antiguo convento de Jesuitas; y en él encuentra la iglesia, el jardín y los dormitorios en muy buen estado. El jefe Bango habita al lado y guarda aquellas ruínas, pero no se atreve a dormir en ellas ni a hacer de ellas su morada, por no sé qué consideración respetuosa. Todo el pueblo venera todavía aquellos sacerdotes de antaño, de los que no se conserva más que el recuerdo transmitido de padres a hijos. No hay un nombre sobre sus tumbas, pero los montecillos mudos que cubren

sus cenizas están cuidados y cubiertos de flores por aquellos pobres negros fieles.

¡Dejemos ese triste pasado!

Preciso es confesarlo, Señores, no sin vergüenza; no hemos sido nosotros los primeros en reanudar la evangelización del Congo, ni aun en los límites de las posesiones belgas. Ingleses protestantes y sacerdotes católicos franceses nos han cogido la delantera.

Los Padres del Espíritu Santo, los de la Sociedad Africana de Lyon, los Padres Blancos de Argel, los Padres Oblatos de María, han dado allí los primeros pasos.

Un decreto de la Propaganda ha confiado después el Congo belga a los misioneros belgas, y los primeros de los nuestros en marchar allá han sido los valientes sacerdotes de Nuestra Señora de Scheut; después algunos miembros de la diócesis de Gantes y Hermanas de la Caridad, luego jesuitas, trapenses y Hermanas de Nuestra Señora. Hasta una Congregación franciscana de mujeres se ha fundado con el patético nombre de Hermanas del Congo.

A estas horas hay en tierra congolosa treinta y cinco misiones con ciento quince misioneros

católicos; y, por desgracia, casi otras tantas misiones y otros tantos misioneros protestantes.

A esos misioneros católicos vosotros los habéis visto partir y habéis sido testigos de sus despedidas... Procuraban sonreír y contener las lágrimas... Amaban su sacrificio, y le hacían gozosos y esforzados; pero qué tortura en sus almas. Por darse a Cristo, no se despoja uno de su corazón.

Y ¡qué desgarramientos en aquellos corazones sobre el puente de aquellos grandes navíos, en que están nuestros valientes, y a donde les siguen sus hermanos en religión y sus parientes y amigos para darles el último adiós, y que dentro de poco, al son del himno nacional, van a levar el ancla y partir!

En la última expedición de nuestros misioneros, estaba allí un anciano padre acompañando a un hijo suyo que iba a partir, y en derredor del padre otros cuatro hijos, un jesuita, un carmelita, un sacerdote secular y el primogénito, casado y que llevaba la mano a un niño hijo suyo... Llegó la hora; por última vez el padre abrazó al misionero que partía; pero desprendiéndose éste de sus brazos, postróse de rodillas a sus pies y pidió la última bendición al venerable anciano. Cayeron de rodillas los otros cinco, y el anciano padre, de pie, en me-

dio de la corona de sus hijos, levantó los brazos y los ojos al cielo, e hizo descender sobre ellos aquella bendición, sobre la cual no hay otra que la bendición de Dios.

Yo he visto partir a nuestras primeras religiosas. Eran siete aquel día... su joven superiora no pasó la planchada que conducía al buque sola; guiaba dulcemente, como se hace con un niño, a su anciana madre. ¡Oh! ¡qué miradas las de aquella madre sobre aquella hija que se le iba! ¡Cómo la devoraba con la vista, sintiendo que ya no la volvería a ver más!... No la hablaba, pero sin cesar la llamaba por su nombre, con aquel diminutivo nombre de la infancia, con que la llamaba cuando la tenía sobre sus rodillas...

El estridente gemido de la sirena dió la señal lúgubre... Era la hora; la madre, sollozando, se arrojó al cuello de su hija y por largo tiempo la tuvo entre sus brazos apretándola contra su corazón... Al fin se separó, alejándose... pero volvió otra vez, no acertando a marcharse de allí. Y cuando algunos amigos la retiraron, y el navío soltó sus amarras y levó anclas, ella de pie, en el muelle, inclinada hacia adelante como para seguir a su hija, con sus arrugadas y temblorosas manos, no cesaba de enviarla todavía besos.

Suele Jesucristo demandar en sacrificio la sangre de los corazones, y entre los que le conocen y le aman, nadie se admira; sabiendo que Él ha dado su vida por nosotros, sabemos que también nosotros debemos dar la nuestra por nuestros hermanos.

Pero, permitidme que os lo diga, hay para el alma una sensación que la hiere vivamente: y es, cuando tantos corazones generosos, oficiales, soldados, ingenieros, misioneros, religiosos y religiosas dan a la gran causa de la civilización africana, como se da una gota de agua, su corazón, su sangre y su vida, oír tratar esas cosas como si no hubiera en ello más que una cuestión de azúcar ó melaza.

«¡Ah! exclama M. de Haulleville después de haber contado la vida y la muerte de una admirable Hermana de la Caridad, Sor Godelieve, muerta en aquellas tierras en lo más florido de su juventud y en el apogeo de su vigor, ¡ah! ¿qué somos nosotros, nosotros ricos ociosos, burgueses enteramente ocupados en negocios materiales, ambiciosos políticos? Nosotros discutimos, formulamos programas, discurrimos con más o menos elocuencia sobre las condiciones de la felicidad. Pero ¿qué hacemos? ¿Cuáles son nuestros actos? ¿Contribuímos con nuestra persona? ¿Contribuímos siquiera con

nuestro bolsillo, como convendría hacerlo? ¡Ay! no, nosotros no sabemos ni sacrificar siquiera nuestro amor propio al triunfo de la verdad íntegra. Nos contentamos con la práctica rutinaria del cristianismo, complaciéndonos en ponderar su poder y eficacia en las almas de los demás.

«¿Qué viene a ser nuestra virilidad ante la vida y la muerte de una mujer como la Hermana Godelieve? Un asunto de broma. Tenemos la pretensión de consagrarnos a la salud del Estado y aun de la sociedad moderna, y no nos preocupamos de la salud de las almas. Esa humilde hija de Poperinghe nos avergüenza.

»Duerme en paz, oh mujer heroica, revestida de tu hábito blanco en medio de los negros a quienes has hecho sentir materialmente la obra de la redención, y ruega por los que te han comprendido y te han amado. ¡Oh, piadosa! ¡oh santa Hermanita Godelieve! ¡rogad por nosotros!»

Y ahora voy a deciros lo que hacen allí nuestros misioneros.

Primeramente prestan a los blancos los servicios de su ministerio; pero su principal trabajo se dirige a los negros. Habiendo la experiencia de lo que sucede en las regiones polígamas

dado a conocer la especial dificultad que ofrece en esos países la conversión de los adultos, se ocupan sobre todo en educar a los niños.

Solo en el distrito de Kwango—hablo de éste no porque excluya a los otros sino porque me es más conocido y tengo acerca de él cifras precisas—hay actualmente confiados a los Padres quinientos noventa y ocho niños, y a las religiosas ciento treinta y nueve niñas.

Se les instruye, no de modo que salgan bachilleres, sino buenos obreros y buenas obreras.

Se les da, además de la instrucción religiosa, un conocimiento de francés suficiente para entrar en relaciones con los blancos, y un poco de cuentas.

Después, a los niños se les enseña a cultivar la tierra, a trabajar en obras de albañilería, de carpintería y de herrería, a cocer ladrillos y tejas y a edificarse una casita, etc.

A las niñas se las enseña a coser, a lavar, a reparar la ropa, a cuidar de un jardín y a cocinar, lo cual es sencillísimo en el Congo.

Completada ya la educación, se les casa; lo cual es también allí muy sencillo, porque no hay que pensar en cuestión de dotes, y los equipos de boda no son muy dispendiosos.

A este joven matrimonio se le hace en las cercanías de la Misión una casita a la europea,

con un huerto y campo de cultivo y un jardincito.

Este es el elemento primero, la célula de ese organismo que llegará bien presto a ser una aldea cristiana.

Ese negro, por su ejemplo y por su predicación,—sí, porque estos negros predicán, y con una facilidad y una facundia, que ha hecho decir a un oficial que si los congolese estuvieran en Europa serían todos abogados,—ese negro se hace catequista, siembra a su vez la buena palabra... y el Evangelio, pasito a paso, va invadiéndolo todo, conquistándolo y reinando.

¿Los resultados?

Primeramente, en cuanto al Rwango, cuya evangelización sólo data de hace cuatro años. Hay tres estaciones:

Kimuenza; colonia esencialmente agrícola, dirigida por tres Padres y seis Hermanas de Nuestra Señora.

Cuenta trescientos indígenas, doscientos once niños y ciento treinta niñas y veinte jóvenes matrimonios agregados a la colonia.

En los alrededores de Kimuenza hay dos capillas donde cada cuatro días hace el catecismo un Padre. Asisten a él regularmente unos ciento cincuenta indígenas al menos.

Ki-Santu cuenta ciento ochenta niños, tres

jóvenes matrimonios obreros y cuatrocientos quince sirvientes negros. Cuidan de la estación tres Padres y un Hermano... Por allí han empezado los desmontes y demás trabajos para el ferrocarril, y se espera que la vía se halle terminada para Mayo de 1898.

Hay catorce catequistas al servicio de la estación y diseminados por los alrededores. Cada uno de ellos tiene a su cargo tres o cuatro aldeas, y en ellas tienen capillas, que un Padre visita sucesivamente y dice la misa en ellas. Los catequistas mismos se reúnen en Ki Santu todos los sábados.

De esta suerte son evangelizadas cincuenta y tres aldeas por la estación de Ki-Santu; las dos terceras partes de los habitantes próximamente asisten a las lecciones y las siguen con un resultado consolador.

N' Dembo, la estación más reciente, cuenta dos Padres, un Hermano, y seis Hermanas de Nuestra Señora.

Cuida esta nueva estación de ciento cincuenta negritos y veintidós negritas, y algunos catequistas de ella evangelizan a treinta y dos aldeas.

Pues bien, Señores, ante estos resultados no vacilo en decirlo: ninguna misión en el mundo ha producido tan rápidos y tan felices frutos.

Cerca de cincuenta años hace que los Jesuítas

belgas evangelizan la Bengala oriental, en la India inglesa. Hay allí actualmente unos ciento cincuenta. Jamás en ese período ya largo, aparte de unos pocos años en que un hombre, único, providencial, comparable a Francisco Javier, el P. Lievens, cosechaba las almas por treinta mil, poco más o menos, anualmente, jamás, repito, hemos visto en las Indias la predicación del Evangelio recogiendo tantos laureles.

Y lo mismo es en los otros distritos del Estado:

En Moanda, se cuentan ciento treinta y cinco bautizados y siete jóvenes matrimonios.

En Boma, doscientos cuarenta bautizados.

En Berghe Sainte-Marie, cuatrocientos.

En Luluabourg, mil quinientos, y una aldea de sesenta familias cristianas.

En Tanganika, cuatro mil bautizados.

De Nueva-Amberes nos faltan detalles.

Sumad, Señores, y veréis,—como lo decía hace tres meses la Revista de las Misiones Católicas,—pero estas noticias no se publican en los diarios políticos,—veréis que el Congo belga cuenta hoy día cerca de veinticinco mil cristianos, bautizados o catecúmenos.

Y ahora dejad volar vuestros pensamientos más allá de los grandes mares.

Era el 15 de Agosto último.

Ved sobre las alturas de Kimuenza, en los grandes bosques de palmeras cabelludas, a través de la red «de lianas lloronas», ved esa senda roja bordada «de ananas abundantes» como la yerba. Bajo el peso de sus frutos, los bananeros se encorvan, como para hacer robre el sendero una bóveda de sombra perfumada. Los pájaros cantan haciendo estremecer sus alas resplandecientes de esmeraldas y zafiros, las mariposas de azul y oro revolotean entre las flores...

¿Oís esos clarines?... Y entre el penetrante sonido de sus notas agudas, aljofarada la nota de las campanillas argentinas?... ¡Oh! Señores, qué espectáculo!

¡La primera procesión en el país negro!

Un pequeño grupo de negros llevaba la cruz y los ciriales... Detrás venían dos largas filas de negritas, con taparrabos de color de rosa, arrojando flores... y al fin los mayores llevaban la estatua de la Santísima Virgen. ¡Oh! la Virgen! el lirio de la tierra, la Reina de las almas castas, la Inmaculada, en medio de aquella África, tierra de carne y de sangre, madre de la esclavitud vergonzosa y de las servidumbres infames.

Después venía la colonia negra, entrecortando nuestros cánticos sagrados con sus cánticos fervientes en lengua del país... Las tropas del Es-

tado daban la guardia y cubrían la carrera, y de grupo en grupo, con su rosario en la mano, pasaban radiantes de júbilo bajo su velo blanco, otras blancas y santas criaturas, nuestras religiosas.

En fin, entre nubes de incienso, bajo el pabellón de los bosques y florestas inclinadas avanzaba el preste llevando en sus manos la custodia de oro con el Santísimo; y sus lágrimas rodaban silenciosas, dulces, bienhechoras, fortificantes, porque sentía que por primera vez, el Rey de cielos y tierra, Jesucristo, a quien llevaba en sus manos, tomaba posesión de su reino, y «de aquel pueblo, de aquel gran pueblo que le había llamado allá!»

Pero me diréis: ¿no se halla sujeta a mil trabas y en gran parte impedida la evangelización de los negros por la acción y el ejemplo de los residentes blancos? ¿tiene más temibles enemigos el misionero que sus hermanos de Europa?

Allá voy, Señores, pues me resta responder a las objeciones corrientes, insustanciales en su mayor parte, que suelen oponerse contra la colonización del Congo.

Se ha hecho un poco de moda el decir, tanto a los agricultores, como a los maestros, así a

los ínfimos empleados, como en general a todos los necesitados que tienden su mano al presupuesto: «Hay que gastar millones en eso del Congo; no queda nada que daros a vosotros».

Preciso me es, aunque me repugne, hacerme cargo de esos dichos.

La construcción del ferrocarril exigió un primer empréstito de veinticinco millones. El Estado belga se suscribió a él por diez millones. Esto era en 1889.

Se juzgó necesario un nuevo empréstito en 1893. Y el Estado belga, si no estoy equivocado, se volvió a suscribir por otros diez millones.

Pero téngase bien en cuenta, esto no era ni un donativo, ni un subsidio. Era un préstamo con garantía. Y la garantía era el ferrocarril mismo, cuyo éxito nadie pone ya en duda. El Estado, pues, ha hecho un buen negocio.

En la hipótesis en que la Bélgica volviera en 1900 a tomar el Congo, esta colonia le costaría veinticinco millones; pero esta suma sería verdaderamente irrisoria comparada con un inmenso país cubierto de estaciones y elevado a un grado de cultura a que jamás subió ninguna colonia naciente, admirablemente provisto de los utensilios convenientes para la explotación inmediata de sus incomparables riquezas.

Esta suma la pagamos anticipadamente: cinco millones se han pagado en el momento del empréstito; después se van pagando anualidades de dos millones, la décima de las cuales, que ha de pagarse en 1900, completará los veinticinco millones. Repartiendo esta suma tan retumbante y sonora, se llegue a este resultado sorprendente, que el volver a tomar el Congo habrá costado a cada belga cuatro francos y diecisiete céntimos, y como se habrán empleado diez años en pagarlos, habrá tenido que pagar próximamente cuarenta y dos céntimos por año.

Si no volviéramos a tomar el Congo, este Estado tendría que pagar a la Bélgica en diez anualidades la suma que se le ha anticipado. La Bélgica perdería entonces los intereses de sus anticipos, es decir, seis millones. Un franco por cada uno de nosotros.

He ahí, Señores, reducido a sus proporciones verdaderas lo de los millones arrojados al minotauro.

Pero ¿no había en nuestro país otras empresas más útiles y urgentes en que gastar ese dinero?...

¿Cómo responder a esta pregunta? Ante los soberbios trabajos de la estación de Amberes cuántos bravos aldeanos de las Ardenas no ex-

clamarán: «¿Era necesario gastar tantos millones para Amberes, mientras que nosotros, en Vives-les-Rosières, no tenemos más que un wagon viejo convertido en caseta?»

La Fontaine tiene una fábula encantadora, titulada, si mal no recuerdo: «La cabeza y los miembros»; convendría no olvidarla nunca.

Se dice también que toda esa empresa del Congo no es más que una quijotada de aventureros; llevada adelante sin pies ni cabeza, buena a lo sumo para desembarazar al país y a las familias de una carga onerosa de malos sujetos.

Dejo la palabra a M. Picard: «De los mil trescientos a mil cuatrocientos blancos que hay en el Congo, no hay uno solo que no admire la manera pronta y el método admirable con que ha sido organizada la joven colonia, bajo el impulso de una voluntad única, dotada de la clara y racional visión del fin, de una excepcional perspicacia en la elección de los medios y de la posibilidad de llevar a cabo lo que había resuelto... En toda la historia de las colonias no hay ejemplo de un resultado tan próspero, obtenido en un tiempo tan corto, con un personal con frecuencia reunido a la ventura y constantemente abatido por la enfermedad... Ni la Francia, ni la Alemania, ni la Inglaterra, a pesar de

su poder y de su experiencia, han hecho nada semejante en los pedazos del pastel africano que se apropiaron cuando la repartición. El Congo belga aparece como un modelo digno de ser imitado por estos soberbios molosos. Yo mismo se lo he oído confesar sin restricción a sujetos de las respectivas naciones». M. Picard no exagera: los periódicos extranjeros nos traen a cada momento el eco de esas admiraciones, indudablemente desinteresadas, pero a veces algo celosas.

«El pastel africano» y los «soberbios molosos» me traen a la memoria una objeción que ha circulado por los periódicos y que embarazaba mucho a un buen hombre con quien me encontré en un viaje. «Está muy bien, señor cura, me decía; ¿pero con qué derecho se va a tomar, a robar—porque esta es la palabra,—se va a robar a esos pobres negros sus plantaciones y sus tierras? ¿no tienen ellos como nosotros su derecho de propiedad?»

El pobre hombre se imaginaba un Congo cultivado y arregladito, como las tierras de nuestra Flandes, con caseríos y cercados de setos y límites bien marcados, y heredades labradas tan contiguas unas a otras, que apenas los separa un estrecho sendero... Tal vez, en secreto, soñaba con un plan catastral.

El hecho sin embargo es, que no se ha tomado una pulgada de terreno a los indígenas, cuando por una ocupación efectiva o una apropiación, habían hecho de él o su propiedad particular o la propiedad colectiva de sus aldeas. El Estado no se ha atribuido más que esos inmensos terrenos baldíos, las tierras incultas, los *bona nullius*. Y lo ha hecho en virtud de los principios elementales del derecho de gentes. Esas tierras puede venderlas, o arrendarlas o explotárlas él mismo.

Cuando ha querido establecer sus puestos o sus caminos en tierras ocupadas las ha adquirido a cambio, en contratos libres y pacíficos, terminados siempre por ese cambio de la sangre que consagra la fraternidad y la paz.

Y este derecho es el derecho antiguo, el derecho de todas las naciones civilizadoras.

Se ha dicho que desde el punto de vista financiero la colonización del Congo era un mal negocio. Aquí, Señores, me hallo en terreno enteramente extraño. Me limito a hacer constar dos cosas: la primera es, que el comercio especial del Estado del Congo, que en 1886 era de tres millones y quinientos mil francos, ha llegado en 1895 a veintiun millones, seiscientos veintiocho mil ciento sesenta y siete francos, y que sus rentas,—con exclusión de los anticipos

del Estado belga y del subsidio del Rey—que eran en 1886 de setenta y cuatro mil doscientos sesenta y un francos, han subido en 1896 a seis millones trescientos sesenta y nueve mil trescientos francos (1).

La segunda es, que ese Congo, que no vale nada, desde que se trata que sea de dominio particular, se convierte de repente en una gallina de huevos de oro que pone millones cada mes!

¿Cómo explicar ese fantasmagórico cambio

(1) El «Boletín Oficial» del Estado del Congo, que acaba de salir, publica interesantes estadísticas comerciales del Estado concernientes al año 1896.

Los resultados son notablemente superiores a los del año precedente. El comercio general se ha elevado a un total de 31.131.508,42 de francos, correspondiendo 15.091.137,62 a las exportaciones y 16.040.370,80 a las importaciones.

Este total sobrepuja en 7.151.818,50, es decir, en un treinta por ciento al de 1895.

El comercio especial, esto es, los productos exportados originarios del Estado, y las mercancías importadas para el consumo interior representan un valor total de francos 27.617.376,29, o sea un aumento de 27,68 por ciento sobre la cifra del año 1895.

En lo que concierne a las importaciones, los tejidos de algodón han sido los que han contribuido más a este aumento: figuran en la estadística por valor de 4.071.158,55 de francos.

Las cantidades de alcoholes introducidas en el Estado han disminuido durante el año 1896. En 1894 se importaron en el Congo 1.747.732 litros de alcohol; en 1895 esta

de decoración?... ¿No caerá el maná más que sobre el dominio privado?

Paso ya, y resueltamente abordo una objeción más seria y dolorosa:

La muerte.

El clima de esa región africana es homicida para los blancos; las condiciones higiénicas en que tienen que vivir allí los entregan atados de pies y manos a esa hidra de tres cabezas: la fiebre, la hematuria y la anemia... No tienen otro remedio que huir; y ¡cuántas veces es demasiado tarde!

Es verdad, Señores, ¡cuántos muertos! ¡qué de vidas generosas cortadas en su flor! ¡qué de

cifra descendió a 1.465.590 litros y en 1896 ha bajado a 1.463.726 litros.

En 1896 han sido importadas mercancías en el Congo — citamos por orden de más o menos — por Bélgica, Inglaterra, Alemania, Países Bajos, posesiones portuguesas (costa marítima), Portugal, Francia, Italia, Suecia y Noruega, posesiones portuguesas (ribera izquierda del Congo), España (Islas Canarias), Dinamarca, Austria, Suiza, España, Indias inglesas, Estados Unidos de América, posesiones inglesas (costas occidentales de África), Zanzibar, posesiones francesas (Alto Congo), posesiones francesas (costa marítima), Egipto y Gran Ducado de Luxemburgo.

Las dos cifras extremas son para la Bélgica: Comercio especial: francos 10.162.406,76; comercio general, francos 10.204.447,94; y para el Gran Ducado de Luxemburgo: Comercio especial, francos 141,15; comercio general, francos 24,19.

sangre preciosa coagulada en venas tan jóvenes todavía y tan valientes!

¡Ah! sí, comprendo que se les llore...

Lo que no comprendo es, que sus muertes se pregonen a son de trompeta, con una especie de gozo secreto y triunfante: «¡Necrología congoleña: otro muerto más en el Congo!... los muertos... Hurra!»

Es preciso mirar la cuestión de frente.

La mortalidad es grande en el Congo. He ahí el hecho.

¿Es mayor que en otras colonias vecinas del Ecuador? Las estadísticas responden que no; y yo puedo confirmarlas con un ejemplo que muy bien pudiera llamar de familia.

Cuando comenzamos la misión de Bengala, de que os he hablado no hace mucho, — Calcuta era, sin embargo, ya la ciudad de los palacios, — los estragos de la muerte entre los nuestros fueron espantosos... en menos de dos años había sucumbido la mitad de los misioneros... el primer Obispo no duró cuatro meses... decíamos de esta misión infortunada que era el cementerio de la provincia belga.

Pues bien, en el Congo, hoy día, después de cuatro años, de los primeros misioneros enviados no ha muerto más que uno, el Padre Dumont, y en tales circunstancias, que su

011967

muerte no puede atribuirse ni al clima, ni a la tierra.

De entre todos los misioneros del Kwango, solo han muerto dos, de fiebre hematórica. A esto se reduce todo.

De las doce Hermanas de Nuestra Señora que sirven las colonias escolares de Kimuenza y de E'Dembo, ni una sola ha muerto; dos han estado enfermas; un cambio de aires ha bastado para curarlas. Un solo Padre ha vuelto de allí a nuestro país, herido de ceguera casi completa, a consecuencia de un ataque de fiebre. Cuatro meses de permanencia en la patria le han sido suficientes para recobrar la vista, y ha vuelto allá, gozoso, a ocupar su puesto.

Manifiestamente, Señores, estos resultados son mucho más favorables que los que nos daba Bengala.

Y sin embargo, en Bengala hemos llegado a domar la hidra!

¿Cómo? Por la experiencia misma. Ella nos ha enseñado las condiciones higiénicas en que debe hacerse la aclimatación durante el primer año de permanencia en aquellas tierras, los peligros que hay que evitar, las precauciones que hay que tomar. Las habitaciones y el régimen son más apropiados al clima y a la temperatura, y así en lo demás.

Con tan buen éxito, que actualmente y guardada proporción, apenas contamos más muertos allí que aquí.

¿Por qué no habríamos de llegar al mismo resultado en el Congo?

¿Por qué no habríamos de llegar a hacer allí lo que han hecho los ingleses en la India, en Calcuta, en los confines de ese delta del Ganges, donde se ceban las pesadas nieblas y los vapores de los malarías homicidas?

Y lo que hacen los misioneros, ¿por qué no lo podrían hacer los residentes?

Es manifiesto que todavía la organización de las estaciones, en la mayor parte de los casos, es muy embrionaria; las condiciones de la vida dejan mucho que desear... Pero queréis que todo se haga en un día?!

Un viajero se mostraba descorazonado por ver, en el Congo, alrededor de las casitas «de tritrus sucios, harapos, cascotes de botellas, restos de cajas de conserva, basuras de todo género». No era necesario ir al Congo para eso... una vuelta por el ferrocarril de circunvalación aquí mismo, en Bruselas, o un paseo por los terrenos yermos de la derecha y de la izquierda de la avenida del Bosque bastaba para ello. Eso es repugnante. Convengo en ello. Es malsano. Incontestablemente. Pero ¿podéis exigir al Con-

go unas ordenanzas de policía que se cumplan con más vigilancia que en nuestras capitales?

En pocas palabras, Señores, la aclimatación de una raza en las regiones ecuatoriales es obra de tiempo y de sacrificios. Pero declarar que sea imposible, es en primer lugar negar un hecho; es además lanzar a todos nuestros principios científicos sobre la adaptación de la vida humana a los medios ambientes un desafío tan gratuito como insolente y temerario.

Admitamos, me diréis, admitamos que vuestros misioneros lleguen a aclimatarse en el Congo; mas ¿su acción no se ve irremediamente impedida y estorbada por los blancos?

¿Y desde luego por su brutalidad y su crueldad?

Permitidme afirmaros que de esas pretendidas crueldades ni un solo misionero he oído siquiera hablar...

Cuando ha poco nuestros rotativos, *siempre deseosos de poner en relieve las glorias belgas*, gritaron unánimes: «¡Horror!» llenando sus columnas de fototipias de pobres negritos mutilados por un blanco, averiguóse que este blanco era un negro y que había sido condenado a dos años de cadena.

Acerca de la brutalidad, quise enterarme por mí mismo. Uno de nuestros hermanos vuelto al país para construir aquí una máquina de ha-

cer ladrillos propia de su invención, me proporcionó ocasión oportuna. Era un honrado hijo de nuestras campiñas flamencas: «Hermano, le dije un día, ¿es verdad que se trata tan brutalmente en el Congo a esos pobres negros?»

Y él me respondió: «¡Dios mío! bien comprendéis, Padre, que no se gobierna a esas gentes prometiéndoles un trozo de regaliz. Se les dá en alguna ocasión un cachete, un correa, un puntapié... Pero, estad tranquilo, ni son tantos, ni tan fuertes como los que yo mismo recibí de mi padre y de mi madre, y no me han causado daño alguno».

Es verdad, Señores, pudiera decirse que se está haciendo del Congo una buena cabeza de negro o cabeza de turco!

¿Acaso en nuestro país es todo crema con vainilla? ¿Por ventura las disputas de nuestras tabernas se resuelven en besos de paz y nunca en cuchilladas? ¿y a nadie, ni a las mujeres, ni a los niños sobre todo, se les pega nunca? ¿y a cualquiera se le llama «mi buen amigo»?... ¿y los cazadores furtivos entregan gustosos sus escopetas a los gendarmes, pidiéndoles humildemente mil perdones?

¡Oh que bello país, donde no florecen más que los naranjos!

Yo no disculpo a los brutales; los hay allí,

como los hay aquí. Pero allí, como aquí los castiga la ley. ¿Qué más se quiere? ¿Exigiríais que estuviera ya allí la policía y la gendarmería como aquí? Por Dios, dad tiempo al tiempo.

Por lo demás, un hecho responde a la objeción de una manera victoriosa. Los blancos son allí amados.

¡Ah! ¡los blancos! pero ¿y su conducta por allá?... ¡qué ejemplo tan escandaloso y tan corruptor!

Señores, ¿tendré necesidad de repetirlos? Yo no absuelvo a nadie, no justifico a nadie!

Yo simplemente hago notar que en el origen de todas nuestras misiones, en todas las colonias europeas nacientes, en Ultramar, hemos encontrado siempre el mismo obstáculo. Y ese obstáculo nos ha contristado sí, ciertamente; pero desalentado, ¡jamás! A pocas millas de una costa en que los comerciantes españoles hacían alarde público de una depravación sin ejemplo, fundamos nosotros esas reducciones del Paraguay, de las que Voltaire, que no será tachado de tenernos demasiado afecto, decía: «que ellas fueron el triunfo de la humanidad».

Una vez más, repito, que yo no absuelvo a los blancos del país negro; pero ¿acaso los blancos del país blanco son de una blancura de azucena?...—Por lo menos se ocultan...—¿Y eso

constituye a vuestros ojos tan gran mérito? ¿y ese manto de hipocresía os basta para extenderles certificado de virtud?... Se lanzan, hablando de allá, con soberana indignación, palabras muy duras: poligamia, concubinato. Se reservan para hablar de acá, palabras muy dulces, que convierten esas cosas en pecadillos, vestidos a la inglesa.

¿Es cuestión de palabras?

¡Ah! si el más culpable de los blancos que están por allá, se levantara de repente en medio de vuestras grandes plazas o ciudades europeas, y el hormiguero de blancos y blancas que por ellas se entrecruzan, lanzaran este evangélico desafío: «El que de vosotros se halle sin pecado, que me arroje la primera piedra» ¿cuántos se atreverían a bajarse para recogerlas y arrojarlas?

¿Tan puros somos nosotros, gran Dios!

¿Y tenemos nosotros por cómplices de nuestros actos a ese sol deprimente y enervante que debilita las voluntades y casi extingue las energías? ¿y a esa soledad pesada, madre de los malos deseos y de los secretos desfallecimientos y caídas?!

No lejos de una de nuestras misiones, vivía un blanco, agente de una sociedad particular, cuya conducta era manifiestamente deplorable.

Un negro muy inteligente, que le servía de doméstico, había asistido al catecismo. Chocándole el contraste de lo que veía en su amo y lo que oía al Jesuíta, preguntó a su señor: «Amito, ¿verdad que no hay que creer en lo que dice el cura?» El blanco se puso en pié de un brinco y echó un juramento aterrador contestándole: «Lo que dice el cura es verdad; tú debes creerle como a mí, más que a mí, porque yo digo palabras de hombre y él dice palabras de Dios». Y el juramento que había servido de texto, sirvió de conclusión, acentuado con un enérgico: «Vete de ahí, bribonazo».

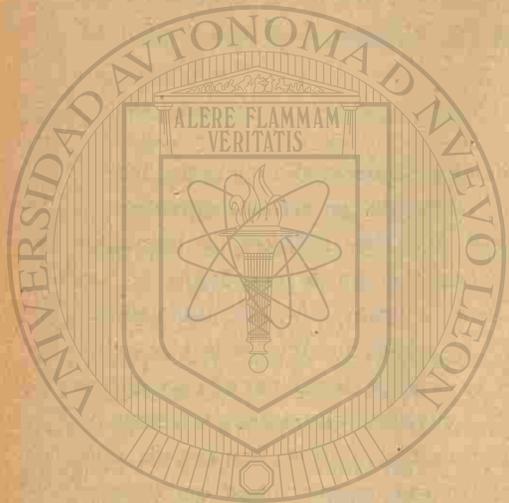
Ahora bien, señores, yo no puedo menos de admirarme de ese infeliz que llamado a dar testimonio a Cristo, siente agitarse en su alma alguna gota de su bautismo, salta, y de pié, sin vacilación arroja en el alma de aquel salvaje un credo que a él mismo le condena y le obliga a avergonzarse.

¿Queréis que os resuma la opinión de los misioneros acerca de los blancos? Vedla aquí en dos palabras. Y estas palabras, os lo afirmo por mi honor, son el eco de las de todos: «No tenemos más que felicitarnos por los oficiales y agentes del Estado. Son para con nosotros de una bondad y de una atención a toda prueba. Nosotros no podríamos nada sin ellos... Si nos los qui-

taran, sólo nos restaría cerrar nuestras capillas, recoger nuestras cruces y copones y volvernos a Europa, con el corazón lacerado, dejando tras de nosotros a los veinte mil bautizados y regenerados ya por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo».

He concluído, Señores; sólo me resta deciros una palabra: ¿Queréis que verdaderamente sean abandonados allá esos millares de hermanos que os suplican, y como el macedonio de San Pablo os dicen a voces: «Venid, ¡oh! venid a nosotros!»... ¿Queréis que retroceda y se retire Jesucristo? .. ¿Queréis abandonar allá a vuestros sacerdotes, a vuestras religiosas, a vuestros hijos y a vuestras hijas, porque después de todo, sangre vuestra son los que allí se encuentran? Decidlo, decidlo... Pero ese día, ya no será la patria, a la que tendréis que velar con enlutado crespón... Velad la cruz y el crucifijo, y que las grandes campanas de nuestras catedrales toquen a fúnebre agonía, porque el pueblo, el gran pueblo que Jesucristo tenía allá en el Congo, estará muy próximo a morir.

A. M. D. G.



LA CARIDAD PERSONAL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA CARIDAD PERSONAL

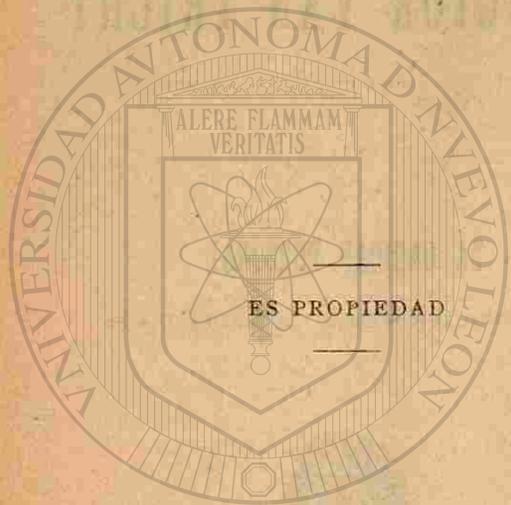
CONFERENCIA FAMILIAR



DIRECCIÓN:

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

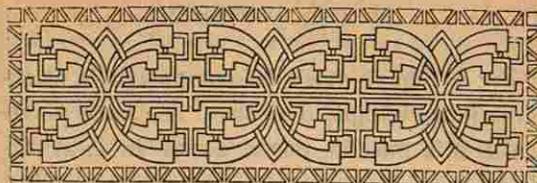
Ayala, 3. — BILBAO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Imp. del Corazón de Jesús, Muelle de Marzana, 7



SEÑORAS, SEÑORES:

**S**E ha dicho que la caridad había nacido con el cristianismo, y que antes de él, en el mundo antiguo, era desconocida. Esta proposición, como todas las proposiciones absolutas, ha encontrado tenaces contradictores, y acerca de ella se han librado grandes batallas, manejando las armas de la erudición y los textos.

Conviene ante todo entenderse. <sup>(R)</sup>

Es incontestable que la vista de la miseria, cuando no es abyecta, despierta en el corazón humano un sentimiento espontáneo de compasión. Pero esa compasión no es la caridad. Apenas es el tronco silvestre en que la injertará Jesucristo.

Por lo demás, aun a esa compasión, la filosofía la juzga indigna del sabio: «El sabio puede socorrer la miseria, puede acudir en su ayuda, dice Séneca, pero no está bien que se apiade y compadezca de ella».

*Non miserebitur sapiens, sed succurret, sed proderit.*

Virgilio coloca en los infiernos a aquellos que han guardado para sí solos sus riquezas y no han dado parte a los demás.

*...Qui divitiis soli incubere repertis.*

*Nec partem posuere suis; quae maxima turba est.*

Pero esos otros, para el poeta, no son más que los de la familia. No están comprendidos en ellos los extraños.

En cuanto a Platón, el miserable obligado a mendigar le parece una especie de animal a quien hay que arrojar fuera de la república: «Que los Agorónomos le echen de la plaza pública, los Astýnomos de la ciudad, los Agorónomos de todo el territorio, a fin de que el país quede completamente limpio de esa especie de animal».

Hay en Cicerón un bellissimo pasaje, donde se halla escrito el nombre mismo de la caridad con todas sus letras:

*Nulla est charitas naturalis inter bonos?*

«¿No habrá ninguna caridad natural entre los buenos?» se pregunta. Y responde de una manera generosísima y que excluye todo egoísmo. Pero de ese mismo pasaje tan hermoso resulta que la caridad de que habla no reina más que entre los amigos!...

Nadie, creo, me contradirá, si afirmo que la caridad, tal como nosotros la entendemos hoy día, ese amor a los prójimos, a todos los prójimos, aun a los enemigos, ese amor que se entrega y se olvida, ese amor que hace morir por demás, viene de Jesucristo, y sólo de Jesucristo!

Y después de todo, ¿qué importa inquirir de dónde viene? Mi objeto no es hacerlos ni una disertación histórica, ni un discurso apologético; mi objeto—mi sueño tal vez—sería ponerlos a todas y a todos a la obra, y sin cuidarme de la erudición, ni de la frase, hacer brotar de vuestros corazones con un empuje y llamarada más viva y ardorosa, la caridad que ya en ellos arde. Porque intento hablaros de la caridad personal; de la dádiva no de vuestro dinero, sino de vuestro corazón; del don de vuestros corazones y vuestras manos; del corazón que ama, de la mano que trabaja, que sostiene y que acaricia. Se está ahogando un hombre.

El primer impulso del corazón humano es

huir para no ver a aquel desgraciado luchar con la muerte.

Vosotros os detenéis y gritáis: «Veinte francos, cien francos al que le salve». Esto ya es algo. ¡Es el don del dinero!

Otro coge una cuerda o una faja y se las arroja al que se ahoga. Esto ya es mejor. Es el don de alguna cosa propia, el don de la obra y del trabajo.

Un tercero... ¡Ah! Señores, debiéramos avergonzarnos, este es casi siempre un hombre del pueblo, un pobre... un tercero tira la boina, se quita la chaqueta, se descalza en un instante y se lanza al agua... Esto es el don completo de sí mismo... ¿Y qué más puede hacerse que dar su vida por sus hermanos?...

La frase es de Jesucristo.

En la rotura y derrumbamiento de un andamio dos obreros se habían agarrado a un travesaño metido en la pared... Allí estaban suspendidos en el aire, silenciosos, sin atreverse a mirar el abismo. ¡Ah, gran Dios! ¿y después? El uno de ellos hizo un esfuerzo... el travesaño dió un chasquido agudo quedando rajado... «¡No te muevas, gritó el otro, o somos perdidos; es demasiado débil para los dos!»

Y trascurrido un minuto que les pareció un siglo...—«¡Santiago, yo tengo hijos pequeños!»

—«¡Ah! ¡es justo!»... ¡Santiago encomendó a Dios su alma y cerrando los ojos, soltó las manos!...

Permitidme que os lea en toda su magnífica sencillez el pasaje del Evangelio en que Jesucristo da una lección práctica de caridad:

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas, y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque le vió, pasóse de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, siguió adelante. Mas un pasajero de nación Samaritano, llegóse a donde estaba; y viéndole, movióse a compasión. Y arrimándose vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él en un todo. Al día siguiente sacó dos denarios de plata y dióselos al mesonero, diciéndole: Cuídame este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré a mi vuelta.

«¿Quién de estos tres (pregunta Jesucristo al doctor de la ley con quien hablaba) te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que

usó con él de misericordia. — Pues anda, díjole Jesús, y haz tú otro tanto».

Tened en cuenta que Jesús nos ofrece este apólogo como respuesta a la pregunta: «¿Qué es amar a su prójimo?»

Acordaos también que en el Evangelio la ley de la caridad tiene una fórmula, que yo podría llamar oficial, pues siempre es la misma en todos los evangelistas.

«Amad a vuestro prójimo como os amáis a vosotros mismos».

Y ahora reflexionemos!

¿Qué es lo que hace el tipo, el modelo del verdadero caritativo?

¿Dar una limosna?... ¡No! pues los dos denarios entregados al mesonero no son una limosna. Son la remuneración de los servicios y cuidados que espera de él.

¿Qué es, pues, lo que da?

Da mucho más y mejor; da lo que yo he llamado la caridad personal, la caridad del corazón y la caridad de las manos.

Creo que en todo el Evangelio no hallaréis un solo pasaje, en que la caridad aparezca como la simple dádiva de un poco de dinero: la limosna. El cornadillo de la viuda es una ofrenda al templo, no una limosna al pobre.

Si por otra parte consideraréis la fórmula de

la ley, notaréis, que no dice: «Dad dinero» sino: «¡Amad!»

Cierto que de ahí se deriva, y por vía directa, el deber de la limosna; pero el fondo mismo de la ley y su verdadera forma es el amor!

¡Amad! ¡Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos!

¡Es preciso, pues, amar!... No basta la simple compasión; es necesario el amor, la dádiva del corazón, es decir, la donación de lo que hay de más exquisito en nosotros.

Y cuando se ha dado el corazón, Señores, ¡le sigue tan presto la mano, y tan presto se da uno mismo todo entero!

Esta caridad, la caridad personal, como la he llamado yo, es por consiguiente la verdadera caridad de Cristo. Puede subsistir y practicarse sin el oro, no puede sin el amor, porque ella es el amor!

Sería por otra parte sorprendente que el dar oro hubiera sido la ley de la caridad, porque la caridad se nos ha mandado e impuesto a todos, lo mismo al rico que al pobre... y ¿cómo hubiera podido el pobre dar oro?

Mas puede como el rico dar su corazón.

¡Ay! Señores, y le da con más largueza que el rico!

En una de mis últimas conferencias pronuncié aquí unas palabras que había encontrado en mis lecturas, una expresión soberbia, a la que aplaudieron instintivamente vuestros corazones; las palabras fueron estas: «el regio corazón de los pobres».

Sí, Señores, es un corazón regio el de los pobres, y nadie de cuantos en su vida han recibido de Dios la gracia de acercársele y sentirle palpar, se ha retirado de su presencia sin darse golpes de pecho y sin inclinarse ante él.

Habréis sin duda leído la última memoria escrita por el Director de la Academia francesa, Mr. Emilio Olivier, acerca de los premios de virtud; pues recordad cómo empieza:

«La más noble y la más segura de las ciencias, dice, es la bondad. Entre los favorecidos por los bienes de la fortuna hay quienes la conocen y la practican, y no son pocos.

»... Sin embargo, esta ciencia parece más bien el privilegio de una cierta pobreza... Cuando Ulises se presenta bajo el aspecto de un mendigo cargado de un saco roto, los poderosos le rechazan maltratándole; un pastor, el esclavo Eumeo es quien se apresura a ofrecerle los dones de la hospitalidad, un sitio junto a su hogar, una comida rústica, y en vasos groseros un vino

más dulce que la miel, porque, dice, el pobre que mendiga es el enviado de Júpiter.

»El pobre, y por esto particularmente admira su virtud, no se contenta con abrir su casucha y repartir sus harapos, sino que además se da a sí mismo».

Un día en la ciudad y en la calle misma en que yo habito, al pie de un puente que hay sobre el río, fué hallado dormido un niño pequeño, de algunos meses; sobre él habían echado para cubrirle y abrigarle un grueso mantón, y cerca de él se hallaban unas botinas, un delantal y un sombrero de mujer... Aquello era indicio de un misterioso drama; y los vecinos advertidos enseguida de lo que se había encontrado, no se engañaron en sus sospechas. Silenciosos pasaban sus miradas del niño que dormía tranquilo, al río, cuyas turbias aguas corrían indiferentes sin que ni un remolino descubriera que una infeliz se había precipitado en ellas.

¿Quién era ella?... Se hicieron investigaciones, y por el sombrero y las botinas se infirió que era joven... una pobre joven sin duda, loca por el abandono y la vergüenza.

¿Y el niño?... ¿Su nombre?... ¿Qué iba a ser de él?

Una pobre, pero valerosa mujer, madre a su vez de siete hijos, y que vivía de lo que le ga-

naba su marido, cochero de punto, había tomado en sus brazos al niño y le arrullaba, como saben hacerlo las madres.

Y a los vecinos les parecía hermoso el niño; y maldecían a la miserable que había tan cobardemente abandonado a aquel pobre ángel, porque... ¿quién se encargaría de él ahora? ¿Las oficinas de policía? ¿Un asilo de huérfanos?... ¿Un convento?... ¿Quién?...

De repente el niño se despertó, abrió sus grandes ojos, miró a la mujer y le sonrió... Lo que ella vió en aquellos ojos y en aquella sonrisa, os lo dirán las madres del pueblo... «¡Ah pobre!... ¡Ah pobre!» «¡Och arme! ¡Och arme!» exclamó suspirando, y abrazándole como una loca: «¡Cosa hecha! prosiguió. ¡Cosa hecha!... será mío». Y gozosa, como si hubiera sido su propio hijo, corrió a acostarle en la camita en que había dormido su último hijo.

Ahí tenéis otro hermoso ejemplo de entrega y don completo de sí mismo. Y advertid, Señores, que este hecho, este magnífico hecho de la adopción de un pobre niño por una pobre mujer, es tan normal entre las gentes del pueblo, que cuantos de vosotros frecuentan su trato podrían de seguro citar otros varios ejemplos que ellos conocen.

El primer rasgo generoso de adopción que

yo conservo en mis recuerdos, es el de un niño del pueblo, cuyo padre, madre, dos hermanas y un hermano habían muerto del cólera, y que, habiendo quedado solo en la calle, fué recogido por un viejo sargento, que servía en la compañía de mi padre... Y para criar aquel niño, el viejo soldado cargado de galones suprimió sus acostumbrados vasitos de vino y todo su tabaco, y os lo juro, jamás hijo alguno fué tan mimado por su madre como lo fué aquel pequeño por el viejo soldado.

¡Oh, sí, el corazón del pobre es un regio corazón!

¡Guárdeme Dios, sin embargo, de despreciar el vuestro!

Estoy persuadido que ante la misma miseria, el primer movimiento de vuestro corazón hubiera sido el de aquella mujer... ¿Qué es, pues, lo que le detiene?

Voy a tratar de decíroslo, estudiando con vosotros las causas generales que impiden a los ricos el practicar la caridad personal, que sin embargo, no me cansaré de repetirlo, es la verdadera caridad de Cristo.

La primera de estas causas, y una de las más principales, es que tenéis que salir de vuestro

mundo para llegar al mundo de los pobres, mientras el pobre no tiene que salir de su morada. Esto es verdad en todos los sentidos.

Hay en aquella casilla una pobre anciana, enferma, sola y sin socorro... La vecina ordena sus cosas, atiza el fuego, pone a cocer las patatas; después, mientras llega a hervir el agua, pasa a la habitación de la anciana, la arregla, la cuida, la hace la cama, y cuando vuelve á su aposento, apenas si empieza el agua a hervir.

Suponed que vosotros queréis hacer otro tanto... Para salir de vuestro chalet, por poco que sea, debéis peinaros y arreglaros y vestiros de traje de calle o de visita... para llegar necesitáis dar una larga carrera; de modo que en lo que la otra ha empleado diez minutos, empleáis vosotras medio día. ¿No es verdad? Pero cuánto más verdad es todavía en el sentido moral.

Ese desgraciado a quien queréis servir, tiene un lenguaje que no es el vuestro, modales que no son los vuestros, gustos, costumbres, hábitos que no son los vuestros... en vosotros no hay una mancha, él está sucio; vuestros salones están perfumados, su tugurio es infecto... Todo os choca, todo os repele, desde esas calles estrechas y sucias que habéis tenido que atravesar para llegar a su albergue, hasta ese albergue mismo, pequeño, bajo, encerrado, donde el aire

mismo parece que no entra sino a pesar suyo y por las hendiduras.

¡Oh! sí, eso es otro mundo! un mundo abyecto, que hace apartar la vista con horror y el estómago con asco!... Y descender tan abajo cuando se habita en tan alto, es duro, lo conozco, lo confieso, y es preciso heroísmo para ello. Por eso, no quiero disimularoslo ni ocultarlo..., vengo a pedir os heroísmo! ¿No os he pedido ya que améis? Pues bien, Señores, amar, cuando el amor no retorna con cierta dulzura secreta a embriagar al corazón que ama, amar es siempre un heroísmo! y así ciertamente es como lo entendía Jesucristo.

Por eso, Señores, si echáis fuera a Jesucristo, o simplemente prescindís algún tanto de él, ¿qué sucederá? Sucederá que el rico, que por una parte sentirá repugnancia a salir de su mundo para entrar en el mundo del pobre, y por otra sentirá en su alma que no puede, sin embargo, dejar abandonados de ese modo a los desheredados que sufren, buscará un intermediario entre él y el pobre... él hará la caridad del oro y el intermediario la caridad personal.

Mientras el intermediario tenga en sí mismo la caridad de Cristo, irá bien todo. He aquí, no obstante, lo que sucederá: el pobre conocerá al intermediario y no os conocerá a vosotros; le

amará a él y a vosotros no; y en los días de las grandes batallas a él le salvará, porque le conoce y le ama, y a vosotros no, porque ni os ama, ni os conoce!

Pero si el intermediario no tiene la caridad de Cristo, ¡ah! Señores, entonces esa caridad se transforma en una especie de administración oficial, en que a la miseria se la inscribe en los registros y se la arroja por todo alivio unos papelillos o bonos.

¡Oh! esos ventanillos oficinescos junto a los cuales llora el pobre y se le presenta la cara indiferente y fría de un escribiente que tasa su miseria conforme a un libro de cuentas fijo... ¡Ah! ¿no sabéis, pues, lo que pasa?... He aquí lo que me contaba hace apenas tres meses una pobre mujer... Tenía sobre sus rodillas un niño enfermo, y yo le pregunté si era su primogénito... A esta palabra de *primogénito* vi que se contraía su rostro y se ponía pálido, y que se le agolparon a los ojos gruesas lágrimas. «No, señor, me contestó, tuve otro antes que éste, y le perdí el invierno pasado...» — «¡Pobre mujer!...» — «¡Oh! ¡si supiera usted lo que he sufrido!» Y me contó lo que voy a referiros. Llegaba en su seno al segundo hijo cuando cayó

enfermo el primero... Hizo llamar al médico de pobres que le visitó, pero el enfermito fué empeorando rápidamente, y bien presto entre su padre y su madre arrodillados junto a su cunita, murió...

El médico volvió otra vez, y en una hoja de papel extendió el certificado de la muerte del niño. El padre fué a llevar aquel papel al ventanillo de la oficina de beneficencia y pidió un ataudito: «Está bien», dijo el empleado, y no hubo más.

La madre, llorando y suspirando, había amordazado por sí misma el podrecido cadáver, poniéndole majó por última vez; y como no tenían más que una habitación, el muertecito reposó en medio de ellos sobre su cuna... Pasaron dos días... y el ataúd no llegaba! El padre volvió a las oficinas... Se le dijo que el médico había olvidado en su declaración un detalle oficial indispensable. Fuese inmediatamente a casa del médico: «¡Ausente!...» Volvió de allí a un rato: «¡Ausente!...» Había entrado ya la noche y se volvió a su casa; el muertecito permanecía en ella. «¡Esposo mío! exclamó su mujer arrojándose a su cuello, yo ya no me atrevo a verle! mira...» y apartando la cabeza le mostró con el dedo la cuna. La muerte ¡ay! iba haciendo su obra, y el pequeño cadáver tan pálido el día

antes y tan blanco, y a los ojos de su madre, todavía tan hermoso, empezaba a ennegrecerse con grandes manchas... El hombre apretó los puños y los dientes; pero ¿qué hacer?... Ella, levantando la punta de su delantal para enjugarse las lágrimas, se fué a casa de una vecina rica, a pedirle una sábana, un lienzo, una cubierta, cualquiera cosa, para tapar a su pequeño... «Mire usted, han pasado ya dos días desde que se murió y no me dan ataúd, y ya está todo negro!... ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijín!» Y cuando el pequeño estuvo cubierto, procuraron dormirse. A la mañana siguiente, apenas amaneció, corrió el padre a casa del médico, el cual completó la declaración de oficio. La llevó enseguida a aquel frío ventanillo... El empleado la leyó lentamente: «Es preciso ahora, dijo éste con sequedad, un testimonio de vuestro patrón certificando que ganáis menos de diez reales diarios». — «¡Oh! creo que me voy a volver loco», exclamó el pobre hombre, mas con un violento esfuerzo reprimió su corazón. El patrón le dió el atestado pedido. Entonces el empleado de la caridad pública halló que ya todo estaba en regla y dijo: «Está bien, dentro de dos horas os llevarán el ataúd».

En efecto, cerca de mediodía llegó el pequeño ataúd, y el carpintero metió en él aquella horri-

ble cosa en que se había convertido el niño, el hijo, el muy querido de aquel obrero y de aquella pobre.

Después de esto, Señores, si creyerais que lo que resta en el corazón del pobre para con la caridad social así dispensada es un grande amor y reconocimiento a la sociedad, me pareceríais demasiado crédulos.

Y notad que el tal empleado procede con entera corrección. El reglamento administrativo exigía sin duda todos aquellos trámites... y por tanto su deber era sujetarse a ellos. Diré más aún, tal vez esa reglamentación sea muy prudente y aun necesaria para evitar abusos. Estoy dispuesto a concederle todo. Pero, no iréis a llamar a eso caridad, ¿no es cierto?... Y sin embargo, he ahí a dónde conduce, tarde o temprano, y fatalmente, esa designación de un intermediario entre vosotros y los pobres. He ahí adonde conduce esa natural repugnancia que sentís a salir de vuestro mundo para ir al mundo del pobre.

Hay además otra causa.

Esa misma repugnancia que sentís vosotros, la sienten de igual modo vuestros amigos, vuestras amigas, y todo el grupo mayor o menor

de las personas con quienes vivís y os relacionáis, siguiendo los unos el ejemplo de los otros; y apoyándose cada una de esas debilidades particulares en el conjunto de todas las demás debilidades, se forma una especie de consentimiento unánime y de unánime connivencia, cuyo resultado es el apotegma: «Eso no se hace entre nosotros, en el mundo aristocrático, en nuestro mundo». Generalizad ese apotegma y llegaréis a esta ley: «El mundo de los ricos no admite que uno descienda al mundo de los pobres». Lo cual equivale a decir que la caridad personal no es de buen tono, no es admisible en el mundo de los ricos!

En otros términos todavía, á vuestras repugnancias personales se agrega la repugnancia convencional de las leyes mundanas que, cuando vuestro generoso corazón os impulsa á practicar la caridad, os gritan: «¡Deteneos!... esas cosas no dicen bien con vuestra posición! ¡Eso no se hace!»

Bien sé yo que ese lenguaje es falso y yo mismo conozco entre vosotros tantas almas admirables que no hacen caso de semejante lenguaje, que no puedo menos de protestar contra él con todas mis fuerzas. ¡Oh! ¡a cuántas de ellas he sorprendido yo en esas benditas moradas del pobre, que habían ido en secreto y ocul-

tándose a derramar allí, como hacía Jesucristo, el amor de su corazón... y cuán grato era ver a los desheredados con la sonrisa de sus labios, con la expresión de sus ojos, con el apretón de sus manos, mostrar el contento que sentían al recibir el bálsamo del consuelo y saborear el vino de la fortaleza y del aliento!

Pero confesadlo, por bellas y generosas que sean esas almas, son excepcionales y raras... y de ningún modo ha sido la etiqueta, ni el hábito mundano quien las ha conducido por esos caminos.

Un tercer obstáculo al desarrollo de vuestra caridad personal es la desconfianza del pobre. Os sentís tentados a considerarle como ingrato, y sobre todo como engañador, y receláis llegar á ser sus víctimas. En consecuencia encargáis el cuidado de llevarle vuestras limosnas a gentes más hábiles que puedan conocerle y estudiarle mejor, y más resueltas a tomar en las agencias los informes convenientes. Venimos, pues, a parar al intermediario de hace poco... y fatalmente llegará también éste a ser esa cabeza fría, esa mirada de mármol que repela a través del silencioso ventanillo de un despacho de administración pública.

Hay además otras razones, pero de orden tan fútil, que en verdad, no me atrevo á repetir las

aquí. Así es un principio admitido y que se enuncia con aire de admiración y expresión de terror, que acercarse a los pobres es exponerse a contraer enfermedades!... Lo cual implica naturalmente que sólo entre los pobres hay enfermedades, y que no se contraen en las casas de los ricos.

¡Ah! comprendo fácilmente, Señores, y apruebo que una madre de familia que tiene niños pequeños no entre en una casa de pobres en que haya casos de difteria, de viruela, de sarampión ó de escarlatina. Pero fuera de esos casos precisos y concretos, y siempre particulares, llevar la prudencia á extremos tan desmesurados, confesad que es poco razonable, y sobre todo poco cristiano.

¿No sabéis que sin permiso de Dios no caerá ni un sólo cabello de vuestras cabezas?

Una de mis amigas de la infancia, madre tiernísima y amantísima, en el momento de partir a su casa de campo, llega a saber que en los alrededores de su chalet reina el garrotillo... y ella tiene un niño pequeño. Enseguida se da contraorden, y el padre, la madre y el niño van a pasar el verano a un sitio delicioso de Suiza, en el pintoresco valle de Engadina. Pasada la estación calurosa vuelven los tres rebosando salud y la madre triunfante. Apenas instalados

de nuevo en su hotel de la capital, la primera cosa que hace el niño es contraer la difteria o garrotillo, y la segunda pegársela o transmitírsela a su padre.

No llevemos, por Dios, tan al extremo la prudencia, y extrememos un poco más el valor.

Reinaba el cólera en Roma, y ante el terrible fantasma huían grandes y ricos... era preciso contener aquella emigración cobardel Un sacerdote, familiar del Papa, un grande y noble corazón, Merode, fué a ver al Pontífice. «Padre Santo, le dijo con su militar franqueza, es necesario un gran ejemplo: vaya V. S. misma a visitar el hospital de los coléricos». Pío IX, que tenía el alma enteramente abierta al heroísmo, no vaciló un punto; se levantó y enseguida, con Merode, fué de cama en cama visitando y bendiciendo a aquellos desgraciados.

Al regresar de aquel acto, los encontró el Cardenal Antonelli; y como hábil cortesano, después de haber admirado la magnanimidad de su señor, volviéndose a Merode le reprendió por haber expuesto inconsideradamente los preciosos días del Papa... Merode escuchaba. Cuando hubo terminado el Cardenal:—«¿Y qué?» le preguntó.—«¡Cómo! ¿Y qué?... ¿Y si a consecuencia de eso muriere el Padre Santo?»—«¡Moriría como debe saber morir un Papal»

¿Y si a consecuencia de esas visitas murierais vosotras, Señoras, y si murierais vosotros, Señores?

¡Moriríais como deben saber morir unos cristianos y unas cristianas!

No insisto más sobre este punto, de cuyo insignificante obstáculo he querido desde luego dejar desembarazado mi camino.

Réstanos ahora ver el valor de los tres obstáculos serios anteriormente indicados.

Repugnancia personal.

Repugnancia convencional del mundo y de sus costumbres.

Desconfianza del pobre.

No he negado yo la repugnancia personal y natural.

La cuestión es saber si no conviene vencerla.

También sentimos repugnancia, Señores, a casi todos nuestros deberes; y sin embargo sólo es grande y digno aquel que marcha hollando sus repugnancias por permanecer fiel; que mortifica su naturaleza para someterla al yugo del deber.

Por lo demás, creedme: esas rebeliones no solamente caen a la primera embestida, sino que son mucho más imaginarias que reales.

¡Lo que os asusta en el pobre es el exterior, la superficie, la corteza!

Penetrad más adentro, y encontraréis el corazón y el alma... y ese corazón, esa alma, es vuestra alma, es vuestro corazón, el alma y el corazón humano. Dios no los ha hecho para ellos diferentes que para vosotros. Descubriréis en ellos grandezas y pequeñeces siempre idénticas, generosidades y cobardías siempre semejantes, los veréis unas veces remontándose hasta el heroísmo y otras degradándose hasta la abyección... el hombre, en fin, el hombre tan noble y tan vil, tan amable y tan aborrecible... a vosotros, a vosotros mismos! ¿Sabéis lo que no encontraréis en ellos?... Ese formalismo estrecho y mezquino de la convención mundana, que os obliga á contener vuestros sentimientos dentro de una medida contrastada por el uso, y tan pequeña, que en ella se asfixian y perecen. El pobre no tiene semejantes reparos, su corazón va todo entero al amor o al odio; y como va y a donde va su corazón, va su pensamiento; y como va y a donde va su pensamiento, va su lengua!

¡En lo cual no sé yo si no os parecerá más amable!

¡Oh! ¡si os acercáis a él, le amaréis tan presto!

¡Y os será tan dulce su amor!...

Os causa repugnancia, porque no le conocéis; y no le conocéis, porque os parece difícil el acceso a su trato: y teméis abordarle, porque espantados de las exterioridades y apariencias, no penetráis hasta su alma.

Pero en realidad, ¿son tan insuperables y espantosas las dificultades que se os presentan?

Consideradlas bien; ¿se reducen a tan poca cosa!... El atravesar una calle muy vulgar, tal vez el subir una escalera muy pendiente y acaso sucia, y después en la habitación del infeliz o de la desgraciada la falta de orden, el amontonamiento de objetos pobrísimos, el no haber más que un taburete por todo asiento, el desagradable olor del puchero pobre en el que se está cocinando su comida... en fin, ¿qué sé yo? mil cosas más, si queréis, pero todas del valor de las que acabo de indicaros...

¡Ah! guárdeme Dios de negarlo, el atravesar las magníficas y anchurosas calles en que tenéis vuestros palacios, el subir por vuestras soberbias escaleras, hollando vuestras muelles alfombras, el entrar en vuestros salones enteramente perfumados de finas esencias, el veros, el hablaros, el escucharos, todo eso es infinitamente más dulce y el corazón reposa en ello más a gusto.

Mas ¡por Dios! ¿dónde estaría entonces vues-

tro valor, si retrocedierais ante las pequeñas repugnancias exteriores, que acabo de indicaros?... ¿Dónde estaría entonces la energía de vuestros caracteres si no supierais venceros en cosas tan mínimas? ¿Creéis verdaderamente que la vida elevada, la vida digna, la única verdadera vida no os exigirá a cada instante sacrificios y victorias mucho más crueles?

Recuerdo un rasgo de la vida de M. Swetchine que siempre me ha impresionado mucho. Era entonces jovencita y con frecuencia su padre la mandaba que fuera a buscar en la biblioteca tal o cual libro que le señalaba. La niña iba allá y todos sabían lo que aquello le costaba a su corazón, porque... había en aquella biblioteca una momia erguida, pegada al muro, arrugada y siniestra, y aquella figura negra que se estremecía convulsivamente con los pasos dados en el pavimento, aquellas manos negras desecadas, aquellos pies negros retorcidos, que salían por entre la amarillenta red de los vendajes, todo aquel cuerpo humano rígido y frío, conservado allí como un mármol, le producía espanto y escalofríos. Entraba con mucho ánimo, miraba fijamente aquella cosa deforme y horrible, tomaba el libro, y salía huyendo a escape como

si aquel muerto fuera a seguirla. Un día, avergonzada de sí misma, irritada contra aquellos terrores locos que no sabía dominar, quiso concluir con ellos de una vez. Tomó, pues, una silla, se subió a ella, estrechó entre sus brazos la momia, y cerrando los ojos, le dió un beso en la frente. El esfuerzo había sido demasiado grande: ¡la pobrecita cayó desvanecida!

Al ruido acudieron los de casa, la hicieron volver en sí, contó ella lo ocurrido, de lo que se rieron no poco... Pero desde aquel día le desapareció todo terror. Se había vencido y la victoria le duró hasta el fin.

Con semejantes ensayos es como se templan los caracteres.

Los pobres son momias para vosotros, y la asustadiza cobardía humana os las representa nauseabundas y horripilantes.

Acabad también de una vez con esa espantosa representación. Id a ellos, estrechadlos entre vuestros brazos, ponedlos sobre vuestro corazón, y... desde luego salgo garante de que no os desvaneceréis. Y después, Señores, gustaréis de ese delicioso sabor de la virtud y del bien practicado, que Dios parece reservar más suave y más fino para aquellos que sirven a sus privilegiados, a sus pobres. No temo ser contradicho por nadie. Hay en la caridad personal, en el

contacto y el comercio con el pobre un encanto misterioso y una dulzura que sólo comprenden los que lo han gustado, y cuyo corazón no lo echa en olvido jamás.

¡Ánimo, pues, Señores; ánimo, pues, Señores! ¡Sabed venceros!

Cuando hayáis vencido de esta suerte vuestras repugnancias personales os quedarán por vencer las repugnancias convencionales del mundo que os gritará: «¡Oh! no, no, esas cosas no se hacen!»

Me paseaba yo un día junto al mar, sobre el dique... Vimos venir hacia nosotros en un cochecito empujado por un sirviente a un pobre niño enfermo. Una señorita de unos quince años que iba cerca de nosotros, en uno de esos bellos arranques del corazón que suele haber a esa edad, exclamó: «¡Mamá, mamá, un niño enfermo!...» y con los brazos extendidos se precipitó hacia él. «¡Chiquilla! gritó su madre, ¡te quieres estar aquí!? ¡Parece que te has vuelto local! ¡Eso no se hace!»

Yo permanecí silencioso, porque decir todo lo que se piensa «eso tampoco se hace...» pero contemplaba dentro de mí mismo a aquella joven amante y generosa, rechazando de su cora-

zón la divina ternura que Dios había hecho brotar en él... ¡Oh! ser buena, y mostrarlo, ser compasiva y dejarlo ver, derramar un poco de afecto en aquel pequeño paciente, hacerle sonreír con la influencia de su propia sonrisa!... ¡oh! «eso no se hace!» ¡Qué lección caída en aquella alma! ¡Oh! ¡qué cosas esas que no se hacen!...

Ved reunidos en una sala pobre esos muchachos mendigos ambulantes a quienes solía verse otras veces recorriendo vuestras ciudades con su organillo a la espalda y su marmota en los brazos. Son unos treinta o cuarenta, sentados en toscos escaños... ¿en qué venían a parar en París esos pobrecitos abandonados, lejos de su padre y de su madre?... Se los ha buscado y reunido y ahora que es domingo, y que no pueden trabajar, se les enseña el catecismo. Sus maestros son tres jóvenes cuyo porte y aire distinguido hacen sospechar su nobleza, porque ese porte y esa distinción apenas suelen encontrarse más que en ese mundo, donde no se hacen esas cosas... La historia ha conservado sus nombres. Eran Alejo de Noailles, Mateo de Montmorency y el primer matemático de nuestro siglo Agustín Cauchy.

¡Ah! ¡las cosas que no se hacen!

Dios ha hecho, Señores, a nuestra naciente patria una gracia incomparable; le ha dado para

ceñir su primera corona una Reina que todo el pueblo, por aclamación unánime, llamó con este glorioso nombre: ¡la Santa!

Los tiempos trascurren veloces y velozmente se llevan los muertos y sus recuerdos. La generación que hoy asciende ignora tal vez lo que voy a decir, pero nosotros, la generación que desciende, sabemos con qué aureola de amor resplandecía su nombre, sabemos qué duelo tan general causó su muerte y las lágrimas que por ella se derramaron de un extremo a otro del país.

Pues bien, Luisa María de Orleans visitaba personalmente a los pobres. En Bruselas, en Ostende, en Lacken, iba acompañada de una de sus damas, entraba en la casita de aquellas pobres gentes, subía la pendiente escalera que conducía a aquellos miserables cuartuchos, se sentaba en ellos, les hablaba, acariciaba a sus niños... No siempre se la descubría, y se preguntaban los visitados y los vecinos quién podría ser aquella desconocida tan amable y tan bondadosa... Pero con más frecuencia se le hacía traición, y como reguero de pólvora corría de unos a otros por lo bajo la voz: «¡La Reina! ¡la Reina!» y cuando bajaba de vuelta, en todas las puertas vecinas, en la callejuela y en las bocacalles, se agolpaban para verla las mujeres arreglando a toda prisa bajo sus blancas cofias

sus rebeldes cabellos, y respetuosas, con lágrimas en los ojos, se inclinaban y bendecían a la Santa. ¡Oh Reina, cuán amada erais!

Pienso sin embargo, Señores, que pertenecería ella también a ese mundo ¡en que no se hacen esas cosas!

¿Se necesita insistir más?

No, ¿no es así? Tanto más cuanto que mirando de cerca las cosas que se hacen en el mundo, se pierde mucho del horror que podrían inspirar aquellas «¡que no se hacen!»

Tened, pues, nobleza de alma. No recibáis las cadenas que os echan encima. El verdadero cristiano depende solo de Dios y de su conciencia; todo otro yugo le importa poco, y le sacude! ¡Haced bien y dejad que digan! ¡Valor y ánimo, pues, ánimo siempre, y después de haberos vencido a vosotros mismos, venced también al mundo!

Resta el tercer obstáculo puesto en el camino para impedir vuestra marcha hacia el pobre. Teméis encontrar al pobre ingrato o engañador.

Ingrato, ¡Dios mío! Convengo, Señores, en que encontraréis a veces la ingratitud en ese camino y en ese mundo del pobre.

Pero ¿no la encontraréis nunca en vuestro propio mundo?

También podrá suceder que en aquel mundo seáis engañados... mas ¿no lo habéis sido nunca en el vuestro?

No creo yo, sin embargo, que a causa de los ingratos y engañadores de arriba os retiréis de la sociedad de los ricos; pues no os retiréis tampoco de la sociedad de los pobres a causa de los ingratos y engañadores de abajo.

Por lo demás, permitidme que os lo diga: ¡No! ¡no! es falso que el pobre sea ingrato... que haya ingratos entre los pobres, pase; pero la característica general del pobre es el amor y el reconocimiento; un amor y un reconocimiento que se desborda, porque, ya os lo he dicho, no está sujeto por los cordeles de las convenciones humanas, y brota de los labios tal como está en el alma.

Hace algunos meses, visitando yo una policlínica para pobres y estando llenas todas las salas, fué introducido en la oficina en que yo esperaba un joven, un pobre obrero que había sufrido quemaduras horribles en una fábrica de vidrios. Le hablé un poco; luego, cuando el médico estuvo libre, ayudé a vendarle. En realidad mi papel se limitó a desarrollar la venda y a sostenerle mientras llegaban los alfileres. A esto se redujo todo; no hubo más.

Ocho días después, paseándome yo por la tarde con un amigo, noté que me seguía un buen mozo; por la bruma le tomé por un mendigo.

Como persistiera en seguirme, volví la cabeza y sin fijarme en él le dije: «No tengo nada que daros, amigo mío». — «Señor cura, me respondió, soy yo!... quería daros otra vez las gracias!» Era mi joven, el de las quemaduras de la semana anterior.

¿Es esto ingratitud?

Siendo estudiante de teología, bajo mi ventana, veía yo una madre que, cuando brillaba el sol, colocaba cuidadosamente sobre una almohada en el umbral de la puerta de una casa de obreros, a un niño suyo estropeado de una pierna. Conseguí permiso para llevarle dulces los días que nos los ponían de postre en la mesa, y se los llevaba; no hice más.

Concluídos mis estudios dejé la ciudad y a mi amigo, el cojito. Quince años después volví allá. No hacía dos días que allí estaba, cuando al pasar delante de aquella pobre casa, siempre igual, bien que ahora con aires de mayor comodidad, vino a mí el padre: «Dispéñseme usted, me dijo, ¿no es usted el que en otro tiempo daba dulces y pececillos encarnados a nuestro Pepito?» Y como yo me sonriera, me tendió sus dos manos y se echó a llorar. «¡Oh! ¡no lo he

olvidado nunca!» me dijo. Y en verdad él se acordaba mejor que yo, pues yo había perdido completamente la memoria de los pececillos encarnados!

Vuelvo a preguntaros, ¿es esto ingratitud?

¿Y engañador? no, el pobre no lo es, o al menos si lo es, lo es como lo son todos los hombres.

Exagerará su miseria... ¿No exageráis vosotros vuestros sufrimientos?... Se dirá mejor que lo que es... ¿No gustáis vosotros de parecer mejores que lo que sois? Hará gala y ostentación de sus virtudes... ¿No ostentáis vosotros las vuestras? Ocultará lo mejor que pueda sus vicios... ¿No veláis vosotros lo mejor que podéis los vuestros?... ¿No es humano todo eso?...

Pero ¿cómo sabré yo si tengo que habérmelas con un hombre probo, con una mujer honrada?

¿Lo sabéis siempre en vuestro mundo?... ¿Y no os sucede a veces hallaros chasqueados?

Tendréis todavía una ventaja de parte del pobre: el día en que sepáis con certeza que ese hombre es un bribón y esa mujer una perdida, podréis volverles la espalda y dejarlos allá; mientras que en vuestro mundo, esos desprecios generosos, esos verdaderos abandonos son «cosas que no se hacen». ¡Con cuánta frecuen-

cia, mucho tiempo después de vuestros descubrimientos, debéis estrechar la mano y sonreír a personas a quienes en vuestro interior despreciáis, porque a vosotros os consta lo que son; pero que vuestro mundo continúa admitiendo, porque todavía oficialmente lo ignora!

Basta ya de esto.

¿No veis cómo de todas las razones acumuladas contra la caridad personal ni una sola queda en pie?

Lo único que resta es el eterno mandato del Señor: «¡Amad!... ¡amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos!»

Y vuestro prójimo es, en efecto, ese pobre, ese pobre de nuestros días sobre todo, despojado por ladrones de los únicos bienes que le quedaban, la fe y la esperanza divina: herido gravemente por el aguijón de todas las malas pasiones que le han clavado en el alma; por la pasión roedora de la envidia de crueles dientes; por la pasión abrasadora de la codicia y del apetito; por la pasión consumidora del odio, odio a los grandes, odio a los ricos, odio a todos los afortunados, porque se le ha dicho que aquella fortuna es un insulto a su miseria. Y después abandonado a la vera del camino, y moribundo!

¿Haríais vosotros como aquel sacerdote y aquel levita, que miran, ven y pasan de largo, sin que se conmueva una sola fibra de su corazón, sin que se extremezcan lo más mínimo sus entrañas?...

San Juan que, por haber reposado en el Corazón de Cristo, le conoció mejor que nadie, nos dice terminantemente:

«En vano os lisonjeáis de estar en la verdad y en la luz, si no amáis a vuestros hermanos... No, no, estáis en las tinieblas.—Está en la verdad y en la luz el que ama a sus hermanos».

Y en otra parte: «En esto reconoceréis que habéis pasado de la muerte a la vida, en si amáis a vuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte».

Pero ¿qué hacer? ¿y cómo? Para vosotros, Señores, la respuesta es obvia: Hacedos miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Después, no tengo más que deciros, porque todo está allí. Dos veces en mi vida he tenido el honor de asistir a las asambleas de esas Conferencias, y he salido de ellas conmovido hasta el fondo de mi alma: Había sentido pasar sobre mí el sople de la caridad de Cristo!

Para vosotras, Señoras, la ruta es más com-

plicada. Trabajar para el pobre, Señoras, y hacerle con vuestras manos vestidos de abrigo para el invierno, ya es algo, está muy bien y os alabo por ello. Pero sería mucho mejor, si después les llevarais vosotras mismas esos vestidos.

Desgraciadamente nos detenemos con frecuencia en lo bueno, sin pasar a lo mejor. Me acuerdo de un caritativo Roperero, donde absolutamente se prohibía a sus miembros el dar por sí mismos ninguna cosa de las que se trabajan en sus santas reuniones. Yo procuré que desapareciera aquella necia regla; pero había tenido la desgracia de definir a la tal sociedad, «una reunión de almas devotas congregadas para cortar trajes para los pobres y reputaciones para el prójimo», con lo cual quedó arruinada para siempre mi influencia sobre ellas.

Organizar en beneficio de los pobres esas fiestas de caridad que llamáis tómbolas ó kermeses, y consagrarse a ellas por completo, es también cosa buena, y sin duda, empleando en ellas cuerpo y alma practicáis la caridad personal. Os alabo igualmente por esto; pero reconoced que los esfuerzos que hacéis, la gracia que desplegáis, todo el encanto con que ejecutáis vuestra obra, no tiene por fin inmediato al pobre, sino más bien al señorito comprador y

a la señorita compradora...; y que vuestro trabajo no quede sin cierta gratísima remuneración.

¡Está bien, está bien! pero todavía no es eso lo que Jesucristo entiende por «entregaros al pobre», por «amor al pobre!» Esto es mucho más.

Entrad vosotras mismas en relación inmediata con el pobre. ¿Y cómo? De dos maneras. Si él viene a vosotras recibidle, y después no le abandonéis ya, hacedle vuestro pupilo, vuestro protegido, vuestro familiar, si me es permitido hablar de esta suerte. Sí, vuestro familiar, porque en verdad ¿cuál es la familia cristiana que no tenga a su cuidado y por decirlo así, sobre sus brazos—en los momentos de impaciencia se dice: sobre las narices—dos, tres, cuatro y cinco pobres? Ya es una mujer anciana que hacía las labores pesadas de casa, y cuyo marido ha muerto, ya una antigua criada que ha caído en la miseria, ya los huérfanos de un jardinero, qué sé yo?... ¡Ah! no os faltarán pobres, no!... A éstos, no os contentéis con acogerlos, sino id luego a verlos, sostenedlos, alentadlos, amadlos, y por amor servidlos.

Y si el pobre no viene a vosotras, id vosotras a él; y esta es la segunda manera. Aquí los caminos abundan!...

¡Qué de obras, al término de las cuales la encontraréis! Patronatos, Sociedad de Señoras de la misericordia, Sociedad de las viudas pobres, Sociedad de los enfermos pobres, Comité de protección a los encarcelados, Orfelinatos, Casas-cunas,... la lista de esas obras sería interminable. ¡Ah! no os contentéis con darles vuestra limosna... sed activas, sed visitadoras, sed amantes, dad la alegría de vuestros ojos, las palabras de vuestros labios, el trabajo de vuestros brazos, la caricia de vuestras manos y el amor de vuestros corazones.

Pero hay todavía otra cosa mejor, Señoras, y después de haberlo reflexionado no temo decirlo.

Hay un libro, cuya lectura he aconsejado muchas veces, que yo mismo he leído y releído y nunca sin derramar bien de lágrimas. Su autor no tiene la fe de Jesucristo, pero sí un corazón sincero; y con esa sinceridad nos dice que ha visto y ha narrado las generosidades incomparables que brotan de las almas de que se ha apoderado Cristo. «Yo no tengo fe, exclama en una de sus más sentidas páginas, pero si conociera el camino de Damasco, me arrastraría por él de rodillas».

A ese libro y a su autor los habéis nombrado ya vosotros: es *La Caridad Privada en París*, por Máximo du Camp. Abridle por el capítulo de «Las Señoras del Calvario»; yo no conozco nada más bello, ni más grande, ni más santamente sublime. Se ha hablado mucho en estos tiempos del Apostolado de los leprosos; pues eso viene a ser, y podría denominársele el Apostolado y servicio de los cancerosos.

Que no se espante vuestra delicadeza. No me atrevería yo a conducirlos a esas alturas. Por otra parte, la obra de las señoras del Calvario supone un hospicio, establecido, y pobres y enfermos a domicilio, y aun señoras viudas y residentes que hacen votos de religión. No se hallan reunidas todas estas condiciones en toda ciudad. Una sola de estas casas hay establecida en Bélgica; está en Bruselas, y el pueblo, que en esto no suele engañarse, y que por instinto da con el verdadero nombre de las cosas, la ha llamado «el palacio de los pobres».

Si tenéis valor, id a verla; las introducciones son fáciles. Se os preguntará si vais como visitante o como trabajadora, y vuestra generosidad, o al menos vuestro amor propio, os hará responder: «Como trabajadora»; entonces se os dará un delantal blanco y mangas blancas, y para haceros la ilusión de que trabajáis se os

dará a tener una palangana o una cestita con hilas, vendas y trapos limpios y se os conducirá a las camitas blancas... ¡Oh! ¡qué padecimientos veréis allí!... Desfallecerá vuestro corazón... se os conducirá al jardín a tomar el aire, pero volveréis... sí, volveréis. ¿Y sabéis quién os conducirá de nuevo allí?... Cristo, Cristo que tocará vuestro corazón y secretamente os dirá: «Ven, ven, hija mía, es tan bueno, es tan dulce amar a mis pobres!» Y volveréis, y aquellos padecimientos os parecerán menos repulsivos, y os parecerá que os sonríen, y los amaréis. Y cuando salgáis de allí, sentiréis en vuestra alma la vivificante sensación de lo que poco hace se os decía: «¡Oh qué bello es esto! ¡Oh qué grande! ¡Oh qué santo y sublime!»

Y os vendrá otro pensamiento:

«Y yo ¿no podría por mi parte hacer nada?»

Sí, hay algo que podéis hacer.

La gran obra de que acabo de hablaros tiene una hermanita menor, ¡la obra de las farmacias gratuitas!

En nuestras grandes ciudades—y mañana en la vuestra, si queréis vosotros—hay casas más humildes, ¿qué digo? simples habitaciones, ya en la planta baja, ya en un piso, unas veces con

fachada a la calle, otras en el interior de un patio o de un jardín, a donde pueden ir los pobres a consultar gratuitamente a médicos hábiles y a recibir los medicamentos y la asistencia que les prescriban. Estas farmacias a veces están aisladas, a veces anejas a una policlínica, y a veces, aunque más raramente, a un convento o a un hospital.

Jamás faltan médicos... Dios ha puesto en su alma, para con aquellos pobres cuerpos de cuya curación se encargan unos corazones de los cuales podrían tener envidia los sacerdotes.

¿Sabéis lo que a veces suele faltar?... ¡enfermeras! Acudid allí, Señoras, organizaos, repartíos las horas, poneos vuestros blancos delantales y vuestras mangas blancas. Santiguaos con la señal de la cruz, y a la obra! Porque ¿sabéis qué pobres enfermos son los que se ven más en esas benditas mansiones?... son niños en brazos de sus madres... ¡Ah! ¿no os ha hecho Dios esas manos, esas inimitables manos de madre, para tocar esos cuerpecitos? Son jóvenes mujeres a quienes vuestras palabras alentarían y vuestros consejos guiarían y vuestra amistad confortaría para los combates de la vida, tan dura para ellas. ¿No sabéis vosotras por vuestros corazones de cuánto valor necesita un corazón de mujer para atravesar la vida? Son an-

cianos que se acercan al término y que miran melancólicamente la muerte que se les echa encima... ¡Oh! haced que vuelva la sonrisa a esos labios, infundid un poco de esperanza en esas almas, y antes que partan de esta vida, hacedles gustar por última vez la dulzura de sentirse amados!

El año pasado, dando un periódico cuenta de los trabajos de una de estas farmacias, recomendaba a las jóvenes dedicadas a su servicio que tuvieran cuidado y se guardaran bien de introducir en el baile de la noche, en vez de los finos perfumes del mundo, un vago recuerdo y olorcillo de yodoformo.

Amados jóvenes, cuando llegada la hora, discretamente se tiendan hacia vosotros por todas partes esas manitas blancas, yo no sé lo que os dirá el perfume que las embalsama, pero si alguna de ellas, por olvido, dejara sentir por la noche el yodoformo de la mañana... no vaciléis... es la mano de un gran corazón, es la mano de una grande alma! ¡es la mano de una amante, de una abnegada!

SEÑORAS, SEÑORES:

Hay costumbre de llamaros los dichosos de este mundo, porque sois ricos. En este mundo

no hay dichosos, y la vida no es clemente para nadie!

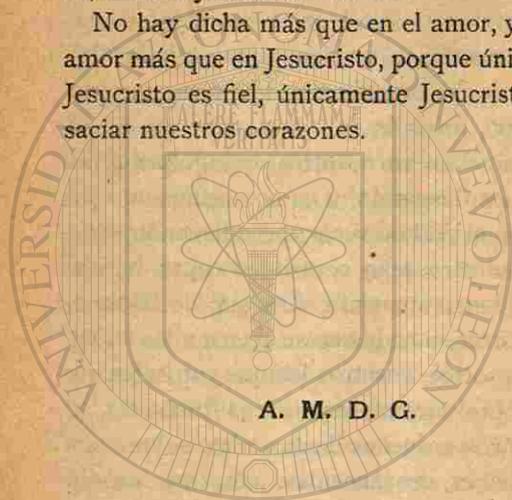
Vosotros habéis vivido, luego habéis sufrido, porque vivir es sufrir. Unas veces el infortunio, otras la muerte, ya las decepciones, ya las traiciones; y todas esas miserias humanas, miserias del cuerpo, miserias del alma, miserias del corazón, se ceban en nosotros, nos golpean, nos hieren, nos desgarran, y vamos caminando por la vida, sonriendo á veces, pero llevando siempre en nuestro seno corazones cuyas heridas sangran constantemente. ¡Oh qué de lágrimas se ven correr, cuando uno se acerca a las almas!

¡Oh vosotros, vosotros los que sufrís, los que lloráis sobre vuestras esperanzas frustradas, sobre vuestros ensueños destrozados, sobre vuestras ilusiones desvanecidas; vosotros los que lloráis sobre vuestros amados que han desaparecido, sobre vuestros muertos que os han llevado parte del alma; vosotros los que lloráis heridos por la mordedura roedora de ese mal que la Escritura llama tedio de la vida, *taedium vitae*, vosotros los olvidados, los traicionados, los abandonados, decid, decid, ¿queréis ser dichosos todavía? ¿queréis todavía gustar del gozo y saborear la paz? Pues id al pobre, daos al pobre, amad y servid al pobre.

Ahí está el secreto. ¿Sabéis por qué? Porque

el pobre es, por decirlo así, Jesucristo, y amar a Jesucristo es bueno, amar a Jesucristo es dulce, amar a Jesucristo es suave.

No hay dicha más que en el amor, y no hay amor más que en Jesucristo, porque únicamente Jesucristo es fiel, únicamente Jesucristo puede saciar nuestros corazones.



## NUESTROS EMIGRANTES

*Coelumque  
Adspicit, et dulces moriens reminiscitur Argos.  
Y alzando los ojos al cielo, acuerdase al morir  
de su dulce Argos.*

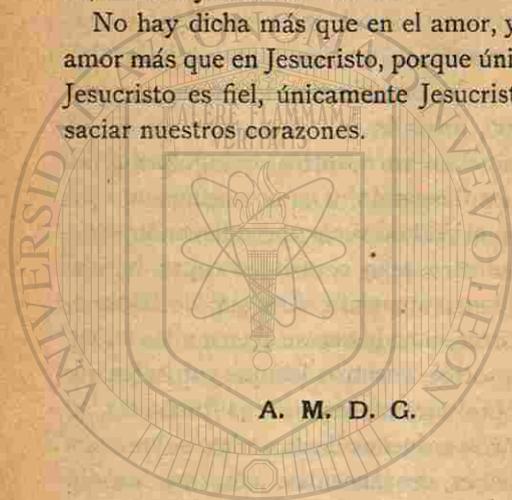
(VIRGILIO. Eneida, Lib. x.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el pobre es, por decirlo así, Jesucristo, y amar a Jesucristo es bueno, amar a Jesucristo es dulce, amar a Jesucristo es suave.

No hay dicha más que en el amor, y no hay amor más que en Jesucristo, porque únicamente Jesucristo es fiel, únicamente Jesucristo puede saciar nuestros corazones.



## NUESTROS EMIGRANTES

*Coelumque  
Adspicit, et dulces moriens reminiscitur Argos.  
Y alzando los ojos al cielo, acuerdase al morir  
de su dulce Argos.*

(VIRGILIO. Eneida, Lib. x.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

NUESTROS EMIGRANTES

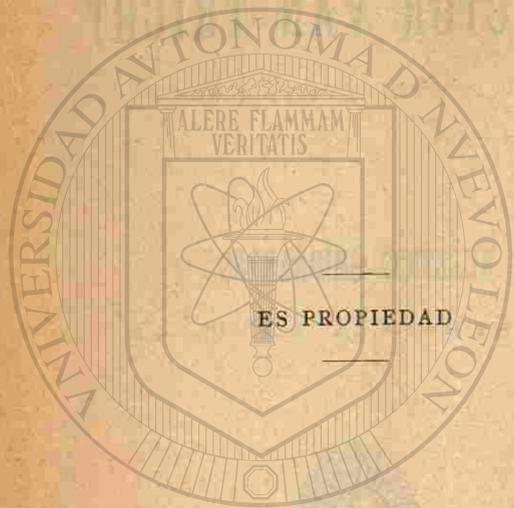
CONFERENCIA FAMILIAR



DIRECCIÓN:

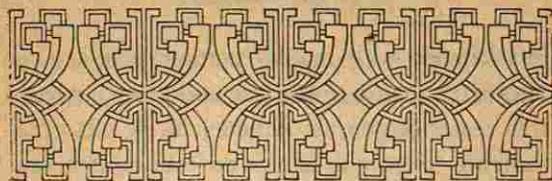
ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

Ayala, 5. — BILBAO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



SEÑORA (1):

**S**i el grande honor que hacéis a esta asamblea dignándoos presidirla en este día, se dirigiera a mi persona, me llenaría de confusión. Pero va más lejos y más alto: va a las obras que nos reúnen en un mismo pensamiento de caridad cristiana, y en nombre de ellas permitidme que os dé las gracias y que me congratule del fondo de mi alma.

¡Qué apreciable y poderoso patrocinio prestáis a las dos!

La primera, la obra de las Misiones extran-

(1) Su Alteza Real, la señora Condesa de Flandes, acompañada de sus Altezas Reales las Princesas Enriqueta y Josefina.

geras, desde hace mucho tiempo se honra con vuestro augusto nombre y se enriquece con vuestras reales larguezas. A beneficio de ella precisamente tengo que hablar en esta conferencia; requería ella limosnas, y ya las ha recibido, pues veo esta sala llena, y sé que ineludibles leyes protectoras imponen a los asistentes a este acto ciertos derechos de entrada.

La segunda, la que será el objeto de mi discurso, es una obra naciente, una obra muy pequeña todavía, pero que gime y llora, que no admite ni dilación, ni retraso, que saldría enteramente formada del corazón de todos, si todos hubieran podido ver el lamentable espectáculo, que yo he visto, y que jamás podría pintaros en su desnuda crueldad.

Quiero decir: la obra de la protección de los Emigrantes belgas, el «Raphaëls verein» belga.

Para ello no pido oro, ni plata, ni otra ninguna limosna. Ni pido más que un poco de amor. ¡Nada más! Busco hadas que encanten y cubran de flores su cuna.

Es una obra alemana que acaba de nacer entre nosotros.

¿Y bajo qué auspicios podría yo hablar de ella mejor que bajo los vuestros, Señora?

Voy a hacer por esta noche lo que hacéis vos todos los días con esa elocuencia del ejemplo,

harto más persuasiva que todas mis palabras: predicar a Bélgica las virtudes de Alemania.

SEÑORAS, SEÑORES:

Un día de este mismo invierno, a la hora de la partida de un vapor, un grupo entero de infelices emigrantes, se estrechaba en los muelles de la gran ciudad de Amberes, tiritando de frío por el cierzo y la helada; esperaba el momento de embarcarse. En él había un padre, una madre y un niño, mal vestidos, amoratados de frío; sus dientes castañeteaban, únicamente el niño envuelto en un retazo de bayeta, calentado por los brazos y el corazón de la madre, parecía no sufrir, y dormía. Allí alrededor había mujeres del pueblo que contemplaban con el corazón angustiado aquel espectáculo. De repente se despertó el niño, y sintiendo en su carita el soplo helado del cierzo, se echó a llorar. La madre procuraba acallarle con tiernas caricias, pero en vano... Aquel llanto del niño, tan triste en una hora ya de suyo triste, hizo desbordar el corazón del padre y de la madre; se miraron, y también ellos se echaron a llorar.

«¡Ah! ¡pobres!...» exclamó una de las mujeres que los rodeaban. ¡Yo no puedo ver estol

¡No! ¡no! ¡no puedo verlo impasible! ¡Si mi hombre me riñe, tanto peor! Y desatándose el delantal, se descifó un grueso mantón de lana que la cubría el cuello, pecho y espalda, se le quitó, le echó sobre las espaldas de la desgraciada, dió un beso al niño en la frente, y luego, derramando lágrimas, se alejó de allí!

Señores, yo vengo a suplicaros que hagáis vosotros también, por esos infelices, que arrojados por el látigo desgarrador de la miseria, se destierran, lo que hizo aquella pobre mujer de Amberes. Vengo a pedirlos que echéis sobre ellos el manto de vuestra protección y de vuestro amor. ¡Y vais a ver si lo merecen!... Después vuestro corazón os inspirará.

¡Patria!

¿No es esta la primera palabra que viene al pensamiento a la vista de esos pobres emigrantes?... ¡Ellos se destierran!

¡Patria!... Acordaos, Señores, del entusiasmo que esa gran palabra excitaba en nuestros corazones a los quince años, cuando en los bancos de la clase de retórica y poética veíamos pasar ante nuestros ojos, con todo el esplendor de la literatura hebraica, griega y romana, las solemnes epopeyas de los pueblos antiguos!

Acordaos de aquellos judíos, demacrados, bajo el cielo de Babilonia, y viniendo, melancólicamente a congregarse junto a las riberas de los ríos, como las golondrinas cuando el cielo se vuelve gris y frío, para hablar reunidos de la Patria y de su amada Jerusalén:

«En las márgenes de los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y nos poníamos á llorar, acordándonos de Sión.

»Allí colgamos de los sauces nuestros instrumentos músicos.

»Los mismos que nos habían llevado esclavos nos pedían que les cantásemos nuestros cánticos; los que nos habían arrebatado de nuestra patria, decían: Cantadnos algún himno de los que cantabais en Sión.

»¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en tierra extraña?

»Si me olvidare yo de tí ¡oh Jerusalén! entregada sea al olvido mi mano diestra.

»Pegada quede al paladar mi lengua si no me acordare de tí, oh santa Sión, si no me propusiere a Jerusalén por el primer objeto de mi alegría.

»¡Desventurada hija de Babilonia! Afortunado sea aquel que te diere el pago de lo que nos has hecho tú padecer a nosotros. Dichoso sea aquel

que ha de coger en sus manos a tus chiquillos y estrellarlos contra una peña» (1).

Acordaos también de aquella escena dolorosa de la partida de Eneas, que leíamos en Virgilio. Troya está ardiendo. Todo esfuerzo es ya inútil. Es preciso huir a través del incendio y de las huestes enemigas.

El viejo Anquises no huirá. Puesto que ya no existe la patria, ¿a qué prolongar su vida y sufrir la tortura del destierro?

*Abnegat excisa vitam producere Troja,  
Exiliumque patit!* (2).

Eneas quiere morir con él. Precipitase, espada en mano, hacia el enemigo vencedor. Pero en el umbral de su morada:

*Ecce autem complexa pedes in limine conjux  
Haerebat, parvumque patri tendebat Iulum!* (3).

Su esposa se postra a sus pies, se abraza a sus rodillas y le muestra su hijo pequeño... ¡Ah!

(1) Salm. 136.

(2) Virg. Eneid. Lib. II, vs. 637 y 638. «Se resiste a prolongar su vida, después de la destrucción de Troya, y a sufrir el destierro».

(3) Id. id. id. vs. 673 y 674. «He aquí que en el mismo umbral se me abrazó a los pies mi esposa, tendiéndome nuestro tierno Iulo».

¡Eneas no puede ya morir!... ¡debe vivir para ellos! Arroja lejos de sí su inútil espada... El mismo Anquises se da por vencido y se somete al destino; va con paso tembloroso a coger del altar las estatuas de los dioses familiares, después, ¡pobre anciano!... accede a que le lleve auestas su hijo, abrazándose a su cuello. Y Eneas, llevando sobre sí aquella piadosa carga, emprende su marcha al destierro. Iulo, su hijo, se agarra a la mano derecha de su padre, y corre con pasos desiguales esforzándose en seguirle. Detrás le sigue su esposa llorando

*dextrae se parvus Iulus  
Implicuit, sequiturque patrem non passibus aequis.  
Pone subit conjux!* (1).

¡Oh! sí, veíamos pasar delante de nosotros aquella familia desolada, a través de la noche enrojecida de llamas y sangre, en medio del relampagueante brillo que despedían las bronceadas armaduras y el acero de las espadas.

*Ardentes clypeos atque aera micantia cerno!* (2).

(1) Virg. Eneid. Lib. II, vs. 723, 724 y 725. «El pequeño Iulo ase mi diestra y sigue a su padre con desiguales pasos; detrás viene mi esposa».

(2) Id. id. id. v. 734. «Diviso los relucientes broqueles y veo centellear las espadas».

Veámosla partir para aquel largo destierro, más allá de los mares inmensos.

*Longa tibi exilia, et vastum maris aequor arandum* (1).

Y nuestro corazón palpitaba más acelerado, y sentíamos brotar en él y desarrollarse una conmiseración profunda... y llorábamos. Sí, Señores, llorábamos, porque nuestros corazones eran jóvenes, y se abrían ingenuamente á todos los sentimientos espontáneos, elevados y nobles de la naturaleza humana.

¡Ah! entonces sentíamos lo que es una patria, y lo que al corazón le cuesta dejarla.

¿No lo sabemos ya?

Sí, Señores, no os he de hacer yo semejante injuria. Pero el largo uso de la vida no es bueno para el corazón. La experiencia de los hombres le enfría primeramente y le hiere; después le embota y le endurece. Esos bellos sentimientos que entonces le hacían vibrar tan noblemente ahora apenas logran moverle, y para decirlo todo en una palabra, a medida que avanza la edad, el corazón retrocede y se antepone la ra-

(1) Virg. Eneid. Lib. II, v. 780. «Largos destierros te están destinados y largas navegaciones por el vasto mar».

zón, y ésta predomina y manda. Donde el corazón se lanzaba, la razón reflexiona; donde el corazón se entregaba, la razón calcula. No tiene ya entonces el corazón «esas razones que la razón no comprende» y que la comunicaban el vuelo generoso de los santos entusiasmos. Comprendemos menos aquellos amores y aquellos dolores que tanto conmovían nuestras jóvenes almas, entonces tan cándidas. Ahora desengañados por la experiencia, los examinamos demasiado, y con demasiada facilidad los juzgamos excesivos.

Hay más todavía. Vivimos en un siglo egoísta y escéptico. El egoísmo empequeñece la patria y la reduce exclusivamente a la familia...; y no se detiene ahí; empequeñece también la familia y la reduce y reconcentra en sí mismo. Él es quien ha descubierto esa fórmula rastrera: *Uni bene, ibi patria*. «Donde uno está bien, allí está la patria».

Por su parte, el escepticismo, esa moda de los espíritus contemporáneos—pues en el fondo no es más que una moda, una postura, una actitud que se ha tomado, como en el mundo elegante se toma una manera de saludar o de llevar el bastón—el escepticismo se jacta de no creer en nada, de reirse de todo, y bajo una sonrisa desdénosa cubre la fatuidad de una inconmen-

surable ignorancia. Él es quien os dirá, alzando desdeñosamente los hombros: «¿La patria?... ¿Qué es eso de patria?»

No le respondáis, os lo ruego, pero seguidle... Llegará un día en que ese anémico de las capitales, sintiendo que la vejez carga su pesado brazo sobre su cabeza, abandonado, traicionado, cansado tal vez él mismo y extenuado, experimentará en su alma como un invencible impulso hacia el pueblecillo o la aldea en que se deslizó su infancia; e irá allá, desdeñoso y burlón y escéptico como siempre; irá allá ocultando bajo la máscara de un capricho de viejo esa necesidad inexplicable del corazón que le atormenta... irá, y he aquí que de repente, a la vuelta de un camino, lanzando su flecha gris sobre el fondo azul del cielo, por entre verdes árboles y pajizas mieses y en medio de un blanco grupo de casitas, surge el campanario de la vieja iglesia en que él fué bautizado. Aquellos caminos le son muy conocidos, sabe todavía los nombres de aquellas casitas blancas y de los caseríos inmediatos; en aquel arroyuelo que se desliza por la verde pradera como una cinta de plata, se bañaba él de niño los pies, y allí recogía las florecitas llamadas «no me olvides» de la Virgen. Allí, entre aquellos setos y espinos, buscaba él los nidos de pinzones y mirlos; allá florecían los

manzanos, más allá mostraban los avellanos su escondido fruto, a que él era tan aficionado de pequeño... Aquella canción de los jóvenes ocupados en el laboreo del heno, canción que risueña se difunde por el espacio, es la misma que se cantaba ya en su tiempo; es el mismo el cántico de la alondra en las nubes... Allá... ¡oh! allá... delante de aquella puerta medio abierta, bajo los verdes pámpanos de aquellas parras, allá iba a sentarse su madre, y cosía con rapidez admirable la ropa blanca que después de lavada había tendido a secar sobre el espino.

Ya no mira, ya no escucha, ¡llora! Ya ha desaparecido de sus labios su sonrisa burlona y de su rostro el gesto desdeñoso; y en cambio en su alma se desborda la emoción deliciosa como la dicha de los niños y pura como ellos!

¿Qué es esto, Señores?

¿Es que le vuelve la juventud, que le renace la infancia, que le reviven las dichas de otro tiempo?

¡No! la juventud no vuelve a nadie, la infancia, la hermosa infancia no reaparece, y las dichas perdidas se hallan enterradas demasiado lejos en el polvo del pasado para que puedan todavía revivir.

¿Qué es, pues, esto?

La patria que se ha aparecido a ese corazón

desechado y marchito y le ha hecho latir como un corazón joven y fresco, la patria que no envejece nunca, y que basta volverla a ver para que se la vuelva a amar.

¡Sí, la patria! ¡Porque la patria es eso! Es la tierra natal, es la vieja iglesia con sus grandes ojivas en que venían a poner su nido las golondrinas; es el camposanto tapizado de verde que le rodeaba, y donde no se podía correr, porque bajo la yerba dormían los muertos de los tiempos pasados; es el arroyo, es el río por donde pasaban las barcas, y a donde iban las lavanderas, risueñas y charlatanas, con los brazos arremangados, a lavar la ropa sucia... Es la casa, es el hogar, junto al cual dormitaba la cariñosa abuela, es cada una de aquellas paredes, cada uno de aquellos pedazos de tierra, en que nuestros pasos en otros tiempos dejaron marcadas nuestras huellas, a las que como en pedazos quedó adherida, por decirlo así, nuestra vida, donde volvemos a encontrar viva aún y fogosa nuestra alma de niño y de joven!

¡Ah, Señores! ¡Cuánto bien hace el volver allá! ¡qué grato es vivir allá!... ¡y cuánto palidecen lejos de allí todas las cosas!

¿Vive por ventura, exclama Walter Scott en uno de sus cantos inmortales, vive el hombre cuya alma se halla tan muerta que no ha vibrado jamás al oír este grito: «¡He ahí mi país, mi país natal!» que no se ha inflamado cuando después de haber andado errante largo tiempo en regiones extrañas, se han tornado en fin sus pasos hacia la patria?... ¡Oh Caledonia! país severo y salvaje, dulce nodriza de los bardos, país de los brezales y de los bosques, país de mis antepasados, ¿quién arrancará jamás mi corazón de tus riberas!...

«Déjame vagar todavía por las orillas del Jarrow... déjame sentir en mis mejillas las brisas que vienen soplando del Ettrick; déjame reposar la cabeza sobre la piedra de Teviot... Allí me será dulce el morir solo y olvidado!»

Y sin embargo, a esa patria, a ese suelo natal, a todos esos dulces y queridos recuerdos... un día es preciso renunciar y darles un adiós, es preciso que uno se arranque de ellos, es preciso que uno se destierre.

¿Por qué?... preguntádselo a los desgraciados que se marchan.

«Porque ya no hay en ella medio de vivir». ¿Es verdad esto, Señores? ¿Es verdad que en

nuestro país no halla ya el obrero medio de vivir?

¡Ay! Sí, con frecuencia es demasiada verdad!

Ya en tiempo de Ducpetiaux, una estadística formada por él, con su incontestable talento y gran perspicacia, demostraba que el trabajador belga por término medio ganaba anualmente de 1.200 a 1.300 francos, y gastaba de 50 a 60 francos de más. Por ese camino se va a la ruina. Y entonces estábamos en los buenos tiempos.

Después ha sobrevenido esa triste y negra crisis, que a manera de un manto de duelo, cubre, extendiéndose sin cesar, todo nuestro país de Bélgica. Inglaterra, Francia y Alemania, los tres productores más grandes del mundo, han venido a obstruir los ríos por donde se deslizaba nuestra producción nacional... Nuestras fábricas han contenido su marcha, algunas se han parado, muchas se han hundido, y yo no conozco nada más triste que el ver el musgo invadiendo esos grandes muros negros abandonados, y sus ventanas abiertas y sus techos derribados; y la herrumbre royendo esas bellas máquinas inmóviles, y sobre las bocas de los altos hornos, que vomitaban llamas, brotar, como sobre ruinas, retama y rosales silvestres.

Y hacia esas muertas fábricas ha ido acudiendo la población obrera, cada vez en mayor

número, tumultuosa, famélica, amenazadora, tendiendo sus brazos enflaquecidos por la miseria.

¡Menos trabajo y más brazos!

¿Cómo vivir pues?

En los campos también, por razones análogas, se ha cebado la miseria.

¿Y en vuestras ciudades? ¡Ah! Señores, ¿quién de vosotros no ha visto con sus propios ojos y tocado con sus manos esa aglomeración insensata de gentes de todas las carreras, quién no ha oído quejarse y visto mendigar a ese ejército de cesantes o excedentes o sin destino, sin ocupación y sin pan, que recorre las calles en busca de un hueco donde meterse y colocarse y vivir en fin?

¿No es un signo extraño pero elocuente el ver solicitada con ardor y disputada con empeño la más humilde plaza de oficinista, de escribiente, de supernumerario, de comisionado, de empleado en correos, etc., por mil hambrientos, doctores en letras, en derecho, en ciencias?

Bien sé que trabajando mucho, estrechándose todavía más, volviendo a las antiguas costumbres de hace treinta años, podría tal vez el obrero atender suficientemente a sus necesidades y a las de su familia. Pero se hallan tan arraigados ya en sus costumbres los hábitos de

bienestar, que no se resigna a retroceder de esa suerte, y lo comprendo, Señores... ¿Retrocederíais vosotros? ¿volveríais vosotros a vuestra vida de hace treinta años? Luego no podéis exigir del pobre el heroísmo de un sacrificio que no tenéis valor para imponeros á vosotros mismos. ¿Qué sucede pues? Que entonces los más valientes, los más animosos, y con frecuencia los más humildes, hacen un esfuerzo supremo y se van a buscar por el mundo una tierra más afortunada y un cielo más clemente.

En los últimos seis meses del año que acaba de terminar, solamente en Buenos Aires han desembarcado más de 23.000 belgas.

No es mi objeto discutir aquí la gran cuestión de saber si conviene alentar la emigración que desde hace algunos años se acentúa tan extraordinariamente en nuestro país, o si sería mejor conducir esos pobres a repoblar nuestras campiñas, donde, según se dice, por falta de brazos no da la tierra todo lo que podría dar.

Quiero desentenderme de la gran responsabilidad en que se incurre resolviendo de plano y a la ligera esos problemas, de los cuales depende la dicha, el porvenir y la vida de tantos hombres.

Dejemos a un lado las teorías, partamos de los hechos. Nuestros pobres obreros emigran:

he ahí los hechos. Que los alentéis o que los retraigáis, el hecho es que emigran por millares. Y ese hecho está a la vista, tan patente, tan constante, tan extendido, que no puede permanecer indiferente ni extraño a él nadie que tenga en su pecho un corazón verdaderamente cristiano.

Marchan ¿y a dónde van?

A esto no hay, en verdad, Señores, más que una sola respuesta. ¿A dónde van?... No lo saben ellos mismos.

El hombre de letras, el cesante, el desocupado, de que hace poco hablaba, podría saberlo o inquirirlo con seguridad. Pero ese hombre delicado no se ha acostumbrado únicamente a las letras; se ha acostumbrado también a la vida muelle y ociosa, sus brazos carecen de nervios y su corazón de fuego.

Ese no emigra. El que emigra es el pobre, el trabajador, el obrero; y no nos engañemos en esto; he aquí cómo de ordinario pasan las cosas.

Un día, al entrar en su pobre casita, ha encontrado a su mujer llorando y a sus hijos más faltos de abrigo y más hambrientos. El panadero, en vista de que no le pagaban, no quería ya darles más pan fiado... o bien el casero, a

quien debían ya varias semanas, les había amenazado con echarlos a la calle... Él volvía con las manos vacías; todo estaba parado; en ninguna parte encontraba trabajo. Sin embargo, no era cosa de dejar morir de hambre a sus pequeñuelos!

Entonces se sienta, apoyando sus codos sobre la mesa vacía y apretando su cabeza entre sus manos; asáltanle pensamientos de desesperación, las sienas le arden, los dedos se crispan y arrancan el cabello... ¡Nada que hacer! ¡Nada que hacer!... ¡Y sin embargo, tal situación no puede prolongarse! Los pobres pequeñuelos no se pueden ya tener en pie. ¡No! ¡así no es posible continuar! «¡Mujer! ¡mujer! ¡es preciso que nos marchemos de aquí!...» Y ella, por su parte, habrá visto lucir un rayo de esperanza allá lejos, muy lejos, para sus hijos; y responderá con una de esas frases familiares a los desalentados y desamparados: «Lo mismo da, esposo mío, morir aquí que allí; no nos resta más que morir».

Preguntadle a dónde va... Allá, muy lejos, a Ultramar, a América... América, es todo el resto del mundo!... América, es en otra parte, no importa dónde... ¡Ay! ¡es lo desconocido, siempre halagüeño a nuestros pobres corazones humanos!... América, es la esperanza.

Va, sin embargo, a informarse.

¿Y a dónde?

En primer término a casa de sus camaradas. Otros han marchado antes y han escrito desde su nueva patria cartas unas veces llenas de regocijo, otras de desaliento. Se vuelve a sacar del armario aquellas cartas ya amarillentas y sobadas por tantos dedos como las han manejado, y se las comenta... ¡Dicen tan poco!

Acude a los periódicos; él los ha leído o ha oído leerlos muchas veces en la taberna; en ellos se hablaba de América, y aun recuerda que en los mismos se anunciaba pasajes gratuitos para los obreros de acá que quisiesen ir allá.

¡Los periódicos!

Vosotros, Señores, los leéis, como yo los leo. Hablan, efectivamente, desde hace algún tiempo al menos, de la emigración, sobre todo a las regiones sud americanas. Pues bien, yo no vacilo en proclamar absolutamente prodigioso el entendimiento que, partiendo de los datos que ellos proporcionan, llegue a formarse acerca de la emigración una convicción determinada.

Pasando de un número a otro, ¿qué digo? de una columna a otra, del negro al color de rosa y del color de rosa al negro, llegan a hacer sobre esas graves cuestiones uno de esos cuadros

impresionistas ante los cuales se pregunta uno mareado: ¿Qué debo ver yo aquí?

Cómo queréis que ese pobre obrero saque de ahí nada en limpio!

Preguntará a su párroco.

¿Pero qué es lo que su buen párroco puede saber de cierto acerca de eso?

Preguntará a su alcalde.

¿Y qué sabe de eso su alcalde?...

¿Qué recurso le queda, pues?

Desde fines del año 1887 funciona en el Ministerio de Negocios extranjeros, en las oficinas de la Dirección del comercio y de los consulados, una oficina central de informaciones para uso de los emigrantes. En el curso del año último se han establecido oficinas del mismo género en todas las capitales de provincia, en el Gobierno civil, excepto sin embargo en Amberes, donde este servicio se halla instalado en el Museo Comercial.

Está muy bien, Señores.

Es incontestable, en efecto, que el gobierno, informado como puede estarlo por el ejército de cónsules que esparce a través del mundo, se halla en aptitud de instruir con seguridad al emigrante que le pregunta. Y, desde ahora quiero

decirlo, no censuro, ni censuraré en lo más mínimo al gobierno: se había visto sorprendido, como todos nosotros, por la repentina ola de emigración que pasa por Bélgica; y para preservar sus daños ha puesto manos a la obra con un ardor y una generosidad que no se han desmentido un solo día; ministros, embajadores, cónsules, todos han trabajado de concierto, y si no se ha podido hacer todo lo que se quería, se ha hecho al menos todo lo que se ha podido. No se puede pedir más.

Las oficinas de información han sido el primer fruto de este trabajo: ya existen y funcionan.

Pero es preciso desconocer por completo el carácter y las costumbres del obrero de nuestros campos y de nuestros centros industriales, para imaginarse que irá a informarse allá, tan lejos de él, tan alto, en aquellas oficinas gubernamentales que le intimidan, a los agentes de un poder, al que tiene yo no sé qué miedo instintivo, a aquellos asalariados del estado, que, desdeñosos desde lo alto de su asiento, se le aparecen como una de las mil encarnaciones de un Vichnou, siempre terrible, porque es frío y sin corazón.

Entre ellos y él, busca, pues, un intermedio, y he aquí que se le presenta.

Es el agente de las Sociedades de emigración. Se presenta con la sonrisa en los labios... es afable, insinuante, locuaz y hasta elocuente; tiene mapas magníficos, que desdobra para que se entere su favorecido, llenos de caminos de hierro, de ríos, de praderas de altas yerbas, de campos de una vegetación exuberante, de ciudades soberbias, de villas magníficas... Es el Paraíso...

El pobre escucha... reflexiona... ¿Se hallará allí la felicidad?... Pregunta, y a todo se le responde. Por fin cede; firma el contrato... ¡Ah! Señores, ese contrato es de ordinario un pacto de servidumbre al lado del cual parecería dulce la esclavitud de los negros!

Se le entrega un billete de pasaje gratuito para tal ciudad del nuevo mundo, y el hombre de la sonrisa, se sonríe todavía más, porque acaba de inscribir en su activo veinte francos de comisión, por aquel obrero que acaba de venderse. Que reclute de este modo tres obreros por día, y al cabo del año cobrará limpios de polvo y paja 20.000 francos, que no son de despreciar, y le eximirán de emigrar él.

Eso es el precio de la sangre. *¡Pretium sanguinis!*

Ciertamente, Señores, hay Sociedades que son honradas, y cuyos agentes son irreprensi-

bles. Pero nuestro pobre país se halla en la actualidad invadido por una verdadera legión de hombres sin título legal, sin misión de ninguna suerte, por enganchadores sin alma, que sólo viven del triste oficio de engañar, de explotar a los pobres y lanzarlos en seguida a la mar, diciéndoles: «Arreglaos como podáis, yo ya he ganado mi jornal».

He aquí lo que leo en un discurso del príncipe de Rubempré pronunciado en las Cámaras belgas: «Hay sociedades, agencias de emigración, que cobran al emigrante el treinta por ciento de interés, cerrando con ellos operaciones de cambio de mano a mano; y otro treinta por ciento sobre los billetes de pasaje que les entregan».

«... Podría citar a un agente subalterno que hacía sus operaciones bajo la salvaguardia de una Agencia autorizada y que ha sido condenado en Alemania por el hecho siguiente: recibía dinero de los desgraciados emigrantes y les entregaba en cambio letras de crédito sobre casas americanas absolutamente imaginarias. Pues bien, ese hombre está en Amberes y hace sus operaciones en la estación misma».

«... Hechos recientes y numerosos han probado que esos miserables están afiliados a bandas de timadores. Y claro es, no necesitan estos

mucho tiempo para escamotear sus pocos haberes a sencillos aldeanos» (1).

Decía esto el orador en 1887. En 1888 volvía sobre el mismo tema, diciendo:

«Se han corregido bastantes abusos, pero aún no está hecho todo... Hay agencias sospechosas a quienes otra vez se les ha concedido licencia y autorización para funcionar, a pesar de las numerosas quejas y denuncias formuladas contra ellas... Y cual es la agencia, son sus empleados, Señores. Una agencia sin probidad no tendrá nunca más que detestables servidores, y de aquí es que emigrantes que pasan por Amberes son a veces indignamente engañados. Estos engaños se agravan todavía por las bandas de timadores que saquean a los sencillos. Es difícil coger a esos piratas... desaparecen, después de haber despojado a sus víctimas, hasta la próxima partida de otros trasatlánticos...» (2).

Se cuenta, Señores, que en los grandes campos de batalla, cuando cae la noche, cubriendo con su negro horror el horror sangrientamente rojo de las guerras, en medio de los muertos ya fríos, de los moribundos que espantan con su estertor, de los heridos que se lamentan y

(1) Sesión del 28 de Enero de 1887.

(2) Sesión del 19 de Enero de 1888.

gritan, se levantan sombras siniestras, como las fauces de las tumbas; y van andando a tientas por los regueros de sangre y se inclinan sobre los cadáveres, y sus manos palpan, buscando febrilmente el oro, las alhajas quizá, un reloj, una cadena, una sortija... y cuando logran dar con ellas, las arrancan y escapan... Si es un moribundo que gime, con las rodillas ahogan su grito en su pecho... asesinan; después, cargados con su botín sacrilego, cuando amanece el día, huyen esas fieras de presa y aves de rapiña, y se ocultan yo no sé en qué escondrijos, esperando la noche siguiente.

Las leyes mandan fusilar a esos monstruos, en el acto, allí mismo, y hacen bien.

El emigrante, Señores, es el vencido, es el herido, es el moribundo de las grandes batallas de la vida. Las fieras no le hacen daño; pero hay hombres... ¡ah! ¡siempre han de ser los hombres!... hay hombres que le roban, que le saquean, bandidos en pleno sol, en plena plaza pública, bandidos sonrientes y cobardes, bandidos que asesinan, como Judas, con un beso!

Pues bien, repetiré la frase de esos pobres: «¡Esto no puede continuar así!» No, esto no puede continuar más tiempo así, vuelvo a decirlos.

¿Y qué es preciso, qué cosas se necesitan

para poner fin a esos horrores de que son víctimas nuestros pobres belgas? ¿Leyes? ¡No! ¿Uso de la fuerza pública? ¡No! ¿Oro? ¡Sí! mas sobre todo, corazones, y en esos corazones la llama cristiana. ¡Escuchadme!

La obra que nace ahora en Bélgica funciona ya desde hace algún tiempo en Alemania con el nombre de «Raphaëls verein». Aquí llevará el mismo nombre. Tendrá comités especiales en todas las capitales de provincia. Estos comités estudiarán desde luego, o harán estudiar, los informes y memorias consulares reunidas en las oficinas del Estado. No se limitarán a estudiar estos puntos oficiales. Delegados libres, establecidos en los diversos países de las colonias, en todas las partes a donde van nuestros pobres emigrantes a buscar fortuna, les enviarán informes privados acerca del país y sus leyes, sus riquezas y sus necesidades, sus productos, sus cultivos, etc., les dirán, en fin, las condiciones en que allí se entabla la lucha por la existencia.

Es evidente, Señores, que se necesitará tiempo para que el «Raphaëls verein» belga pueda escoger de esta suerte agentes en todos los países coloniales, pero ya desde ahora se ofrecen

los delegados del «Raphaëls verein» alemán a informar también a la sociedad belga. Podemos aprovecharnos una vez más de esa gran fraternidad cristiana que no se preocupa de lengua, ni de nacionalidad, ni de frontera, sino que donde quiera que se la llame al servicio de las almas, se levanta y exclama: «¡Aquí me tienes, hermanol»

Estos informes oficiales y particulares así reunidos, serán resumidos en una forma sencilla, clara, breve, popular y enviados por la sociedad, no ya a las oficinas del Estado establecidas en las grandes ciudades, sino a todos los párrocos y alcaldes del país, y aun a las más pequeñas chozas de las más pequeñas aldeas. No esperará la sociedad a que se los pidan, los enviará de oficio por circulares. El obrero que no pregunta a los empleados de los palacios provinciales, se atreve a preguntar a su alcalde, o al menos a su párroco: lo puede hacer sin embarazo, sin viajes, sin temor.

De este modo se llenará la primera laguna que os he señalado: sabrá a dónde va, y no correrá ya los más terribles riesgos de lo desconocido allende los mares. Y sobre todo no caerá ya entre las uñas y los dientes de un embaucador vulgar. La sociedad, por otra parte, se guardará muy bien de alentar o de contener al

emigrante en sus proyectos de lo porvenir. Se limita a ilustrarle, dejando a su plena libertad el escoger y decidirse.

Pero no es esto todo, Señores.

¡Ah! ¡es un éxodo bien triste el que me he propuesto referiros!

Tomada su resolución, el obrero se dispone a la marcha.

Si le queda algún mueble grande, una cama, un armario, una mesa, los vende; necesita comprar para su mujer y su hijo alguna prenda de vestir, algún abrigo para el viaje, ¡qué sé yo!... Algunos camaradas le ayudan a ello; le dan en recuerdo objetos de un embalaje usado, aun aquellos que sufren, Señores, aun aquellos que apenas tienen con qué vivir, le dan algún dinerillo para los primeros días de llegada, tan duros en un país desconocido, donde raramente se encuentra ocupación o trabajo nada más llegar. ¡Ah! Señores, yo no sé qué autor ha dicho: «Los pobres son ayudados por los pobres más todavía que por los ricos». ¡Cuánta verdad es las más de las veces!

Con todo aquello, la mujer, ayudada por su marido, llena un baúl viejo, o hace un voluminoso lío que envuelve en la colcha de la cama

o en un gran pañuelo. Demasiado habréis visto esos líos abigarrados de los pobres, amontonados en los largos carretones que atraviesan vuestras calles en los días de marcha.

Luego vienen las despedidas... a los parientes, a los amigos. Corren abundantes lágrimas... pero hay que hacerse fuertes y... ver a lo lejos la esperanza sonriéndolos.

¿Está ya hecho todo? No, falta la última visita... Allí, al pie de los muros de la vieja iglesia, hay muertos que duermen... un padre, una madre, y para ese emigrante que parte solitario, tal vez una mujer y un hijo! ¡Ah! se les había olvidado cuando todo iba bien en la vida. Pero ahora que se sufre, ¡cómo renacen aquellos viejos amores, cómo asalta el recuerdo del tiempo en que aquellos seres estaban en su compañía. ¡qué dulce era entonces vivir!...

Van por última vez a rezar arrodillados delante de aquellas crucecitas de madera negra, medio caídas y desechas por el viento y la lluvia; las enderezan y arreglan como para mejor encontrarlas si más tarde vuelven... Allí oran, y de repente, ante aquellos muros grises de la iglesia, les vienen a la memoria todas sus dichas. Allí es donde han sido bautizados, allí donde han hecho su primera comunión, allí donde han oído las proclamas de su matrimonio, él

tan satisfecho, ella tan gozosamente ruborosa... allí, allí es donde han visto al anciano párroco bendecir los anillos de su matrimoniol.. ¡Oh irrisión de los recuerdos que sonrían en medio de una miseria que llora!...

Cuando emigra el irlandés, lleva consigo un librito en que se hallan coleccionados los más bellos cánticos de Irlanda. Permitidme que os lea uno de ellos; es el adiós del emigrante que parte solo, y deja allí durmiendo bajo la yerba del camposanto, a su mujer y su hijo:

«María, estoy sentado junto a la cerca en que estábamos el uno al lado del otro en aquella hermosa mañana de Mayo, hace ya tan largo tiempo, cuando tú eras mi prometida. Los trigos crecían tan frescos, tan verdes y lozanos... la alondra cantaba tan alto en los cielos!...

»El sitio no ha cambiado, María, el día es igualmente bello, oigo cantar la alondra, los trigos reverdecen otra vez... Pero tu mano ya no está en mi mano, ya no escucho las palabras tan dulces que me decías al oído.

»Veo desde aquí la iglesia en que nos casamos, y desde aquí rezo, porque el cementerio está alrededor y mis pasos turbarían tu sueño. Allí te he acostado, querida, con tu hijo

en tus brazos. Ahora me hallo solo, y voy a partirl!...

»Un prolongado adiós te envío, mi buera y fiel María; mas no te olvidaré jamás, querida, en el país a donde voy. Se dice que hay allá trabajo y pan para todos, y que en todas partes brilla el sol... Pero aunque sea tan bella como Dios quiera aquella tierra, yo no te olvidaré jamás, querida Irlanda!...»

¡Ah! ¡la querida Irlanda! ¡el país amado! ¡la tierra predilecta! ¡aun a ella hay que dar ya el último adiós!

¡Y es verdad, Señores, que no se la olvida!

¿Conocéis algún país que haya desparramado más sus hijos que esa vieja Irlanda? No, ¿no es así?

Pues bien, todos los años, cuando llega la fiesta de San Patricio, millares de cartas parten de la madre patria y van a todos los rincones de la tierra a buscar a los lejanos desterrados. Abridlas, envueltas en sus pliegues llevan algunos ramitos del trébol de Irlanda, y llegado el día, irlandeses e irlandesas, en el ojal de la chaqueta, o en la vistosa chombra, con patriótico orgullo, prenden con una alfiler la humilde ramita verde, el Schamrock de la Irlanda, la pobre planta del país.

¿Y sabéis por qué se ama ese pobre trébol

desmedrado? Sin duda porque una leyenda le une al recuerdo de San Patricio; pero también y sobre todo, porque esa pequeña planta silvestre no vive más que en la tierra de Irlanda, y bajo cualquier otro cielo, lejos de la verde Eryn, languidece y muere!

¡Por fin, dejan su aldea!

Iba yo de viaje días pasados, cuando en la estación de Couillet, ví subir al tren dos jóvenes aldeanos de treinta a treinta y cinco años, con su anciana madre: algunos hermanos y hermanas, demasiado pobres sin duda para alimentar a la infortunada, la dejaban partir.

Yo ví sus tristes y desgarradoras despedidas... ¡y qué pronto les parecía que marchaba el tren!... Un hijo mayor, que no debía partir, entró en el coche para entregar a su madre un socorro para el viaje. En Charleroi se apeó, y derramando lágrimas se quedó en pie junto a la portezuela del coche... la parada fué más larga... volvió a subir, abrazó de nuevo a su anciana madre, y bajó otra vez... luego, después de algunos instantes, volvió otra vez a subir, la volvió a abrazar, y otra vez bajó... y por cinco y seis veces volvió a subir y bajar, y se arrojó al cuello de su madre... Los encargados del tren

tenían compasión de él, y estando ya cerradas todas las portezuelas de los coches, sólo aquella se hallaba todavía abierta... ¡Ay! por fin, se cerró también... La gran máquina se puso en movimiento... El infeliz se volvió a mirarla, la siguió, corrió algunos pasos tras de ella... sollozando de modo que partía el alma... Desapareció; ¡todo había concluído!... ¡ya no volvería a ver a su madre!...

Y este espectáculo se reproduce siempre de igual modo. A los que parten acompañan hasta la estación vecina sus parientes y amigos, sumidos en dolor y llanto; los abrazan por última vez, por última vez les estrechan la mano... y presto nuestras rápidas locomotoras los depositan en Amberes!

A veces, cuando la expedición es numerosa y el barco esta próximo a zarpar, los aguardan agentes oficiales, los reúnen, y sin pérdida de tiempo los conducen al puerto. Los infelices marchan siguiendo a pie los carretones en que son conducidos sus pobres bagajes.

Pero si son poco numerosos, si son reducidas familias, si llegan la víspera para partir al día siguiente, andan errantes por la grande y hermosa ciudad, desvanecidos por su esplendor, extraviados en aquel dédalo desconocido que se abre a su vista y los atrae como un abismo.

Entonces comienza de nuevo la caza humana.

Quisiera no exagerar, Señores, quisiera conceder todo lo posible a la honradez y lealtad que corresponde a los hombres; pero decidme, ¿responderíais vosotros del comisionado que los reúne, del agente que los informa, del cambista que les sirve, del posadero que los aloja?... ¿responderíais de toda esa gente? ¿Necesito manifestaros lo que pasa todos los días? No, ¿no es verdad?...

Y considerad que después de todos esos dolores de las despedidas, se sienten ya de suyo demasiado inclinados a mendigar a satisfacciones vulgares una reacción que los embriague... Pensad en las perturbadoras tentaciones de una última noche pasada en la patria!... Y por yo no sé qué intuición infernal, esos bandidos,—no hallo otro nombre para designarlos—conocen tan bien el lado débil de la naturaleza humana; saben tan bien la cuerda que hay que tocar para que vibren aquellas almas enloquecidas, el golpe que hay que darlas para sumirlas en el fango!... Y una vez allí sumidas, el despojo les pertenece a ellos; solo resta repartirse el botín.

Pues bien, esto tampoco, tampoco puede seguir así! He aquí cómo procura remediarlo el «Raphaëls-verein» alemán en los grandes puer-

tos de embarque: Bremen, Hamburgo, Rotterdam y Amberes; bastará que lo imite en Amberes el «Raphaëls-verein» belga.

Uno o más delegados de la obra, según la necesidad del día, pero contando siempre con ellos un sacerdote, esperan en la estación a los emigrantes. Llevan ostensiblemente en el sombrero, en el gabán, o en la corbata el signo distintivo de la sociedad. Por este signo los reconocen en seguida los emigrantes y al punto quedan ya seguros y tranquilos. Ellos, por su parte, han recibido ya de antemano de los comités de provincia, de los párrocos y de los alcaldes, la lista de los recién llegados, con sus nombres y apellidos, oficio, destino, etc. Como veis, es una manera de presentación completísima. Los delegados los conducen, les indican alojamientos honrados, les cambian las monedas sin descuento, se ocupan en todo lo concerniente a su billete de pasaje, en una palabra, les cubren contra toda explotación material o moral; y no los dejarán, no los abandonarán hasta que la sirena del buque haya lanzado el estridente y siniestro signo de partida.

¿Y el sacerdote?...

Señores, no sólo son cuerpos los que parten,

son también almas; no sería cristiana una obra, si de esto se desentendiera.

Esos pobres van a afrontar los furios del mar inmenso... de ese mar que tantas veces abre sus fauces para engullir a los que por él navegan. ¡Quién contará los emblanquecidos huesos que arrastra y revuelve en sus negras profundidades! ¡Se muere uno con tanta facilidad en esos grandes navíos!

Y allá, en aquellas lejanas tierras donde se los arroja, por altas que sean las montañas a que suban, quizá no verán en veinte leguas a la redonda, ni una sola torre de iglesia! Allá, si mueren, no tendrán sacerdote que los consuele en su agonía, que los otorgue el perdón de Jesucristo, que bendiga su pobre fosa, en torno de la cual sollozarán solos y abandonados su mujer y sus hijos.

El sacerdote los invita, por tanto, a venir por última vez a rezar con él, a oír hablar de Dios y de las cosas divinas, a escuchar el cántico sublime de las esperanzas celestiales, a recibir fuerza y vigor.

Y los pobres emigrantes acuden, Señores, acuden por centenares.

¡Cuántas veces los he visto yo! no a nuestros belgas; nosotros no habíamos organizado nada todavía para proteger a nuestros propios emi-

grantes; apenas se notaba todavía en nuestro país el movimiento de éxodo, y nadie pensaba que había de adquirir una extensión tan grande y repentina. No, ha sido a los alemanes a quienes yo he visto.

Llegaban a nuestra iglesia, casi todos pobres, con una diversidad de trajes singulares, pero casi siempre tristes y mal vestidos. Cantaban allí cánticos alemanes, tan bellos, tan melódicos, que encantaban cuando salían de todos aquellos pechos populares.

Luego subía al púlpito el sacerdote y les hablaba en aquella lengua alemana, tan sonora, tan armoniosa, tan dulce y vibrante. Parecía que todo el corazón del predicador se derramaba sobre sus oyentes con sus palabras, porque los amaba! Les hablaba de su viaje, del mar, de la patria, del destierro, y todas aquellas palabras, propias del discurso evangélico, tomaban en sus labios sentidos divinos y aplicaciones sobrenaturales. Se lloraba mucho, pero sentíase a la vez pasar por las venas un poco de aquella energía de lo alto, de aquella sangre de la gracia, que Dios nos derrama con amor en las horas dolorosas de la vida.

Concluido el sermón, todos juntos, en alta voz, rezaban el rosario; se abrían los confesionarios, y allí, para la nueva vida, renovaban en-

teramente su alma, bañándola y perfumándola totalmente con el perdón y las gracias del Salvador!

Al día siguiente, la mayor parte de ellos comulgaban. Durante muchos años—es uno de los recuerdos que me son más gratos—se verificó esto en la iglesia y a la hora en que yo celebraba el santo Sacrificio. Aplicaba yo la misa por ellos y les daba el sagrado Viático, el celeste Pan de los viajeros. ¡Pobres gentes! se acercaban a la sagrada Mesa según la costumbre alemana, con su rosario enrollado en sus manos, humildes como los desgraciados, un poco aturdidos, y desmañados por desconocer nuestras costumbres belgas, pero tan buenos, tan piadosos, tan edificantes! Viejos y jóvenes, todos se acercaban... ¡Ah! yo he visto acercarse algunos muy viejos enteramente encorvados por la edad, por el trabajo y por la miseria, y que seguían a sus hijos para no morir solos aquí. Cuán de corazón, al darles a mi Dios, pronunciaba yo las palabras de la liturgia romana: «Que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma, hermano mío, hasta la vida eterna».

Así perdonados y consolados, sintiéndose ya más animosos y más fuertes, porque se sentían más puros, se iban desde allí al vapor que

les esperaba amarrado a lo largo de los magníficos muelles de nuestro gran río.

La organización del «Raphaëls-verein» belga, apenas ha dado sus primeros pasos, es todavía imperfecta, y sin embargo se ha comenzado ya a despedir a los emigrantes belgas con esos piadosos ejercicios. Sólo que los párrocos de las aldeas de donde parten nuestros emigrantes lo ignoran y no les pueden informar. Acaba de ser nombrado el delegado belga en Amberes, pero hasta aquí ha sido el delegado alemán quien con infatigable celo, no escatimando trabajos ni molestias, se ha sacrificado por ellos, como por los suyos, acogiéndolos, reuniéndolos, y aun sin poder hablar su lengua, dirigiéndolos hasta el navío. No le déis por ello gracias sino ante Dios, Señores, porque su modesta sonrisa os diría: «¿No es la cosa más natural el que se ame y sirva a esos pobres?»

¡El buquel...

Me contengo, Señores. Quisiera yo, aquí sobre todo, no pasar la raya, encerrarme rigurosamente en los límites de la verdad más precisa, permanecer frío y razonador, aun cuando mi corazón saltara.

No tengo necesidad de exponeros lo que es

un buque, ni de recordaros que la suprema cuestión que acerca de esto se ventila incesantemente es la de alojar en el espacio más reducido posible la mayor cantidad posible de mercancías. En un principio la solución general aplicada a todo género de mercancías se aplicó igualmente á la mercancía humana. Mas bien pronto intervinieron las leyes, e impusieron una solución oficial, para el hombre al menos: ya no fué permitido considerarle como una caja de azúcar o como un saco de lana.

En Bélgica existe una ley que regula el transporte de los emigrantes. Esa ley determina las condiciones a que deben sujetarse los empresarios de transportes, la instalación de los pasajeros, la importancia y cualidad de las provisiones del viaje, la cantidad y naturaleza de las raciones diarias.

Esa ley del 22 de Diciembre de 1876 concede a cada emigrante un espacio conveniente, un alimento sano y abundante; ordena la separación de los pasajeros en tres categorías, celibatarios, familias y mujeres solas, en compartimentos adecuados, provistos de llaves; dispone que se tengan los locales en perfecto estado de limpieza, lavados y ventilados cada día, y desinfectados dos veces por semana.

No son menos exigentes las leyes similares

en los diversos países de emigración. He aquí algunos extractos de las leyes de la República Argentina:

EXTRACTO DE LAS LEYES  
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Art. 20. Ningún buque podrá embarcar más de un pasajero por cada dos toneladas de registro, exceptuando de este cálculo a los niños de uno a ocho años, para quienes se contará a razón de un pasajero por cada tonelada de registro.

Art. 21. Cada persona tendrá derecho a ocupar un espacio de 1,30 metros cuadrados si la altura del puente es de 2,28 metros; de 1,33 metros cuadrados si la altura es de 1,83 metros, y de 1,49 metros cuadrados si la altura del puente fuera de 1,66 metros. Los niños menores de un año no están comprendidos en este cálculo, y dos niños menores de ocho años serán contados por un pasajero.

Art. 22. El entrepuente de los buques tendrá una altura mínima de 1,66 metros, y deberá estar siempre libre para el tránsito de los pasajeros.

Art. 23. Las literas destinadas a los pasajeros tendrán interiormente al menos 1,83 metros de largo por 0,50 de ancho.

No se podrán colocar más de dos filas de literas en cada camarote.

Art. 24. Todo buque conductor de emigrantes, irá provisto de botes de salvamento en número proporcionado al de los pasajeros.

Art. 25. Todo buque conductor de emigrantes, irá provisto de los ventiladores, bombas, cocinas, aparatos, herramientas, utensilios y dependencias necesarias para la higiene, seguridad y comodidad de los pasajeros, de acuerdo con los reglamentos que se adoptarán a este efecto.

Art. 26. Todo buque conductor de emigrantes, tendrá a bordo un médico y un farmacéutico provisto de todos los medicamentos necesarios.

Bastan estas citas. Pues bien, ved aquí ahora lo que publicaba un periódico belga todavía no hace un mes:

«En la *Volkzeitung* de Colonia un corresponsal de Amberes censura vivamente a las autoridades belgas de que no hacen que se vigile suficientemente a los buques de emigrantes en el puerto de Amberes. Presenta ciertos buques... como antros de inmoralidad y de peste. Excita a las autoridades marítimas belgas a que obliguen a los propietarios de esos buques a intro-

ducir en ellos las mismas mejoras que existen en los buques que parten de Hamburgo y de Bremen.

«Clama venganza al cielo, dice la *Volkzeitung* de Westphalia, el ver cómo se trata en los vapores que parten de Amberes a los desgraciados emigrantes. Los víveres son repugnantes, la suciedad del entrepuente y de los camarotes indescriptible... el agua es fétida, la manteca llena de gusanos... Todos estos informes, casi increíbles y que solo reproducimos bajo la más expresa reserva, han sido consignados, según el mismo periódico, en procesos verbales, ante testigos, por un notario de Amberes, y los procesos verbales han sido trasmitidos al Reichstag alemán».

En el *Weekly Herald* de Buenos Aires, del 2 de Febrero de 1889, se lee: «Acaba de imponerse una multa de 500 pesos a la Agencia de... por haber conducido a Buenos Aires en el vapor... un número de emigrantes superior al que la ley permite embarcar. Este navío había partido de Amberes el 24 de Diciembre último con un cargamento casi completo de emigrantes. Hizo escala en la Coruña, y allí, a pesar de todas las leyes humanas y divinas, había amontonado a bordo nuevos emigrantes como ganado conducido en vagones al matadero».

Luego se halla en el mismo período este recuerdo. «En 1870 partió de Liverpool un navío conduciendo emigrantes. Tenía la capacidad cúbica de aire exigida para 800 pasajeros; después de tres escalas en Pauillac, Santander y Lisboa, el número de éstos subió a 1.200. Protestan algunos pasajeros, recordando los reglamentos al capitán; pero éste les contestó: «Los reglamentos han sido hechos para Liverpool, mas no existen para Lisboa».

He aquí dos cartas que extracto de un folleto publicado recientemente en Bruselas (1).

«... Como sabéis, éramos 900 emigrantes en el barco cuando partimos de Amberes. Llegados a España se embarcaron otros 300 pasajeros, y luego todavía otros 260. Éramos, pues, 1.460 emigrantes, sin contar los pasajeros de primera y segunda clase y la tripulación, cuando entramos en el Gran Océano. . . . .

«El calor era sofocante. En el entrepuente está todo tan sucio, hay tanta miseria y animalillos, se respira un aire tan fétido, que todo el mundo se pone enfermo. Desde nuestra salida de Amberes han muerto cuatro personas y sus

(1) *La verdad acerca de la emigración*, por G. Gauderlier, ingeniero.

cuerpos han sido arrojados al mar en un saco. Era horrible verlo...

»El alimento era pasadero los primeros días, pero después nos han retirado el pan y la carne fresca, reemplazándola con galleta dura como un leño, con tocino rancio y con bacalao seco...

»En los dormitorios la paja está podrida y despiden un olor insoportable. Muchos pasajeros pasan la noche recostados en el puente, por no sufrir el suplicio de estar amontonados unos sobre otros, hombres, mujeres y niños, todos revueltos. Las mujeres sobre todo lo sienten más y están llorando todo el día. Los niños son igualmente bien dignos de lástima, pues no pueden comer nada de lo que se nos da, y mueren muchos.

»SANTIAGO P.

»Actualmente en Tucumán».

Otra carta. El que la escribe partió de Amberes el 14 de Octubre último, en el vapor *Baltimore*:

«Lo que os he dicho de la comida es todavía muy suave; porque es un alimento demasiado malo aun para dárselo a las bestias. ¿Y el dormitorio!... Figuraos una gran cámara con dos aberturas solamente. Es un verdadero *nido de peste* (sic).

»El día 23, a las tres de la madrugada, llegamos a las islas Canarias, «Las Palmas», de donde zarpamos el 24 a las cuatro de la tarde. Había entonces en nuestro buque más de 1.100 personas, incluyendo el personal de la tripulación. En el puerto vimos que sobresalían del agua dos puntas de mástiles; preguntamos lo que era, y he aquí la respuesta que nos dieron: Hace unos diez días chocó un vapor francés con otro italiano. El vapor francés solo sufrió ligeras averías, sin desgracias personales, pero el vapor italiano, cargado de 1.200 emigrantes, perdió 500 pasajeros.

»Los días 27, 28 y 29 no se ve nada más que agua; tenemos 40 grados de calor, y nos vemos obligados a permanecer de día y de noche sobre el puente, porque el interior es insupportable y malsano. La comida ha empeorado aún. Por la mañana, a las ocho, una taza de café de achicoria con galleta más dura que un canto; al mediodía sopa, pero ¡qué sopa!... ¡Yo no sé qué agua de fregar es aquella! Dan también unas malas patatas, cocidas sin mondar, y papillas.

»Todo esto podría al fin pasar, pero aquella extraña carne salada y tan «dulce», de tal modo apesta, que nadie la puede comer; se la arroja casi toda por encima de la borda. A las cuatro

otra taza de café de achicoria sin leche, y a las seis té con pan duro o galleta enmohecida.

»No vayáis a creer que exagero; hemos entregado dos cartas de protesta al capitán, pero todo ha seguido como estaba.

»Todos los días hay riñas a bordo, después de haber jugado el dinero a las cartas o a los dados. El día 30 hace mucho calor y el 31 llueve a cántaros. El 1.º se dan bromas pesadas y pasan cosas extravagantes y desagradables por demás. No se puede tener nada sobre el cuerpo, porque hay muchos piojos en el navío y son malos amigos.

»La mar es bella, *pero un mal alimento, acostarse del todo desnudo sobre un saco, exhalar un olor que apesta, quedarse tan débil que ya no se puede tener uno en pie, y por añadidura tener además pulgas y piojos que le comen a uno*, esto hace que desaparezca todo lo que hay de bello y de grande en la naturaleza.

»Tal vez nos vaya mejor allá; pero creedme, no todas son rosas en el camino... Cuando se mira la miseria en el buque, se ve que es **extremada, PUES YA HAN MUERTO MUCHOS NIÑOS A CONSECUENCIA DEL MAL TRATAMIENTO, Y OTROS AUN ESTÁN PARA MORIR.** Esta noche, a las dos y media, ha sido arrojado al mar el cadáver de un hombre de unos 65 años, un lovai-

nés. Se había prohibido estar sobre el puente, pero yo y otros cuatro nos hemos ocultado en un camarote de primera clase, y hemos visto el cuerpo de un hombre a quien se metía en un gran saco, luego se ataba todo a una plancha, y cuatro marineros y un oficial dejaban deslizar el cadáver por la rampa, y había un emigrante menos. *Acaban también de morir cuatro niños, pero yo no he podido ver lo que han hecho de sus cadáveres... El día 8 habían ya muerto nueve niños y dos hombres...*

PEDRO N.

*Actualmente en Bahía Blanca.*

Ahora os diré lo que he visto yo mismo. Dos veces me ha sido dado visitar vapores trasportados de emigrantes.

Acompañaba yo un día en su visita á los navíos de la «Red Star Line» á mis consocios de la Sociedad de economía social. Habíamos sido recibidos con una cortesía encantadora y generosa en los magníficos salones del navío. Estábamos bajo la impresión de aquel lujo, y nuestros espíritus sentíanse trasportados a pensamientos sonrientes, cuando se abrieron ante nosotros los camarotes de los emigrantes.

¡Ah! ¡Señores!... ¿habéis visto esas tarimas sobre las cuales se tienden nuestros pobres soldados para dormir un poco durante sus noches de guardia? pues semejantes á ellas había cuatro en cada camarote, dos a la derecha y otros dos á la izquierda, las unas sobre las otras, como estantes de biblioteca; y entre las dos series, ante el redondo tragaluz que por su gran ojo siniestro dejaba penetrar el aire y la luz, un pasillo de la anchura de un hombre. Cada tarima tenía cinco o seis colchoncillos, unos junto a otros. Debían, pues, entrar en aquel camarote de 20 a 24 emigrantes.

Tenía de alto un poco más de la altura de un hombre, de largo desde la puerta al tragaluz unos tres metros, y de ancho dos veces la longitud de un hombre más la anchura del pasillo. Camarotes de esta suerte, contiguos unos a otros, ocupaban los dos lados del navío. Entre los camarotes de uno y otro lado un gran espacio, correspondiente a los salones de pasajeros de primera y segunda clase, tenía bancos y mesas para entre día.

Oprimióse nuestro corazón y ni una palabra salió de nuestros labios... ¡Cómo! ¡tan cerca de los esplendores del rico, aquello! Nuestro guía leyó en nuestros ojos, y nos hizo observar que aquella instalación constituía un progreso enor-

me, que permitía la separación absoluta de los sexos, rigurosamente exigida durante la travesía en los trasportes de aquella famosa sociedad, que los colchoncillos mismos constituían una mejora sobre las simples tablas, que el precio del pasaje, comprendido en él alimento, no permitía más. Y todo aquello era verdad. El precio del pasaje era verdaderamente irrisorio, 125 francos, si no me engaño, para una travesía de quince días! Añadió que ninguna sociedad presentaba, para el transporte de los emigrantes, bajo el punto de vista material y moral, condiciones más ventajosas. ¡Y también esto era verdad!

He ahí, pues, Señores, «¡lo mejor!»

El entrepuente y los camarotes estaban vacíos cuando visitamos nosotros aquel vapor: no había sombreado nuestros pensamientos la triste vista de los emigrantes, y sin embargo, ¡cuántas veces me han venido a la memoria y á la imaginación aquellos camarotes, aquellas tarimas y aquel tragaluz!

Estos últimos días fuí a ver otro navío. Los periódicos habían anunciado su llegada y su salida, y se había convocado a él con extremada solemnidad a las supremas autoridades del país. Semejantes visitas tan altamente solicitadas y tan fácilmente ofrecidas, me hacen siempre des-

confiar: son como los días en que recibe la Señora; puede uno ir seguro de ver los muebles mejor ordenados, los juguetes y adornos colocados con más gracia y aparato, y en los flores y cestillas flores más frescas!...

El inmenso «München» no defraudaba mi expectación. Era magnífico, de elegante robustez, limpio y coquetón por la nota clara de sus colores. De 400 pies ingleses de largo y 46 de ancho parecía que podía engullir un mundo en los flancos de acero de su casco. Sus máquinas, brillantes por el pulimento de sus hierros y bronces, desarrollaban una fuerza de 3.200 caballos. Catorce botes de salvamento pendían a sus costados. Nos lo enseñaron todo: los salones de pasajeros de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> clase, sus camarotes revestidos de terciopelo encarnado, la cocina, el pañol de las provisiones, el hospital, la farmacia, todo ello caldeado al vapor, iluminado con luz eléctrica y perfectamente ventilado.

Por fin estuvimos en el entrepuente. Allí surgen formando como un bosque, barrotos de hierro y de esos barrotos penden literas, en las que sobre un lienzo de lona reposa un enjuto colchón, levantado a la parte de la cabeza por los corchos planos de un aparato de salvamento; hay dos filas de estas literas, superpuesta de

una a la otra. Colocadas unas junto a otras, y pie contra pie en cada hilera o piso, se extienden de esta suerte y llenan todo el entrepuente, excepto el medio y los extremos laterales en que están los pasillos. La vista se pierde en aquel maremagnum de camillas contiguas, y como en cuanto alcanza, no la detiene ni un solo tabique, ni por delante, ni a derecha ni a izquierda, por doquiera que mire no ve más que aquellas literas que se tocan y se sobreponen. Dos mil literas se hallan allí suspendidas de los barrotes, y éstos están relucientes y las camillas limpietas. Se diría que son las celdas de un panal de abejas. La vista reposa complacida en aquella regularidad geométrica; y uno se admira de que se hayan podido colocar 2.000 literas en un entrepuente.

Sí, se admira... pero con una condición; y es, que se olvida por completo de que durante veintiocho días sobre aquellas 2.000 literas habrá 2.000 hombres, mujeres, jóvenes, niños, todos revueltos, confundidos y sin orden; abajo, arriba, a derecha, a izquierda, por todas partes; que se oirán de un extremo a otro todas las risotadas, que se verán todos los horrores, que se permitirán todas las audacias, y quedarán cubiertas por las tinieblas de la noche todas las profanaciones, y que aquellos hombres, aque-

llas mujeres, aquellos jóvenes y aquellos niños, después de todo, tienen almas.

Allí estaban ya entonces, y prestos a partir, más de 1.400; de ellos 600 ingleses llegados la víspera de Harwich y 800 belgas. En una escala próxima debían embarcarse los restantes.

¡Cómo explicaros lo que ví... ¡Oh, Señores, cuán desconsolador era!

En un rincón se había recostado una mujer como muerta; quise tomarla la mano, y me dejó caer con abandono un brazo inerte; sufría ya del mareo.

Mas allá unos niños asustados miraban a los visitantes, y se ocultaban detrás de su madre. En otro sitio dos niñas acostadas en sus camitas se pellizcaban mutuamente los brazos con la risa argentina de una dichosa ignorancia.

En otra parte un anciano guardaba los paquetes que le habían confiado los más jóvenes: «¿Os marcháis, a vuestra edad, amigo mío?» le dije.—No tengo ya a nadie en mi país, señor Cura, me contestó, mi anciana esposa se ha muerto, yo me voy a morir en casa de mi hijo que vive allá...»

Aquí dos chicuelos se pegan por una naranja que acaba de darles un visitante. Al lado una niña pequeña, colocada en la litera para marcar sitio, arrulla a una gran muñeca.

«¡Ah, señor Cura, me dice una madre que estaba lactando a su pequeñuelo, ¡ah, señor Cura! ¿va usted a venir con nosotros?—No, buena mujer—¡Desearía tanto que consagrasen mi niño al Corazón de Jesús!... ¡dicen que mueren muchos en el viaje!...—Voy a bendecirle, hija mía, no piense ya en nada y deje obrar a Dios, es bueno y velará por ustedes.—¡Ah, pobre pequeñuelo mío!... ¡si él se muere, yo me arrojo al mar!»

«Cuando estéis allá, decía un amigo mío a una familia flamenca que le oía hablar su lengua, quizás no tengáis sacerdotes; así pues, no dejéis los domingos de reuniros, como para la hora de misa; el padre dirá vuestras acostumbradas oraciones y vosotros responderéis; y, creedme, os bendecirá Dios. Vamos, prometéd-melo.—¡Ah, sí, señor, sí, sí». Y todos lloraban.

«Señor Cura, me dijo más adelante un valeroso joven, activo y soñador, ¿no podría usted darme una medalla?... ¡en el mar no se sabe lo que puede ocurrir!» Se la dió, y él se la puso al cuello y la besó.

Se distribuyeron otras a todos, como también rosarios y escapularios, y ni uno solo dejó de aceptarlos... ¡Ah, delante de aquel mar terrible y majestuoso, presto se vuelve el Corazón a Dios!

«Señor, vino a decirme otro, ¿no podría usted confesarme en este rinconcito? no estoy tranquilo!»

Había entre los emigrantes una pobre inglesa, de porte y aspecto distinguido, tiritando envuelta en un miserable vestido de percal rayado...—«Bendígame usted, señor, me dijo.—¿Es usted católica, señora?, le pregunté yo.—¡Ah, sí, Señor, sí», me contestó. Entonces yo la bendije; y luego ella presentándose un pobre niño raquítico, enfajado en un retazo de chal: «¡Bendiga usted, añadió, dos veces a este; es hijo mío!»

Y en medio de escenas tan tristes, resuenan risas de niños, cantares de mujeres, gritos y voces confusas de hombres; y de uno al otro extremo se llaman unos a otros, y en medio de aquel barullo, se buscan, se pierden, se encuentran, se vuelven a encontrar, se vuelven a perder; ¡es el caos en la noche!...

¡Ah! Señores, cuando llegó la hora de zarpar, cuando el gran buque arrastrado por su remolcador, empezó a moverse lentamente y hendió las aguas del río, aquellos hombres que partían, excitados por la fiebre de las despedidas y por la vista de la multitud, aquellos hombres que se desterraban, tal vez para siempre, lanzaban entusiastas hurras y cantaban a voz en cuello.

Las mujeres lloraban. Yo sentía mi corazón angustiado... un peso enorme gravitaba sobre mi alma, como un remordimiento sobre mi conciencia. De todo había a bordo para aquellos desgraciados, todo lo tenían, todo, menos un sacerdote para sus almas!...

Y varios de ellos morirían... mueren siempre algunos; y en mi exaltada imaginación me representaba la escena!... El cadáver rígido, envuelto en un retazo de lona de las velas cosido en forma de saco, con pesos de hierro atados a los pies para que se sumerja... El capitán que se descubre, la plancha que sube elevando al muerto con el estridente ruido de las poleas... El buque se detiene, la plancha se inclina sobre la borda, la masa inerte cae... El mar lanza como un grito sordo, se entreabre como boca de lobo, y luego se cierra entre ruidosos borbollones y formando un ramillete de espuma... Todo ha concluido... El monstruo ha devorado su presa... ¿Veis aquel remolino espumoso que se deshace y desvanece... ¡Es la tumba de un hombre!

Acabo de describiros, Señores, lo que yo mismo he visto en el navío más hermoso en que jamás se hayan embarcado nuestros pobres emigrantes belgas.

Dejo, pues, a vuestra consideración el figuraros lo que pasará en los demás. ¡Ah! Señores. ¿Llegaríais a imaginároslo en toda su espantosa realidad? No, porque eso no se imagina, ni se concibe. Si tratara de pintároslo, no me creeríais. Os suplico que vayáis a verlo vosotros mismos. Han partido de Amberes algunos navíos, que ¡ay! si vosotros tuvierais que embarcar a vuestros perros, no querríais para ellos semejantes perreras. Lanzaríais gritos de horror si vierais arrojar en las bodegas a negros y esclavos, como fardos de mercancías; y sin embargo no son negros ni esclavos los arrojados de esa suerte, son belgas, son nuestros hermanos!

¿Qué hacer, Señores, en este caso?... ¡Ay! La obra de que os hablo no puede nada. Los gobiernos únicamente son los que pueden hacerse obedecer y hacer respetar las leyes que se violan y pisotean.

¿Qué he dicho? ¿Que la obra no puede nada? Lo puede todo. Vivimos en tiempo en que, gracias a Dios, son libres los corazones y los labios! Pues bien, clamaremos... *Clama! ne cesses!* Clamaremos hasta que se haga justicia, hasta que reine la ley, hasta que esos pobres hermanos nuestros por la patria y por Cristo, sean tratados, no como esclavos, sino como

cristianos y como belgas. No sabéis bien, Señores, el poder de una voz libre, pura, desinteresada, que clama a través del mundo no por sí ni en bien suyo, sino por los demás, ni por el honor y la fortuna, sino por la justicia y por el derecho. ¿Queréis la prueba de esto? Hemos empezado a clamar, y no hace mucho tiempo, y he aquí que ya aparecen los tabiques divisorios. Los tenía ya el *Baltimore*, que partió el 14 de Abril; los tenía el *Strasbourg*, que partió el domingo último.

Por lo demás, Señores, no nos será preciso clamar muy fuerte, porque nadie rehúsa venir en nuestra ayuda. Nuestros sacerdotes y religiosos están prestos; y el poder, el gobierno ha tomado ya la delantera; persigue ya a esos bandidos reclutadores que especulan con la sangre y la vida de los miserables, ha esparcido ya por millares sus consejos de prudencia, hace vigilar con más cuidado el embarque y registrar las trasportes, en los países de arribada hace organizar por medio de sus cónsules y bajo su presidencia, comités de recepción para el emigrante que desembarca, verdaderas Bolsas de Trabajo, en que todos pueden informarse y donde la mayor parte de ellos halla desde los primeros días abrigo y pan.

Resta a la libertad el ayudar y secundar al

poder. Os resta a vosotros, Señores, el ayudar a la libertad.

No insisto más. Os he manifestado la situación; os he dicho lo que se propone el «*Raphaëls-verein*». Ved y juzgad vosotros mismos, si merece vuestro concurso; yo abandono su causa a vuestros corazones.

Cuando esa sociedad venga a llamar a vuestra puerta, cuando su mano solicite la vuestra demandando vuestro concurso, acordaos de lo que os he dicho.

Sí, Señores, acordaos.

En los primeros días de la era cristiana, un hombre con una mujer y un niño recién nacido habitaban en una pobre gruta, en un pueblecillo de Judea. Sucedió pues, que mientras el hombre dormía, en una visión de lo alto, escuchó que le decían al oído: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, porque Herodes va a buscar al niño para quitarle la vida».

Y él se levantó, tomó al niño y a su madre, y los tres, en medio del silencio de la noche, por caminos sombríos y extraviados, huyeron a buscar en el extranjero la salvación del niño.

Jesucristo no ha querido que hubiera en el

corazón del hombre un solo sufrimiento que él no hubiera experimentado en su corazón.

Un rey siniestro, más cruel que el sanguinario Herodes, reina desgraciadamente sobre nuestros obreros y nuestros pobres: ¡la miseria!... Y como Herodes mata a los hijos en los brazos de sus madres. Y en las visiones de su sueño, el obrero, el miserable, oye también voces que le dicen: «Levántate, toma a la madre y al niño, y vete allá lejos, a Ultramar, porque aquí la miseria y el hambre matarían al niño».

Y él se levanta, toma al niño y a su madre, y emprende ese duro camino del destierro en el que ha dejado marcadas sus huellas Jesucristo.

El Evangelio no dice nada acerca de las penalidades del viaje y de lo que les sucediera a su llegada. Pero los corazones cristianos lo han adivinado. No se han avenido a creer que Dios abandonara en aquel viaje a la delicada Madre de su Hijo, y en sus leyendas han visto descender Angeles junto a ellos, protegerles y servirles, arrojar flores a su paso, cantar cánticos a sus oídos y hacer cortejo al Hijo de Dios.

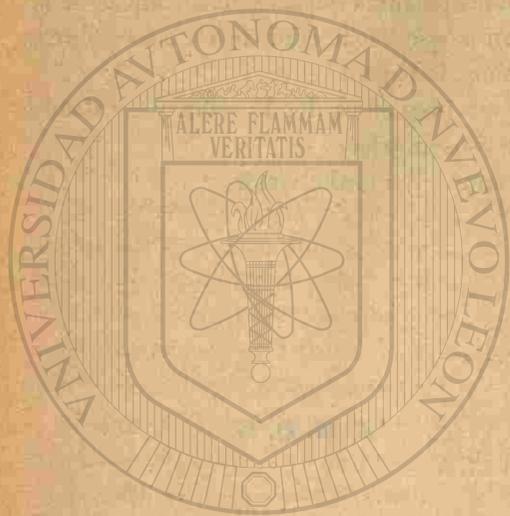
Las penalidades de nuestros pobres emigrantes, ya os las he referido; las sabéis, y en vuestros corazones, vosotros, cristianos como ellos, experimentáis su amargura. Pues bien, yo no puedo avenirme a creer que Dios los abandona

tampoco a ellos; habrá ángeles que los protejan y les sirvan, habrá ángeles que les arrojen las flores de una caridad amante y tierna, que les canten las palabras dulces y fortificativas de la esperanza, que hagan compañía a esos pobres, hermanos de Cristo.

No me preguntéis dónde están y de dónde vienen esos ángeles.

Os miro... ¡yo los he visto!

A. M. D. G.



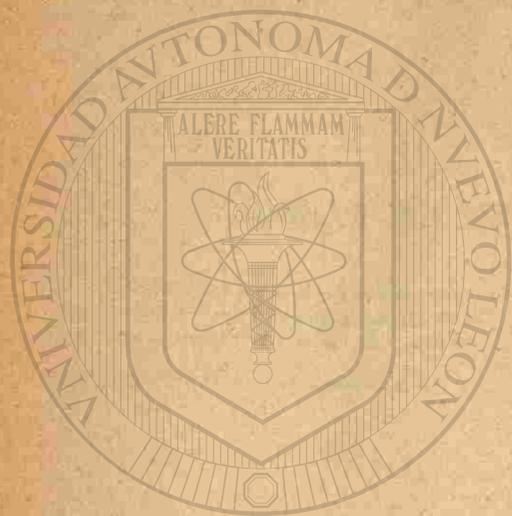
EN LA FÁBRICA

*Antra Aetnae tonant, validique incidibus ictus  
Audent referunt gemitum, striduntque cavernis  
Stricturae Chalybum et fornacibus ignis anhelat.*

(VIRGILIO. Eneida. Lib. VIII, vs. 419 y sig.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EN LA FÁBRICA

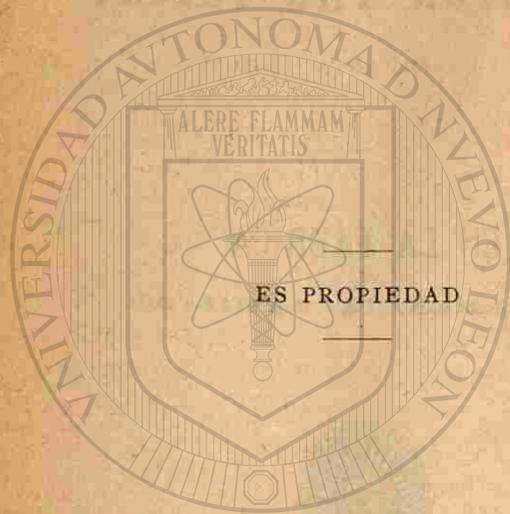
CONFERENCIA FAMILIAR



DIRECCIÓN:

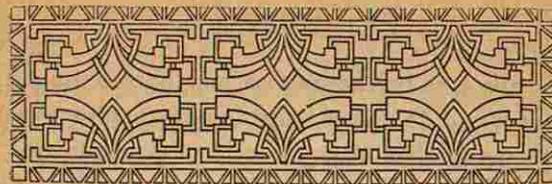
ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS»

Ayala, 3. — BILBAO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Imp. del Corazón de Jesús, Muelle de Marzana, 7



SEÑORAS, SEÑORES:



A noche era magnífica, tranquila, de un negro puro y transparente; a modo de perlas brillaban en el horizonte millares de estrellas, temblorosas, como si los últimos fríos de Abril las hicieran todavía tiritar. Pero yo no miraba ni al cielo ni a las estrellas. A pocos tiros de piedra de mi ventana, la gran fábrica extendía confusamente la sombría masa de sus negras construcciones. Por encima seis grandes chimeneas proyectaban su perfil en medio de una luz vaga y vomitaban nubes purpuradas con los reflejos de las llamas. Más abajo se abría la boca de los cubilotes arrojando haces de fuego. Los agujeros de los techos dejaban escapar lluvias de blancas y rojizas chispas. Sobre todos los cuerpos de edificio

pendía y se balanceaba un mar borrascoso de vapores y de humos, cuyas ondas parduzcas y negras giraban bajo la acción del viento que soplaba con fuerza, y subía hacia el cielo en torbellinos siniestros; hubiérase dicho que era una cabalgata de fantasmas a través de un inmenso incendio. Yo escuchaba como un trueno lejano el sordo crugir de las máquinas, el ruidoso anhélito del vapor que parecía jadear, agobiado del trabajo, los martillos pilones que caían golpeando sobre el yunque, las estridentes sierras que rechinaban al morder el hierro, todos esos estruendos y aullidos de la materia aprisionada, encadenada y esclavizada por el hombre, y trabajando a sus órdenes y bajo su mano, botando aún y encabritada, como en un circo de fieras bajo el látigo del domador. Yo había visto ya aquella vieja fábrica e iba a volver a verla y me embargaba la emoción.

Quisiera decir lo que he visto repetidas veces; quisiera hacérselo ver a los demás, pero no con los ojos corporales, sino con los del alma, que es como hay que ver estas cosas.

El más compendioso tratado de química os dirá que entre la fundición del hierro y la del acero la diferencia esencial consiste en la pro-

porción de carbono que contienen. Mientras los hierros conservan de dos a cinco y cinco y medio por ciento, los aceros no pasan de dos a siete décimas.

Se explicarán en el mismo tratado los procedimientos por medio de los cuales la industria transforma en acero los diversos hierros fundidos, y cómo por la fundición de manganeso se obtiene el acero pudelado.

El hierro dulce en barras, caldeado al rojo entre dos camas de carbón de madera mezcladas con sal, da el acero de cementación.

El acero bruto fundido en crisoles en el seno de un horno atmosférico, se convierte en el acero más homogéneo bajo el nombre comercial de acero fundido.

Si el tratado no es absolutamente muy viejo y anticuado describirá el modo de formar el acero por el procedimiento Bessemer.

Si es contemporáneo, tal vez describa el procedimiento Thomas y Gilchrist.

Y en la gran fábrica los ojos no verán más. Verán las olas de oxígeno del aire borbotando en el hierro líquido, quemándose su carbono y precipitándose hacia el cielo en nubes de ácido carbónico; y el acero derramando en las lingoteras su chorro de fuego chisporroteante. No verán más que eso.

vapor, diez locomotoras, cincuenta y siete calderas, siete trenes de laminar, tres convertidores, las torres, las bombas, las grúas, las sierras, las cizallas, los pilones, todo aquello bufa, jadea, grita, muge, silba, ronca, chilla, rechina, ensordece, atruena, hiere, aplasta, vomita vapor, fuego y llama, de día y de noche, sin cesar nunca, con trepidaciones que conmueven el suelo cual si tuviera estremecimientos de fiebre y con estruendos acompasados y lejanos que parecen suspiros de algún cíclope encorvado sobre sus yunques.

*Antra Aetnae tonant, validique incudibus ictus  
Audenti referunt gemitum, striduntque cavernis  
Stricturae Chalybum et fornacibus ignis anhelat. (1)*

Y los mil doscientos hombres corren y se cruzan en aquel dédalo de aceros brillantes y de hierros sombríos, haciendo cada cual su obra, como se entrecruzan las hormigas laboriosas en sus parduzcos senderos.

Un ojo vigilante lo dirige todo, a la manera que un general de ejército desde lo alto de una

(1) «Cavernas semejantes á las del Etna retumban con los recios golpes dados en los yunques, difundiendo por los ecos roncós gemidos; rechina a todas horas en aquellas cuevas el derretido metal de los Calibes, y jadea sin cesar el fuego en las fraguas».

colina observa el despliegue de sus tropas en la llanura. Aquí el estado mayor son los contramaestres, los inspectores, los jefes de taller, los capataces de obreros, ¿qué sé yo?

Hay entre éstos uno a quien con frecuencia se olvida.

Es un joven de unos diecisiete años, casi un niño, afeado por las manchas de aceite y grasa de su blusa azul, pero embellecido por la palidez juvenil de su rostro y el brillo inteligente de sus ojos negros. Tiene su mano sobre una palanca, y, según que la inclina, infunde la vida en aquellos monstruos de hierro, la modera, la excita o la extingue. Él es el que pone en movimiento, acelera, precipita o retarda y contiene a la gran máquina, y los inmensos volantes le obedecen a él al pequeño maquinista.

Silencioso, observador, con las manos cruzadas tras la espalda, sosegado, en medio de aquella agitación febril, el jefe mecánico va de máquina en máquina, las mira, las observa, las estudia en su funcionamiento, señala donde rozan o rechinan o muerden, aprieta o afloja un tornillo, arregla un muelle, levanta un coginete de cobre o una resbaladera. Es el médico de aquel cuerpo.

No me he olvidado del mecánico que vi en mi primera visita. Era un apuesto obrero de

cuarenta años, valiente, robusto, sobre cuyas espaldas anchas y rectas se destacaba una cabeza inteligente, serena y honrada pero velada de una melancolía inolvidable.

Me habían contado su historia (1).

Había entrado en la fábrica casi niño, sin otra preparación que las lecciones de la escuela de instrucción primaria, pero con mucho despejo de ingenio, una grandísima fuerza de voluntad, y la noble ambición de obrar bien. De escalón en escalón había llegado a aquel puesto de honor, pues lo es verdaderamente. No tenía sobre sí más que a los ingenieros de servicio y al director técnico. Estaba en la cumbre, pues por su falta de estudios no podía subir más arriba. Su sueldo era crecido y podía vivir sin ningún apuro y con holgura.

Pero había tenido que derramar muchas lágrimas en su vida. Casado siendo aun muy joven, su mujer no había sobrevivido al nacimiento de su primer hijo; se había quedado solo con aquella pobre criatura, que exhalaba quejidos

(1) En este relato he sustituido la persona, y lo prevengo. El mecánico cuya historia refiero, no vivió en esta fábrica alemana, sino en una fábrica belga, y murió aplastado bajo las ruedas de una locomotora. Por el contrario, la horrible muerte que referiré luego es realmente la de un pobre mecánico empleado en la fundición de acero.

y llanto, agitaba sus bracitos, e inconsciente, de día y de noche, buscaba y llamaba infantilmente a la que ya no existía. Una vecina se encargó de cuidar al niño por una módica retribución, y por la noche, cuando terminado su trabajo, volvía nuestro mecánico a su casita vacía, corría, se lavaba la cara y las manos y se arreglaba para parecer bien a su hijo; luego acudía a tomar en sus brazos al pequeño enfajado, y con esa desmaña propia del hombre, le levantaba en sus manos callosas, le llevaba en sus brazos, le sentaba sobre sus rodillas, le arrullaba, le miraba largamente con dulces sonrisas, tratando de espiar en sus ojos que apenas se abrían, un rayo de conocimiento, un destello de amor, y viéndolos inertes y vacíos, se echaba a llorar!... después devolvía el niño a la vecina. El pobre chiquitín, alimentado con biberón, murió a los seis meses! El padre fué al cementerio a colocar el ataúdito del niño junto al ataúd de la madre!...

Largo tiempo vivió retirado y sombrío, huyendo de las tabernas donde sus camaradas festejaban el domingo y donde el contraste de las risas de ellos con su interior sufrimiento laceraba su corazón. Pero aun en las más tiernas almas el tiempo debilita y adormece el amor de los que ya no existen... Él no olvidó; pero tam-

poco se acordaba ya como antes. ¡Ah! ¡no era él de mejor condición que los demás!... Un día en una fiesta de aldea le vió una mujer; le juzgó buena presa, le quiso para sí, le tendió sus redes, y él se dejó prender. Ella conoció que era honrado y a su vez aparentó virtud y honradez, siendo una perdida. Advirtieron al mecánico sus camaradas lo que era aquella mujer; mas él no les quiso dar oídos, y la amó con amor profundo y respetuoso largo tiempo, muy largo tiempo. Este respeto fastidiaba a la embaucadora, aquella mujer quería otra cosa, y nuestro hombre sintió que ella le dejaba. Un día la sorprendió con un pudelador borracho, estando ella borracha también. Aquel rayo le hizo ver claro, pero juntamente dió muerte a su corazón.

¿Se puede vivir sin amar?... Nuestro mecánico reconcentró su amor en sus máquinas, y conforme a esa necesidad imperiosa y vivificante del alma, las personificaba por decirlo así y las animaba. Las llamaba y distinguía por determinados nombres; una era la gruesa Kate, otra la monita Gretchen, otra Tecla la morena; como se acaricia a un caballo estimado, así acariciaba él el cobre de sus locomotoras; las hablaba, las excitaba, las reprendía, las encontraba cualidades y defectos característicos. Una de las pequeñas locomotoras le había una vez dado un

empujón, haciéndole rodar por el suelo... y la guardaba rencor. «La miserable, decía incomodado, ha querido morderme».

Y esta manía le consolaba: vivía en aquel mundo donde su imaginación le hacía ver inteligencia y amor. Para él, los volantes cantaban, los engranajes se hablaban; y él cantaba y hablaba con ellos. Estaba orgulloso de aquel mundo, porque era el mundo del poder y de la fuerza, y en aquel mundo mandaba él. Mas en la soledad de su casita vacía recobraba su frente el fruncimiento y el tinte melancólico; cuando al pasar por las calles, la puerta entreabierta de alguna taberna dejaba escapar las risas de las mujeres llevándolas hasta su oído, tomaba su vista un aire y un brillo feroces!... ¡su alma sangraba todavía!

Pero ¡las máquinas no mueren! ¡las máquinas no engañan! Y volvía a pensar en sus máquinas.

«Sin embargo la miserable ha querido morderme!»

Acuérdome que la víspera de tomar la sotana, algunos oficiales del regimiento en que servía mi padre me invitaron a comer. Asistí con ellos al comedor del regimiento; y guardo muy fiel y reconocida memoria del honor que aquel

día me dispensaron; pero me llamó sobre todo la atención la organización de aquellas «cooperativas». Entonces apenas eran conocidas, y aquello fué, me parece, como el primer rayo de luz que me sirvió para ver los grandes problemas sociales de nuestra época. Ahora antes de volver a ver la fábrica, fuí a desayunarme al comedor de los obreros.

La Dirección ha establecido uno para sus obreros celibatarios.

¿Por qué para los celibatarios solamente? ¡Ah! la razón de esto es sabia y profunda. Para no quitar al obrero casado ni siquiera un segundo de aquella vida de familia, que después de todo, es la gran moralizadora y acaso la única. Para no amenguar ese trato familiar y no aflojar esos lazos domésticos que son su salvación. Porque, observadlo bien, aun cuando su mujer le lleva su comida a la fábrica en esos potes de hierro esmaltado, limpios y relucientes... son sus manos las que la han preparado, ella es la que ha escogido los manjares, ella la que le sirve, aquello es, en una palabra, «su» comida; y mientras come está ella junto a él, hablándole, animándole, y haciendo dulce la existencia durante aquella hora de comida.

Por esto la fábrica establece su restaurant y abre su comedor para los celibatarios solos. Por

la mañana, al tiempo de entrar, el obrero que quiere comer allí, lo declara en la ventanilla del portero, entregando un bono firmado por su mano. El portero le da en cambio una especie de billete de ferrocarril, timbrado y fechado. El día de la paga se arregla la cuenta. Al mediodía el obrero va al comedor, entrega su billete y se sienta a una de las mesas en la sala.

La vajilla y el cubierto son de hierro esmaltado y de peltre, las mesas de pino, nada de sillas, sino bancos también de pino, y todo tan limpio, tan ordenado, tan fresco, que da gusto verlo. En el fondo, a través de los arcos abiertos se ven las cocinas humeantes ante las cuales van y vienen y trabajan tres cocineros arregados, inteligentes y vivos, y entre las mesas circulan dos sirvientes con la servilleta al brazo.

El obrero recibe dos grandes platadas de sopa ó de potage, cien gramos de carne y dos libras de patatas cocidas. Yo he comido estos manjares con ellos y los he hallado excelentes. Pues bien, ¿sabéis cuánto cuesta todo ello al obrero? treinta pfennig, unos treinta y siete céntimos de nuestra moneda. Evidentemente la fábrica pierde en esta empresa.

Pierde el salario de los cocineros y sirvientes, el carbón, el capital empleado en la construcción

y el material de la sala, y no cobra más que el coste de los géneros. Eso pierde. Pero en cambio gana en tener así al obrero mejor alimentado y mejor dispuesto, á tiempo para reanudar el trabajo, y sin las pesadeces del alcohol infecto de los cafetines y de las tabernas, el obrero, en fin, reconocido y amante!

¡Oh! ¡qué ganancia ésta! ¡y cuán rara es hoy día!

Por mucho tiempo en estos grandes cuarteles de la industria no se ha considerado al obrero más que como una fuerza material y bruta. No se ha visto en él más que al trabajador, no se ha visto al hombre; sólo se ha visto un instrumento compuesto de músculos y nervios y que parecía sin alma. Se le inscribía, se le reñía, se le excitaba, y después se le pagaba y á eso se reducía todo. De su dicha, de su bienestar, de su salud, de su porvenir, nadie se cuidaba. Eso era negocio suyo. Donde quiera que faltaba la savia cristiana no se comprendía que eso no basta, que necesita el obrero algo más que capacidades y administradores que le paguen, que tiene derecho a más: al respeto y al amor.

Y por mucho tiempo el obrero se ha sometido a ese papel de máquina inerte y ha soportado con paciencia ese yugo de siervo y de esclavo.

Después se ha despertado de improviso, ha levantado su frente, ha echado hacia atrás sus cabellos y cruzando los brazos en la huelga, ha lanzado como un trueno el grito terrible de sus reivindicaciones.

Al pronto su actitud ha producido indignación; luego se ha tratado de revoltosos a esos pobres que osaban quejarse. Se han reunido tropas y se las ha ordenado descargar sobre ellos.

Pero hay en la justicia un poder invencible que no pueden destruir las balas.

Se comienza a ver ahora que hay algo más que hacer por el trabajador y por el pobre; y aguijoneado el deber por el temor, se han puesto manos a la obra.

La Alemania ha inaugurado en favor del obrero lo que se ha llamado el socialismo del Estado: una serie de leyes magníficas que le aseguran contra todas las vicisitudes de la existencia. Dígase lo que se quiera, yo me inclino a creer que es de lo mejor que puede hacerse.®

En nuestro país, donde el temor del Estado nos hace injustos aun para con él, se espera todo de la iniciativa privada. ¿La iniciativa privada? ¿Cuál?... La del obrero? ¿Pero qué puede hacer el obrero? ¿Dónde están sus recursos? ¿Tiene por ventura educación económica? ¿Si

apenas entiende lo que es la caja de ahorros!... ¿La del patrono?... Mas ¿qué necesidad tiene de ella el patrono? ¿Habéis considerado que contar con él para esto es contar con un sacrificio permanente de su propio interés en interés de otro? ¿Y es normal esto entre los hombres? La abnegación, el olvido de sí mismo, el sacrificio, ¿son flores espontáneas en el corazón humano?

¡No! las siembra en él Jesucristo, y yo no veo por desgracia que se retorne mucho a Jesucristo.

Por esto tiemblo. Al mal social que nos co-  
rroe se llega un poco tarde a poner remedio.

A esos corazones tan henchidos por la acumulación de las injusticias y de los cuales se desborda el odio se llega un poco tarde a decirles: ¡Amigos míos! ¡Amigos míos! ¡esperad un poquitín! ¡vamos a amaros!

Tengo miedo, porque me pregunto si ese obrero, que es legión, si ese obrero que cubre el mundo, ante el puñado de ricos que tiemblan, esperará.

Y si no esperara, si se irguiera ante vosotros y os dijera: «Vosotros ponéis para el trabajo vuestros capitales, yo mis brazos. Mis brazos tienen su valor; vuestro oro tiene el suyo. Repartamos los beneficios a prorrata de las aportaciones. Si no buscad vuestros brazos en otra parte».

¿Qué responderíais vosotros?... ¿Iríais a otra parte? Muy bien. Pero ante la organización actual de los obreros de ambos mundos, ¿nos hallamos tan lejos del tiempo en que ya no habrá «otra parte?» Y en que como santo y seña de todos los puntos de la tierra se os responderá: «¡Bien! ¡pero repartamos!»

Otra cosa me espanta. Y es que no se apodere el desaliento de aquellos que deseando obrar bien se sacrifican, trabajan y no encuentran por todas partes más que contratiempos e ingratitud. Poco hace os hablaba de las leyes alemanas: son magníficas; sin embargo no han impedido las huelgas de Westfalia. ¿Quién no ha oído nombrar y bendecir a ese gran bienhechor, al difunto Hilt, que pasó su vida, sacrificó su tiempo y todas sus fuerzas en asegurar la dicha de sus obreros, que hizo de las instituciones sociales de la Wurm un prodigioso e incomparable modelo? Pues allí precisamente fue donde estalló primero la huelga y donde se mantiene con una perseverancia inquebrantable. ¿Qué quiere decir esto?

Que toda organización de acá abajo es siempre defectuosa por algún concepto; que hay siempre demasiado roce en el funcionamiento de esas ruedas, alguna hendidura en esos diques, por donde se escapa y lo inunda todo la

perversidad humana, rastrera, malvada, insaciable, ingrata, pérfida!

El hombre ¡ay! siempre será hombre! Con todo en su alma e instintos de fiera en su sangre.

Por esto no es el éxito lo que nos debemos proponer, ni el reconocimiento lo que debemos esperar, es el deber lo que debemos escuchar y cumplir.

Sepamos amar al obrero, aunque sea ingrato; sepamos servirle, aunque sea rebelde y... aunque desconozca y desprecie nuestros corazones, tengamos, sin embargo, cuidado de su bienestar y de su vida.

¿Qué es después de todo el reconocimiento de los hombres? ¿No es de Jesucristo de quien debemos esperar la recompensa? pues él, que ve nuestros esfuerzos, los tendrá en cuenta para premiarlos con generosidad divina. Sabido es cómo se defendió un día Cicerón ante el pueblo romano. «Juro que he salvado la patria». No obstante su énfasis, es una bella expresión. Yo prefiero la voz sencilla de la conciencia que me diga: «He procurado obrar bien». Esto basta delante de Dios, ¿qué importa lo demás?

En una conferencia de Mr. Lodin dada en la Asociación francesa para el progreso de las

ciencias en 16 de Marzo de 1889, hallo una definición general de los aceros, especificados por su fundición:

«Desde el punto de vista químico, el nombre genérico de acero comprende hoy día una serie variadísima de combinaciones del hierro con diversos metaloides o metales. Hasta contener cierta cantidad estas adiciones diversas le endurecen, elevan el límite de su elasticidad y aumentan su resistencia, reduciendo más o menos, en general, su alargamiento antes de la ruptura. Mientras este último fenómeno no llega a ser demasiado acentuado... el producto permanece capaz de resistir choques de cierta intensidad, y conserva en cierto grado la propiedad de soldarse consigo mismo... Se le puede considerar como perteneciente a la categoría de los aceros.

»Por el contrario, cuando la proporción total de los cuerpos extraños traspasa cierto límite, la tenacidad disminuye y la fragilidad aumenta. El metal no puede ser empleado útilmente sino a condición de no trabajar más que en la compresión, pierde la propiedad de soldarse consigo mismo y entra entonces en la categoría de fundiciones».

Nos hallamos ya muy lejos del tiempo en que el acero se diferenciaba por el carbono que con-

tenía, y en que todo el trabajo de la formación del acero se reducía a esto, escoger vena o minerales de hierro bien puro exentos de azufre y de fósforo, y trabajar, por cualquier procedimiento que fuera, en quitarle la proporción excesiva de carbono que contuviese.

Si se reflexiona que la industria del acero se remonta a las inmediaciones de los tiempos prehistóricos, y que aun después de haber transcurrido tantos siglos, tuvo Bessemer gran trabajo en defenderse contra los impugnadores de sus procedimientos y que le fué preciso resignarse a no emplear para la fabricación sino minerales puros, se verá cuántas vueltas ha dado la inteligencia humana en torno de este problema. Hasta el año 1874 no se llegó a reconocer que puede introducirse fósforo en el acero fundido a condición de eliminar más el carbono. Cuanto menos carbono contenga el acero, podrá contener más fósforo.

Desde este momento se hace posible la utilización de las primeras materias impuras, de las venas sulfurosas y fosfóricas, y bajando el precio del acero, empieza éste a difundirse con una extensión tal, que las grandes construcciones metálicas contemporáneas no marcan todavía más que los primeros pasos.

Voy a intentar describir el procedimiento

puesto en práctica en la fábrica que yo visitaba: es el de dos ingenieros ingleses, MM. Thomas y Gilchrist.

*Ferrum exercebant vasto Cyclopes in antro (1).*

El taller donde se fabrica el acero es una gran sala que yo compararía muy bien a un teatro. Por la parte del escenario se levantan, en el fondo, tres cubilotes, donde los lingotes de hierro, por cargas de 12.000 kilogramos, son reducidos al estado líquido. Los tres están encendidos, y sus chimeneas de palastro, traspasando el techo del taller, lanzan en la atmósfera una columna de llamas recta y silbante. Delante de ellos, en el mismo escenario, se hallan colocados en semicírculo tres convertidores; son enormes estas retortas de chapas de hierro claveteadas y remachadas, revestidas interiormente de arcilla, y su fondo formado de ladrillo refractario, perforado de varios agujeros para los toberos, con su cuello acortado, y su orificio abierto: tiene cada una de 3 a 3,50 metros de diámetro por la cintura, el espesor del revestimiento es de 30 a 40 centímetros en el fondo.

(1) Vigr. Lib. VIII, v. 424. «Estaban forjando hierro en la vasta caverna los Cíclopes».

Su peso es de unas 30 toneladas, y sin embargo, cargados a veces de sus 12.000 kilogramos de lingote, girarán sobre sus dos muñones horizontales con la suavidad de un péndulo que oscila sobre sus soportes de ágata.

En el centro del círculo que forman se eleva una grua hidráulica. Esta lleva al extremo de un largo brazo la bolsa de colada, que es una especie de gran depósito cilíndrico, en el cual los convertidores arrojarán su acero; y alrededor una estrecha plataforma, desde la cual vigilan los obreros. Esta grua gira y pasea la bolsa sobre todas las lingoteras, puestas en pie sobre la arena, en círculo alrededor de ella.

Más lejos, otras gruas que levantarán la lingotera y el lingote. Más allá todavía un piloncito para batir lo que se toma para prueba.

Más lejos aún los hornos para recalentar.

Y todavía más lejos los laminadores.

De modo que en el escenario están los cubilotes y los convertidores. En el patio las gruas, las lingoteras, y avanzando siempre a derecha é izquierda por el fondo de la sala, los hornos para recalentar, los laminadores, las sierras mecánicas, etc., etc.

Para completar la comparación, por ambos lados del escenario, como palcos entre tribunas, se hallan erigidas dos tribunas: una a la

izquierda, que está reservada para los ingenieros; y otra a la derecha, cerrada con grandes cristales, que fué levantada para una visita real y sirve desde entonces para los visitantes. Desde ésta se puede ver el solemne espectáculo al abrigo de los polvos, de los vapores y de las abrasadoras chispas.

La tribuna de los ingenieros da y domina por una parte al taller de la fabricación del acero, y por la otra a la sala de máquinas: la máquina sopladora, la máquina de las bombas de presión hidráulica se hallan de esta suerte a su vista y bajo sus órdenes. Porque en este enorme mecanismo el motor casi universal es el agua, bajo presión, en el cilindro de un acumulador Armstrong.

Conviene escoger la noche para estas visitas. Cinco lámparas eléctricas de arco voltáico iluminan entonces todo lo que acabo de describir. Y ciertamente, la emoción que se experimenta es sobremanera embargante.

Se llega a la fábrica por un vasto campo descubierto, donde están colocados en fila en montones de 12.000 kilogramos, barrotos despedazados... Es el taller de fundición.

Seguimos adelante a la luz indecisa de nues-

tras lámparas, porque la noche es muy oscura. Nuestro guía nos pone en guardia cada momento contra los malos pasos. En fin, ya estamos a la puerta del pabellón de máquinas.

El suelo tiembla, un ruido como de truenos llena el espacio ensordeciendo los oídos, los volantes giran vertiginosamente agitando en el aire sus enormes brazos, las válvulas de las bombas de aire comprimido golpean sobre su sonora guarnición con trepidaciones retumbantes; el vapor silba en los cilindros, y de estas máquinas hay dos a la derecha y dos a la izquierda, más allá las bombas hidráulicas y el acumulador elevando solemnemente su carga de fundición hacia la bóveda; las máquinas van y vienen plegando la articulación de las bielas y arrastrando en pos de sí ruedas inmensas, y cuando se ven aquellas masas enormes, aplastantes, impulsadas y precipitadas como juguetes de niños, se experimenta la viva sensación de la fuerza espantosa, que allí trabaja sordamente, tras los aceros y los cobres. Y el hombre que la ha encerrado allí, que la manda y que la guía, tiembla, porque sabe, porque siente, que si esa fuerza se escapara, si rompiera sus hierros, le aplastaría, le despedazaría, como él al pasar por la arena, aplasta, sin saberlo, a un pobre gusanillo de tierra.

Y el que no está acostumbrado a ver semejantes máquinas, siente el corazón angustiado y oprimido como en las tempestades al súbito fulgor del rayo y al estruendo fragoroso del trueno:

*Fulgores nunc horrificos, sonitumque, metumque  
Miscebant operi, flammisque sequacibus iras (1).*

Más allá de aquella sala se abre la de la fundición del acero.

La primera impresión que produce su vista es la de un caos negro del que surgen llamas de fuegos de volcanes. Constantemente aquel ruido infernal y aquellas nubes de vapor blanquecino con reflejos de fuego. Cadenas que rechinan, lingotes al rojo que caen, obreros ennegrecidos que corren cubiertos con su visera y guantes de cuero, el acero que corre y chisporrotea, el grito de los contra maestres, la campanilla de los ingenieros, el silbato de las locomotoras que pasan resoplando, chorros de agua que se escapan y precipitan murmurando... la vista se turba, la cabeza se marea y como por instinto busca uno el brazo de su guía para apoyarse en él con seguridad.

(1) Virg. Aen. Lib. VIII, v. 431. «A la sazón estaban añadiendo a la obra los horribles resplandores, el estrépito y el horror, y el furor de las perseguidoras llamas».

El obrero por su parte se sonríe del azoramiento y turbación de los visitantes miedosos... Aquella forja es su casa; aquella atmósfera de fuego es su vida.

Y en medio de aquel caos de cosas sueña tal vez su pensamiento, como lo haríamos nosotros en medio del silencio de los bosques, bajo los grandes árboles adormecidos cuando la noche, aun a lo lejos, impone silencio a los ruidos del mundo.

¡Oh! ¿quién podrá decirme los pensamientos que se agitan bajo aquellas frentes varoniles donde brilla el sudor del trabajo?... ¡Oh hermanos míos obreros! ¿sois revolucionarios o pacíficos?

Del número de los pacíficos os habría parecido aquel pobre mecánico cuya historia empecé antes a contaros; y, sin embargo, un horrible fantasma le acosaba sin cesar: el fantasma de la muerte, atractivo, sonriente, que le llamaba, y le decía: «Ven a mí; yo soy el fin...» ¡el fantasma del suicidio!

Por más que uno ame las máquinas, y, cual nuevo Prometeo, sueñe comunicarlas la vida, esos cuerpos de hierro no responden, ni corresponden a nuestros íntimos afectos. El corazón queda vacío y pronto o tarde siente hambre de amor.

¡Amor! ¡volver otra vez a amar, viendo como término la muerte, o, lo que es todavía peor que la muerte, la traición! ¡No, yo no volveré a amar!... Pero el vivir así ¿es vivir? y entonces... cuando pasaba delante de los cubilotes flamígeros miraba al fondo contemplando aquel mar de blanco fuego hirviente... ¡Qué pronto se acabaría todo!... ¡Él había visto caer a un hombre: ni siquiera había lanzado un grito; se había visto subir una horrible humareda negra, y después... después nada, algunos huesos calcinados, nada más. ¡Oh! sí, aquello se acababa en seguida, y se debía sufrir muy poco... un relámpago, ni siquiera el tiempo de sentir que se sufre, el ahogo y después, qué importa lo demás, puesto que ya no se siente! Y aquel corazón no se volvería a ver retorcido por el dolor de un pasado que renacía sin cesar; y desaparecería por fin aquella memoria que le ponía continuamente ante los ojos sus alegrías y gozos, juguetes del engaño y destrozados... Y sus labios no sentirían ya subir la maldición de su alma y volver á subir, como sobre el agua de un sombrío estanque sube y se deshace en burbujas el aire emponzoñado del fondo.

¡Sí, aquello sería el fin!

Entonces le hablaba una voz dulce como la de su madre:

«¡Desgraciado! ¡blasfemas! ¡Y Dios? ¡olvidas a Dios!»

Al oírla, volvía la cabeza y se alejaba de allí. Los recuerdos de su infancia y de su antigua fe deshacían el sortilegio.

Mas la tentadora volvía a la carga, siempre atractiva, y él la seguía y se volvía a mirar otra vez al fondo el hierro hirviente.

Por mucho tiempo estuvo agitado de esta suerte. Un día le vino este pensamiento sencillísimo, pero inesperado. «Dejemos obrar a Dios; él ve lo que sufro y tendrá piedad de mí».

Este pensamiento le conmovió.

Dejó obrar a Dios.

Y Dios tuvo piedad de él.

Entremos.

Se requiere algún tiempo para darse cuenta de dónde se halla uno, en medio de aquel estruendo y de aquellas llamas; es preciso acostumbrarse a aquella atmósfera que causa vértigo. Solo después recobra el espíritu la calma que necesita para seguir detalladamente los trámites del fenómeno. Sigámosles en la hilera, por donde se tiran y hacen pasar los metales reduciéndolos a hilo y alambre.

Partamos del momento en que la masa me-

tálica fundida llega en el cubilote al grado de fluidez que se requiere.

A una señal del ingeniero un jovencito obreiro mueve la palanca de la prensa hidráulica y el convertidor se inclina con la boca abierta... Se dirige allá un canal, se abre la compuerta del cubilote, y doce mil kilos de metal fundido y echando chispas corren a precipitarse en el monstruo; aquella ola blanca arroja millares de centellitas en la sombría atmósfera. La lluvia de oro de nuestros fuegos artificiales no es nada al lado de aquel chisporroteo de estrellas...

*Fluit aes rivis aurique metallum*

*Volnificusque chalybs vasta fornace liquescit (1)*

La masa fundida llena primeramente el lado por donde está tendido el convertidor; luego sube poco a poco y presto llega al fondo. Este fondo está atravesado de agujeros por donde debe pasar el aire lanzado por las toberas; la masa fundida las obstruiría inmediatamente. Por eso en aquel momento el ingeniero da una nueva señal, se pone en movimiento la máquina sopladora, y una ráfaga de aire brama bullendo a través de la masa líquida espumante. Cuando

(1) Aen. Lib. VIII, vs. 445 y 446. «Corren formando líquidos arroyos el bronce y el oro, y en la inmensa fragua se derrite el matador acero».

se ha vaciado toda la carga de fundición en el convertidor, el jovencito obrero da vuelta a la llave de las prensas, y el convertidor, que a sus 20.000 kilogramos de peso acaba de ver añadir 12.000 kilogramos de masa metálica fundida, se levanta como una pluma encorvada por el paso de una racha de viento... Y la onda de aire sigue soplando y bramando a través de aquel baño de fuego hirviente.

Cuando Bessemer, en 1856, habló de lanzar una corriente de aire frío en la masa fundida, produjo un asombro general... ¿No se iba a enfriar inmediatamente el metal fundido y a fijarse? Y el hecho es que no solamente no se fija, sino que lejos de enfriarse, su temperatura se eleva. Y el secreto es muy sencillo. El oxígeno del aire que atraviesa la masa fundida se combina con el carbono, el hierro y el manganeso de la fundición, se combina sobre todo con el silicio, los quema, y, quemándolos, desarrolla ese calor intenso que aumenta el calor inicial del baño que atraviesa.

Se quema, pues, primeramente el silicio sin llama, pero lanzando un magnífico surtidor de centellitas. Con él se quema también el manganeso y una pequeña cantidad del carbono del hierro. El fósforo y el azufre no se queman. Es el primer período de la obra. En seguida empie-

za el segundo. El ruido del viento atravesando la masa metálica fundida se acentúa, la llama sube, el hervor del hierro líquido hace saltar a borbotones aquel mar de fuego, la llama sigue subiendo constantemente silbando y cegando con su resplandor como una columna de rayos... Es el carbono que se va quemando en masa. Y, observad, desde lo alto de su tribuna están los ingenieros dirigiendo su espectroscopio sobre la llama y siguiendo primero el crecimiento y después el decrecimiento de los rayos del carbono en la faja del espectro.

Y el retumbar del trueno sigue aumentando, porque la máquina precipita su marcha, su volante llega a dar cuarenta y hasta cincuenta vueltas por minuto, sus rayos desaparecen y se funden, por decirlo así, a la vista, y se diría que la pesada masa gris está inmóvil, si las trepidaciones del suelo que sacude no descubrieran la fiebre que la trasporta.

Cuando desaparecen del espectro los rayos verdes y rojos, termina el segundo período: el carbono está quemado. Cosa extraña: el ruido disminuye, la tempestad parece extinguirse.

Se sopla durante algunos minutos para quemar el fósforo que queda y el azufre. Después se inclina la inmensa retorta. Un obrero echa en la boca incandescente y abierta una nueva

provisión de hierro especulario, que contiene un diez a veinte por ciento de manganeso con relación a la carga total del convertidor.

Se esparce por el aire una inmensa nube anaranjada, que atraviesa y se sobrepone con tono siniestro al vapor blanco de las descargas y al humo negro de las chimeneas.

Este es el último período, el período del resoplo, el *after blow* de los ingleses.

Todo queda hecho al llegar a este punto; en los flancos ya no es simple hierro fundido lo que corre, es acero, con espuma de escorias que sobrenada, como sobre las olas la corona de blancas espumas.

Tres minutos hace que un toque de campanilla ha dado aviso a los trabajadores: todos están en su puesto. Una pequeña locomotora ha colocado bajo el convertidor una vagoneta de palastro bien soldada.

El convertidor se inclina y por la boca vierte en la vagoneta su blanca escoria. Después de lo cual silba la locomotora y marcha... En otro tiempo iba a llevar fuera aquellas escorias inútiles y las acumulaba en altos montones que rodeaban la fábrica como un muro.

Sin embargo aquellos escombros, aquellos

restos encerraban en su masa hasta 15 y aun 18 por 100 de ácido fosfórico. No se podía abandonar aquello. Luego diré lo que hoy se hace de ellos.

Aquellos restos, colocados ordenadamente a lo largo en su forma de grandes cubos, se deshacen poco a poco por la acción del aire y de las lluvias, convirtiéndose en un polvo fino, gris, con reflejos violáceos. En este estado podían servir de abono muy rico, pues la proporción del fósforo que contenía era superior a la de los fosfatos naturales que suelen usarse. Pero para esto se requería largo tiempo, y mientras tanto se elevaba más y más la montaña que iban formando los escombros, cubriendo inútilmente terrenos enormes.

¿No se podía en seguida, inmediatamente, por un procedimiento cualquiera, transformar aquellas escorias, y el mismo día que las arrojaba el convertidor entregarlas a la agricultura?

Este fué por mucho tiempo el gran problema. Pronto se halló una solución; pero muy costosa. La solución verdaderamente práctica no se ha hallado hasta hace un año.

Las vagonetas llevan su escoria humeante a un gran cobertizo construido al efecto y las reparten a la entrada. A lo largo del cobertizo se ven seguidamente cubos de metal, norias y mo-

linos pulverizadores, y al otro extremo, a la salida, la escoria reducida a polvo y trasformada, es cargada en vagones de ferrocarril que le llevan lejos a los grandes centros agrícolas del país. De esta suerte proporciona la fábrica diariamente 120.000 kilogramos de fosfatos asimilables, útiles para el cultivo.

Así que marchan la locomotora y la vagoneta, la grúa del centro levanta ligeramente la bolsa de colada y la presenta al convertidor; éste se inclina y vierte como agua los 10.000 kilogramos de acero blanco. Después la bolsa gira y llena una por una las lingoteras.

El acero silba y brilla; pero al poco tiempo se enfría y se fija. Entonces acuden los obreros; funciona una nueva grúa; su cadena está armada de tenazas; éstas agarran una lingotera, y lingotera y lingote son elevados a cinco metros; luego se abren bruscamente las tenazas, cae la masa, y el lingote, rusiente aún y humeando, se desliza por el suelo.

Se le vuelve a coger, se le carga en un carrete y se le conduce al horno de recalentar. Cuando ha llegado a adquirir la temperatura deseada se le retira, se le vuelve a cargar y se le arroja entre los terribles cilindros de los laminadores;

pasa, y repasa, siempre rojo, siempre quemando, alargándose con estremecimientos y contorsiones convulsivas, y al poco rato sale al fin convertido en viguetas, en rails, en traviesas, en llantas, en barras, en todas las formas en que le utiliza la industria.

Y ni los laminadores, ni las grúas, ni las sierras ni ninguna de aquellos centenares de máquinas y aparatos se detienen; pues mientras esto se acaba, el segundo convertidor vomita su carga, y mientras éste se vacía, el primero, cargado de nuevo, bulle, hierve y ruge, y el tercero está allí recibiendo de una cuadrilla de obreros las reparaciones que exige su revestimiento deteriorado. Y luego, si es necesario, se cogerá a uno de los otros dos, para que pueda repararse. Las lingoteras no tienen tiempo de enfriarse, y un chorro de agua lanzado sobre ellas apresura su enfriamiento, y al recibirle gimen y silban, con inmensas nubes de vapor blanco que atraviesan las llamas y entre las cuales desaparecen como sombras los negros obreros. ®

Veintiséis cargas de fundición se hacen durante las doce horas del día y otras veintiséis durante las horas de la noche. Total, 52 cargas. Cada una es de 10.000 kilogramos. Salen, pues, de allí diariamente, si contáis bien, 520.000 kilogramos de acero.

¡Y qué fiebre! Porque al obrero no se le paga a jornal, sino a destajo. ¡El menor retraso le priva de ganancia! ¡Por qué monta en cólera ese contra maestro? ¡Ah! el jovencito obrero cuya mano de quince años regula los movimientos del convertidor, se ha distraído, ha tardado en manejar la palanca de las prensas... ¡Se han perdido diez segundos!

He dejado allá los laminadores sin describirlos. Son bien conocidos esos estrujadores implacables y con demasiada frecuencia sangrientos. Sin embargo, allá a la derecha, el tren número 7 me atraía con una emoción penetrante. No hay laminador que no tenga su historia sombría y sangre humana sobre sus aceros. Este, apenas instalado, reciente, del todo nuevo, brillante todavía, tiene la suya. Se había montado el año último este tren núm. 7, el más potente de la fábrica, y cuando ya estaba todo preparado, recibí del director técnico una sentida carta: «Le suplico a V., me decía en ella que ruegue por nosotros durante toda la semana próxima. Vamos a poner en marcha la nueva instalación; y jamás lo hago sin temor y angustia. Todos los cálculos humanos, todas las pru-

dencias humanas dejan siempre abierta la puerta a algún terrible accidente. ¡Pida V. a Dios que proteja a mis obreros!»

Tres días después, el martes, recibo otra carta desgarradora: «¡Ay! ¡lo presentí! Mi pobre jefe de los mecánicos...»

La atroz máquina había exigido un bautismo de sangre.

Toda la instalación estaba ya presta y el bravo mecánico sentíase orgulloso de ello: él la había dirigido y preparado con amante solicitud. La máquina del tren, magnífica, luciendo sus brillantes colores enteramente frescos, reflejando al sol sus bruñidos cobres, desarrollaba una fuerza de 2.500 caballos. Estaba ya con las calderas encendidas y el vapor formado, y no esperaba más que una orden. El mismo laminador con sus negros cilindros y fauces abiertas, se levantaba al lado mostrando su poder con su imponente masa. Delante los pisos de báscula con sus máquinas; arriba los gruesos tubos conductores de las prensas hidráulicas, todavía vacíos, esperaban las aguas del acumulador.

Todos los ingenieros estaban en su puesto, porque la hora era solemne. Un mecánico subjefe tenía la mano sobre la llave del vapor. Y el jefe de los mecánicos, de pie, con la mirada

fija y el corazón palpitante, tenía la suya sobre la compuerta de las aguas.

«Ea, pues, preguntó entonces el jefe dirigiéndose al Director, ¿se puede ir adelante?»

Y el Director volviéndose a los ingenieros dijo: «Yo no he advertido nada que no estuviera en su punto. ¿Y ustedes, señores?»

Todos unánimemente contestaron que no.

—«¿Y usted, mecánico?»

—Esté usted tranquilo, Señor, yo respondo.

—Pues bien, adelante.

—«Anda, bella,» gritó el bravo jefe con un gesto de mando hacia la máquina; su ayudante dió vuelta a la llave; el vapor mugió, y el enorme volante, majestuoso y solemne se puso en movimiento; al principio giró lentamente, luego, como orgulloso de su poder, apresuró su marcha pero sin sacudidas, y animándose en medio de su fuerza corrió y se precipitó.

¡Era un triunfo!

«¡Ahora venga igual!» exclamó el mecánico.

Y bajó la palanca de las compuertas.

Y las aguas llegaron, impulsadas por una presión de 28 atmósferas, se las oyó silbar, subían rápidas...

De repente un grito, un horrible grito se escapó de todos los pechos.

Un tubo recto había roto su cuello de ajuste

y se había lanzado a dos metros y dando vueltas alrededor de su codo... había vuelto a caer!... ¡Ah! ¡pobre mecánico!... él no lo vió... La masa le destrozó el craneo y esparció por el suelo sus sesos humeantes.

Dió el infeliz dos o tres boqueadas... Sus ojos se volvieron hacia el cielo; sus miembros se estremecieron algunos instantes en una suprema convulsión...

Estaba muerto. «La Bella» le había matado.

Los ingenieros, ayudados de algunos operarios, recogieron el cadáver ensangrentado, le cubrieron con una tela y le llevaron a la enfermería... Pues estas fábricas tienen su enfermería, y rara vez está desocupada. ¡Todos lloraban!

«¡Ah! ¡el oro que ganamos estará siempre manchado de sangre humana!»

Dos días después se hicieron solemnes exequias al cadáver mutilado. La fábrica no podía pararse, pero se había reducido al límite extremo la brigada de trabajadores. Y todos aquellos obreros, graves, silenciosos y tristes, acompañaron a su camarada. A la cabeza del fúnebre cortejo iba levantada en alto la cruz, después venía el clero; detrás los directores y los inge-

nieros de la fábrica y en seguida los obreros. Ni una voz turbaba el lúgubre canto de los salmos... Pero allí estaba la fábrica, muy cerca, y el vapor con sus sordos resoplidos parecía gemir, y el estruendo de las máquinas tenía yo no sé qué murmullo siniestro. Hubiérase dicho que todos aquellos ruidos cantaban a lo lejos como una marcha fúnebre, cuyos pasos marcaban los pilones al batir. Era preciso que el cortejo pasase delante. Las negras nubes de la humareda formaron como un dosel fúnebre sobre el ataúd... A lo largo de su ruta debía cruzar las vías férreas que enlazan la fábrica con la red del Estado... ¡Oh! ¡aquellas líneas férreas! ¡Cuántas veces había lanzado él por ellas sus rápidas locomotoras!... Pues bien, estas estaban allí. Y allí permanecieron todas a derecha e izquierda del camino, inmóviles, silbando tristemente, con un gran crespón en la chimenea. Allí estaban inmóviles, con sus maquinistas respetuosos y descubiertos, venían a saludar por último vez a aquel que tanto las había amado y que no había amado otra cosa que a ellas. Y cuando pasaba delante de ellas el cadáver de su amo... los grandes silbatos de alarma empezaron a silbar desgarradores, siniestros, con grito prolongado, con aullido de desesperación!...

Y hubo en todas las almas, en todas aquellas

almas de obreros, tan fuertes, tan templadas, pero tan tiernas, un estremecimiento que las sobrecogió, y en medio de las lágrimas se oyó como un misterioso gemido. Hubiérase dicho que el alma humana respondía a alguna alma invisible, que lloraba en aquellos gritos del acero y del bronce.

*Rothe-Erde, Abril de 1889.*

A. M. D. G.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión.*—II. *Libertad.*—III. *Los llamados por Dios.*—IV. *La Felicidad.*
- TOMO II.—V. *El Deber.*—VI. *El esclavo de los esclavos.*—VII. *En Africa.*—VIII. *El hijo del pobre.*
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera.*—XIV. *Los chicos de la calle.*—XV. *El Valor.*—XVI. *La paz ó la guerra.*
- TOMO V.—XVII. *El Placer.*—XVIII. *La Miseria.*—XIX. *Las Madres.*—XX. *Egoísmo.*
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego.*—XXII. *La vida cristiana.*—XXIII. *El corazón del hombre.*—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo.*—II. *Más allá.*
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados.*—XXX. *El Obrero.*—XXXI. *El Patrón.*—XXXII. *Federico Ozanam.*
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo.*—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad.*—XXXV. *La Fe.*—XXXVI. *La Familia.*
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos.*—XLII. *El mal del mundo.*—XLIII. *El remedio del mal del mundo.*—XLIV. *El despertar de las almas.*

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI  
*Los perdones.*—XLVII. *De la condición  
de los obreros en la sociedad cristiana.*—  
XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

TOMO XIII.—XLIX. *Solteronas.*—L. *A la fe por la  
caridad.*—LI. *El lujo.*—LII. *Las misio-  
nes belgas.*

TOMO XV.—LVII.—*El Congo Belga.*—LVIII. *La  
caridad personal.*—LIX. *Nuestros emi-  
grantes.*—LX. *En la fábrica.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nues-  
tros insectos (1.ª parte).*—XXVII. *Nuestros  
insectos (2.ª parte).*—XXVIII. *Nuestras  
aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII.  
*El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca,  
la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del  
corral.*

TOMO XIV.—LIII. *Glaciares y nieves.*—LIV. *Rayos  
de sol.*—LV. *Espectroscopio y análisis es-  
pectral.*—LVI. *Crimen ó locura.*

### Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—  
X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*  
—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Se-  
ñor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—  
*Entre el cielo y la tierra.*



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA